Seix Barral

Camila Fabbri

Estamos a salvo

Estamos a salvo

Seix Barral Biblioteca breve

Camila Fabbri

Estamos a salvo

Índice de contenido

Portada
Portadilla
Legales
Sobras
Meteoro
Triste reino animal
Niños muy fuertes
Buscando casa
Coches familiares
Corremos peligro
Linaje
El cielo es siempre fondo
Geografía nacional
El calor era rebelde
Tigre de tierra
John Sullivan
Furia
Plantas sin tutor
Paisaje de ambulancias
Estamos a salvo

Fabbri, Camila
Estamos a salvo / Camila Fabbri. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Seix Barral, 2022.
Libro digital, EPUB
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-8319-85-8
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2022, Camila Fabbri
c/o Indent Literary Agency
www.indentagency.com

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. Fotografía de cubierta: Christa McAuliffe observa el despegue del transbordador espacial Challenger desde el Centro Espacial Kennedy de la NASA en Florida. Unos meses más tarde, perecería en el mismo transbordador en el desastre del Challenger de 1986. NASA Image and Video Library.

Todos los derechos reservados

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planetalector®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2022
Versión: 1.0
Digitalización: Proyecto 451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-987-8319-85-8

—«¿Cuál fue el momento más feliz de tu vida?
—Cuando salté a la pileta desde el noveno piso.
Entre el cuarto y el tercero miré al cielo esperando
ver a Dios. No ví nada, y me reí»

CHARLY GARCÍA

A D. B.
porque dijo que para dormir había que
repetir diez veces la misma historia,
y acá estoy.

Sobras

> Cuando los yacarés son cría, tienen como depredadores a las garzas y los zorros. De adultos, prácticamente a nadie.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

Cuando Amalia tenía doce años, iba muy seguido a la casa de Celia, su vecina. Las casas de las dos familias lindaban en el barrio de quintas. Cuando bajaba el sol, cerca de las cinco de la tarde, Amalia caminaba derecho por una calle de tierra hasta la puerta de entrada de Celia. No miraba atrás ni a los costados. Había prometido a su madre que jamás haría eso.

Esa tarde, se había puesto su vestido de hilo blanco y se había atado el pelo tirante hacia atrás para dejar en claro las facciones y permitir que el aire le acariciase las orejas. La casa de su amiga estaba envuelta en rejas de acero y tenía un frente blanco, de pintura resistente al agua. Amalia no podía atravesar la reja de entrada sola porque Silvio, el padre de Celia, hacía un año había adoptado un cachorro de yacaré que andaba suelto. Entonces Amalia golpeaba las palmas de las manos hasta que Celia se asomaba a la ventana y corría a abrirle. La madre de Celia aseguraba que el reptil era manso y jamás dañaría a nadie. La certeza de una desconocida no hacía fruto en los oídos de Amalia, así que ella prefería aplaudir.

El yacaré pasaba las horas en una piscina de seis metros de largo en el medio del jardín de la casa quinta. Al principio, el reptil era muy pequeño, y cada vez que abría la boca, los invitados y las invitadas de turno pegaban gritos de espanto mezclado con ternura.

Después creció, como hacen todas las criaturas cuando el tiempo pasa. De adulto llegó a pesar alrededor de cincuenta kilos. Se deslizaba firme sobre sus patas por el pasto de la casa quinta, pasto recién plantado, rozagante, de jardinero contratado.

Amalia había visto de cerca al yacaré solamente dos veces: aquella tarde que el padre de Celia lo trajo en una caja y parecía un souvenir, y ahora, en esta parrillada que ofrecería la familia de su amiga por la tarde noche. Silvio cumplía sesenta años y quería un festejo a lo grande. La madre de Celia había invitado a más de ochenta vecinos del complejo de quintas y también había contratado a un mago profesional, esos de los trucos nunca vistos. Atiborró el jardín de guirnaldas blancas y doradas. Contrató un DJ de contextura delgada y bastante calvo en la coronilla. Ni bien Amalia entró en la casa, le confesó a su amiga que hacía tiempo no veía una fiesta de ese tenor en el barrio cerrado. Celia le respondió orgullosa que era cierto y le mostró un tutorial en internet del peinado que quería hacerse más adentrada la noche, cuando llegaran los hijos de la familia Cuarón.

Amalia y Celia empezaron a comer algunos sándwiches de miga de aceituna y queso, y tomaron toda la gaseosa que les entró en el estómago hasta que los eructos no les concedieron respirar. El sol todavía no había bajado del todo, pero ellas bailaron y bromearon a las mujeres mayores cuando iban llegando, acerca de la longitud de sus pieles caídas.

El yacaré descansaba detrás de rejas doradas que brillaban solas. Nadie quería que aquello pareciera una simple jaula prohibitoria. Silvio la había mandado a diseñar especialmente: era un encierro inmenso y limpio. Un templo. Silvio tenía cierta fascinación por los animales que caminan a ras del suelo: el reptar le parecía una acción superadora. Después de un rato llegó el momento de soplar las velitas. Los invitados, ellas y los contratados se acercaron a Silvio y lo rodearon cantando las estrofas conocidas. Silvio sopló con gracia y levantó las dos manos. No dijo palabras de agradecimiento pero bebió completo el contenido de una copa de vino blanco. Miró a Amalia y le guiñó un ojo. Amalia le sonrió. Era

halagador que el padre de su amiga le dedicara un gesto en ese momento tan importante. Algunos comieron torta y el resto volvió al jardín. Es que ahí afuera se estaba tan bien. Las amigas bailaron una canción conocida y se soltaron el pelo, se sentaron en el pasto y se revolcaron apenas. Tenían calor. Los hijos más jóvenes de la familia Cuarón no se habían movido de la mesa. Celia estaba nerviosa. La presencia de los dos adolescentes la ponía así. Dijo que iba al baño. Amalia quedó sola, rodeada de adultos fumadores. Notó que su vestido blanco había adoptado distintos tonos de verde por el tiempo que llevaba sentada en el pasto. Sus padres, en ese instante, seguro estarían mirando la televisión en el living. Aunque les insistió, no habían querido venir. Amalia se sentía extraña, ajena. Vio a lo lejos cómo una mujer que le triplicaba la edad arrancaba un pedazo de carne de un palillo con una fuerza penosa en los dientes. ¿Quién sería esa señora? En el barrio de quintas todos se conocían pero Amalia jamás la había visto. Al rato descubrió que había muchas personas que jamás había visto, entonces se sintió más extraña todavía. El DJ calvo cambió el rumbo de la fiesta y agregó un juego de luces al sector de baile, rebalsado de olor a naturaleza. Parejas mayores se acercaron ahí, moviéndose apenas, lo que les permitía la columna vertebral. Amalia giró su vestido sobre sí y notó que Silvio la estaba mirando. Decidió alejarse.

Aprovechó el momento para caminar hacia la jaula del yacaré. Hacía casi un año le llamaba particularmente la atención la mascota de su amiga. La madre de Amalia se burlaba de los padres de Celia, sobre todo de Silvio: «¿Un yacaré? Dios mío. Ínfulas de extraordinario».

Con el resto del jardín decorado, el animal dentro de aquella jaula inmensa parecía una pieza de cera. Amalia lo miró fijo. Los ojos del yacaré eran acuosos y tibios, como los de quien acaba de llorar y no quiere que se note. Ella percibió cierta agitación en el animal, quiso demostrar comprensión y pasó la mano a través del umbral dorado. De fondo sonaban ahora unas bossas brasileras y algunas parejas simulaban mareos de alcohol.

Un mes atrás, en una cena familiar a la que Amalia había sido invitada en carácter de «amiga que se quedará a dormir», Silvio narró una historia de su infancia en el Sur. A Celia y a su madre ya no les causaba gracia ese relato, en cambio, Amalia estaba ansiosa por escucharlo. Silvio habló de Moris, un vecino parco que vivía en lo profundo del bosque patagónico. Moris tenía la costumbre de invitar a todos los niños del vecindario a merendar, entre ellos a Silvio y a unos hermanos de su misma edad. El hombre prestaba servicio de niñero sin cobrarle a nadie, madres y padres aceptaban. Silvio recordaba a Moris con devoción y esto sorprendía mucho a Amalia. Un hombre adulto conmovido es algo que a esa edad puede resultar inquietante. Silvio largó lágrima y siguió hablando: contó que pasaba horas y horas en casa de Moris, y que él a veces les prestaba su cama a los niños para que durmieran la siesta. Y que Moris, así de amable que era con la niñez, también tenía una extraña costumbre: le gustaba comprar huevos en plena gestación. Los conseguía en una granja lindera, solía tener cajas llenas, contaba Silvio. Y algunas veces pasaba que, en carácter de show, a Moris le gustaba aplastar uno por uno los huevos sobre la mesa de madera del living. Y después de aplastarlos y ver desparramarse lo que podría haber sido un futuro pollo, Moris sonreía y decía que tenía el poder de convertir el mañana en sobras. Que a veces era preferible no dejar crecer. Celia le preguntó a su padre que por qué no aprovechaban y comían esos huevos, pero Silvio no respondió.

Y contó: Moris se quedaba con los niños en su casa hasta la noche, y a veces les preparaba sopa. Se los sentaba en el regazo y les peinaba el cabello corto de varón. Aunque no hiciera falta, igual los peinaba, decía que así les sacaba brillo.

Silvio concluyó la anécdota con la mirada en un punto fijo de su plato de porcelana. La madre de Celia le preguntó si quería irse a su habitación y él respondió que no. Celia siguió comiendo como si esa escena se hubiera repetido una y mil veces. Silvio se asomó a la ventana y chequeó que su yacaré siguiera empinando el cuello. Y en efecto, ahí estaba, con los ojos brillantes en la parte honda de la piscina. Amalia intentó imaginarse a Moris varias veces pero le fue

imposible. Nunca le contó la historia de Silvio a su madre ni a su padre. Ni a nadie.

Celia regresó del baño con un sándwich de pastrami en una mano y un vaso de gaseosa en la otra. Cuando notó lo que hacía su amiga le gritó que no, pero Amalia no le hizo caso. La caricia ya se había efectuado. El yacaré adolescente acercó la trompa a Amalia y olió. La gaseosa de Celia se desparramó en el pasto. Amalia sonrió y Celia pegó un grito agudo, de esos que hacen que los niños se vuelvan odiosos y venosos en la garganta. «¡Papá!», gritó «¡Papá, el cocodrilo!».

El yacaré jamás le había hecho daño a nadie de la familia, pero claro, Amalia tenía otro olor. Un grupo de adultos hizo la mímica de la catástrofe. Amalia dejó de oír, como si alguien hubiese activado un despertador muy agudo. Vio peinados, hebillas, cigarrillos en bocas de hombres. Recordó la fractura de los huevos de aquel adorador de niños y la mirada perdida del cumpleañero sobre las velas de una torta demasiado comprada. La madre de Celia intentó aplacar la situación, tranquilizando a los invitados, ordenándole al DJ calvo que reactivara los parlantes, las luces. El yacaré había abierto apenas la boca y ahí dentro tenía los dientes.

Amalia ya estaba a salvo en los brazos de Silvio, que la miraba como si hubiese descubierto algo. «No tenés de qué preocuparte», le dijo, «los yacarés son solo criaturas en extinción». Amalia cerró los ojos del dolor y Silvio la llevó a su cuarto para curarla. La fiesta siguió. Celia no tiene más recuerdos del cumpleaños de su padre. Tampoco de Amalia. El yacaré todavía sigue en el jardín de la casa. La especie no desapareció.

Meteoro

> Un meteorito alcanza la superficie de un planeta
> porque no se desintegra por completo en la
> atmósfera.
> La luz que deja al desintegrarse se llama meteoro.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO WILD)

Elisa paró un taxi con la mano alzada como quien intenta detener el tráfico entero de una avenida. Eran las tres de la mañana. La cena con su hermana se había prolongado más de lo que hubiera deseado. Hablaron de la vejez inminente de su madre, de los temblores en sus manos y piernas, de que pronto debería interrumpir su trabajo y ellas, entonces, deberían empezar a hacerse cargo. Si le pagaban a alguien para que la cuidara, la mujer podría empeorar viéndose a sí misma en manos desconocidas, lo contrario dejaría a las hermanas en la necesidad de ir todos los días de semana a la casa de su madre de más de setenta, sosteniendo diálogos que una no desearía: quién sos vos, qué haces en mi casa, cuándo tendré que empezar a peinarte por las mañanas y a sostenerte el vestido cuando te agaches a la vera del inodoro que compramos, juntas, las hermanas, en varias cuotas.

La hermana de Elisa es mayor y no sucumbe rápidamente ante las ideas de futuro. Al contrario, esa noche se tomó un litro de cerveza en ese restaurant dorado y madera del centro, hasta se rió de su suerte. Elisa miró el reloj a las dos cuarenta y siete, y decidió pagar. Elisa era nerviosa, así le decían cuando tenían que armar un diagnóstico sobre ella: caída de pelo, ansiedad excesiva, sudor en las manos, delgadez inmediata si se salteaba una comida, palidez, comentarios demasiado profundos sobre las pequeñas cosas que tal vez nadie ve, llanto con lágrimas ante publicidades o películas de

cable, debilidad muscular, presión muy baja y en ocasiones algo alta por el exceso de jamón. Elisa parecía una nena olvidada en un changuito dentro de un supermercado eterno. Y ese desaire, al contrario de anularla, la favorecía.

El taxista la miró por el espejito. «¿Adónde vas?». Afuera todavía estaban encendidas las luces de varios locales. Algunas parejas caminaban abrazadas, jovencitos empezaban a pedir monedas con más énfasis en los gestos. Elisa nombró la dirección de su casa. No registró al hombre, miró por la ventanilla. El viento la abrazó mientras se sumergían en calles oscuras. Cuando se detuvieron en un semáforo en rojo, el taxista y Elisa pudieron oír nítida la discusión de un hombre y una mujer en plena calle. Ella le agarraba la remera, mientras el hombre le hablaba bien cerca de la oreja, en la nuca. El taxista le hizo un comentario jocoso a Elisa sobre la pareja, pero ella no respondió. Miró para abajo, hacia sus propios pies. El conflicto, ajeno o propio, jamás podría sacarle una sonrisa.

El auto arrancó. Elisa miró la pantalla de su celular: releyó las últimas conversaciones con una amiga, con su madre, con el grupo de canto del centro cultural. En el fondo de pantalla, su perro Layo mostraba una lengua larga y caída que daba la impresión de cierta tristeza que, en realidad, era todo lo contrario. Layo siempre estaba ahí, del otro lado de la puerta, dispuesto a esperar a su dueña a la hora que fuera. Nada de la espera lo transformaba en víctima.

El taxista subió el volumen de una radio antigua, incrustada en el panel del auto: *De nuevo tú, te cuelas en mis huesos, dejándome en el pecho, roto el corazón*. La versión en español del cantante norteamericano le revolvió el estómago a Elisa. No supo por qué. No es fácil identificar eso tan inminente que pasa con las canciones o los aromas. Todavía sostenía el teléfono cuando le sugirió al taxista que cambiara el dial. El hombre se negó. Dijo que le gustaba mucho esa canción porque la entendía, que sabía que existía una versión en inglés pero le gustaba esta. Lo que decía la letra le parecía digno de emoción y quería oírla hasta el final.

Elisa se rascó el brazo y se arañó, digno acto de su sistema nervioso. El taxista cantó: *Me sacas de las malas, rachas de dolor.*

Porque tú eres, tu ru rú, el ángel que quiero yo y miró a la chica nocturna por el espejo retrovisor. El hombre estaba conmovido. Elisa se sentía extraña.

Ahora andaban por una calle más oscura que la anterior y el taxista ya casi no se detenía en los semáforos en rojo. «¿Por qué está tan apurado?», le preguntó Elisa y el hombre le respondió que no lo estaba, que todo lo contrario, pero le gustaba dormir tranquilo sabiendo que complacía a sus pasajeros.

Elisa leyó la placa reglamentaria con disimulo. Era raro estar sentada en el asiento de atrás sabiendo que el espejo retrovisor le permitía a ese hombre una vista panorámica, por no decir total, de lo que sucedía a su alrededor en toda su expansión: tanto en el asiento trasero como en otros autos que andaban junto al suyo en las calles. El hombre tenía el control. Elisa leyó: «Luis Serbio, argentino, 14-09-1954». Elisa observó: pelado en las alturas pero con restos de pelo largo ahí debajo, cerca del cuello. Una gomita de tanza blanca le sostenía el cabello formándole una cola de caballo finita como la muerte. Luis Serbio era bastante pálido también, pero lucía como alguien de presión alta. Quizás eran sus ademanes, la fuerza de los brazos sobre el volante, las venas marcadas al costado de la cara, en las sienes.

En la radio ahora sonaba la parte instrumental de la canción vuelta al castellano y Elisa seguía con el estómago revuelto, no sabía si por el exceso de velocidad del auto o por la letra tan extraña que hablaba de un ángel, que podía ser una chica que murió o simplemente la adjetivación de alguien muy amable. *De nuevo tú te cuelas en mis huesos.*

«Sí, me llamo Luis». Elisa se alarmó. El taxista la miró a través del espejo y ella volvió a rasguñarse los brazos de los nervios. «No hace falta que lo leas, me lo podés preguntar directamente». Elisa sonrió por compromiso. «¿Querés que tome la avenida o seguimos derecho por ésta»? Elisa respondió «avenida» por lo bajo, pero Luis no le hizo caso.

Elisa buscó su teléfono y llamó a su hermana, que vivía a unas cuadras del restaurant dorado y madera donde habían cenado. Esto

le dio mucha bronca a Elisa, siempre ella acercándose a la zona de los otros. ¿Qué define la zona de uno? ¿Su propia casa?

Ahora Luis bajó el volumen de la radio y volvió a mirar a Elisa por el espejo. «¿Sos joven o no tanto? No me doy cuenta por acá». Elisa volvió a sonreír por compromiso. No respondería esa pregunta mal formulada. Estaba agarrada a la puerta del vehículo y tensaba la mandíbula. «Estás pálida», le dijo Luis y ella se tocó la cara. «¿Te sentís bien?». La conversación ya se había individualizado bastante. En los taxis los temas solían ser más universales, pensó Elisa. «Soy naturalmente pálida», dijo. «No seas mentirosa», respondió él.

Ahora Elisa no tenía idea por dónde estaban andando. Ya eran más de las tres y media de la madrugada y su hermana no le respondía el teléfono. «¿Dónde estamos?», preguntó. Luis no contestó, en cambio, subió el volumen de la radio otra vez. La voz de un periodista cansado daba los números ganadores del Loto.

El auto andaba y andaba, como si la ciudad fuera infinita: y lo era. Elisa ya no tenía idea de dónde estaba su casa. Llamó a todos los números de teléfono posibles en su celular pero nadie le respondió. Tenía apenas media línea de batería. No quería demostrar angustia —tenía la capacidad de guardarla, como una tortuga superdotada—. «Luis, por favor, necesito llegar a mi casa». El taxista la miró por el espejo retrovisor. «¿Sabés cómo decidí hacerme este tatuaje?», dijo y le señaló un dibujo irreconocible que tenía en el brazo izquierdo, justo debajo del hombro. Elisa no quiso mirar. Luis se encendió un cigarrillo para narrar. Ahora el auto subió a una autopista que abría su cauce en una avenida céntrica. Luis hablaba sin parar y Elisa se mareaba. Pensaba en su madre, en el anillo de su hermana golpeando el vaso helado de cerveza, en el calor, en su corazón bombeando a lo loco ahí dentro, rodeado de cosas color carne. Elisa echó hacia adelante la cabeza, se sostuvo la frente y vomitó la cerveza sobre el tapizado.«Nena, ¿estás bien?». Elisa no pudo responder, la saliva de la malta le selló los labios. El auto en ningún momento detuvo su camino.

Anduvieron alrededor de veinte minutos por una autopista casi

vacía en pleno verano nocturno. Había olor a vómito. Ahora Luis miraba a Elisa por el espejo retrovisor y sonreía. El aroma parecía no importarle. Elisa intentaba respirar hondo y era extraño: el paisaje la calmaba pero no podía olvidar que estaba siendo llevada a la fuerza por alguien calvo con pelo largo, que olía a cigarrillo y seguramente le haría algo malo. ¿Pero qué?

Su teléfono estaba apagado hacía dos peajes y el sol empezaba a iluminar a lo lejos. «Ahí está, el señor Febo» dijo Luis. Elisa no respondería más nada. Dejaría hablar a ese hombre. Ya tenía los brazos totalmente rasguñados y el corazón le latía como en una maratón de cuerpos fuera de estado. «Tenés más color», le dijo Luis, mientras sonreía con un cigarrillo al costado de la boca. «Eso me alegra mucho».

Elisa cerró los ojos, no pudo distinguir por cuánto tiempo. Al abrirlos, ya era totalmente de día y al costado del camino había campo, campo y más campo. Vio algunas vacas a lo lejos y carteles de publicidades de yerba mate para adelgazar, o de seguros para autos con un descuento importante. Al lado suyo, en el asiento, había una botella de agua fresca. Elisa bebió un trago largo mientras se preguntaba si Luis había parado a comprar o qué. Él seguía manejando con el mismo ímpetu de siempre, como si estuviera buscando el destino de su pasajera. Parecía que estaba haciendo su trabajo.

Cuando el sol pegó fuerte, el auto dobló a un costado por un camino de tierra. «No estamos lejos de Capital», dijo Luis. «No tengas miedo».

Ahora la ruta era angostísima y a los costados había pasto seco y alto y algunas casas con persianas cerradas y niños sentados en bancos, recién despiertos, tomando agua de botellas de plástico ó leche de tazas con dibujos de superhéroes. Elisa vio perros flacos y gatos gordos. También oyó grillos o algún tipo de insecto pegado al vidrio del taxi. No vio adultos en la zona.

Luis frenó en una de esas casas. Elisa seguía mareada. Sentía que hacía horas que estaba sentada ó inmóvil, y que en ese auto el vaivén era infinito. Hacía muchísimo calor, el mismo que Elisa

había intentado evitar la noche anterior cuando eligió comer en un restaurant con aire acondicionado, obligando a su hermana a elegir uno con esas características. Luis bajó del auto. Difícil conocer la estatura de un taxista, ahora Elisa tenía la oportunidad. Ladeó el auto y le abrió la puerta a su pasajera. La invitó a bajar. Ella seguía sin entender. Ahora el corazón latía poco, la presión sanguínea había bajado demasiado. Necesitaba azúcar. «Perdiste otra vez el color», le dijo él. Volvió a pensar en un viaje por la ruta, unos años atrás, Elisa podía pensar en eso a menudo, sobre todo cuando sentía fiebre. Ella iba sentada en el asiento de atrás y su madre manejaba mientras fumaba un cigarrillo detrás de otro. Oían la radio, un tema conocido, de esos que se ponen de moda, y en un instante tuvieron la colisión delante de sus ojos: un auto incrustado dentro de otro, como si se hubiesen imantado, como si hubiesen estado correspondidos. Salía una gran cantidad de humo y una rueda que había sido expulsada del vehículo giraba sobre sí, porque eso hacen las ruedas, giran, tienen que girar. Ni Elisa ni su madre supieron nunca quiénes iban ahí dentro. Aumentaron la velocidad y siguieron diez kilómetros por la misma ruta. No hablaron entre sí. Dejaron que las imágenes hicieran su trabajo.

Luis ayudó a Elisa a caminar. Entraron en una casa pequeña pero agradable, con aire fresco y soda en la heladera. Luis ayudó a Elisa a sentarse en una silla de madera y buscó un vaso de vidrio. Elisa se llenó los ojos: revistas deportivas inundaban la mesa de la cocina, incluso armaban una montaña en una silla, como una presencia de papel. Un reloj de pared estaba detenido a las cinco de la tarde o de la madrugada. Por el ventanal de encima del horno de la cocina entraba una luz sepia, como de casa de abuelos o de living de tía abuela con un desperfecto cardíaco. Era una casa totalmente silenciosa, alterada algunas veces por el ruido de una cortadora de pasto o de una mosca demasiado verde. Mientras Elisa bebía la soda que le acercó Luis, los lagrimales se le llenaban de líquido. La puerta de la casa permanecía abierta. «¿Un enchufe?» Luis le indicó con un gesto y Elisa conectó su teléfono celular. Oyó ruido de objetos de cocina ir y venir, era Luis preparando un desayuno

potente. Elisa lo miró hacer y volvió a detenerse en el tatuaje que tenía en el brazo, ahora nítido: el signo del infinito. Como un viaje que no termina, pensó.

Hubo un rato de silencio en el que solo se oyó el vaivén de la puerta de la heladera, el golpe de algunas cacerolas, la tijera al abrir el sachet de leche, una cafetera, el click de una tostadora. Ahí a lo lejos, pegado con cinta scotch y mirándola fijo, la cara de un jugador de fútbol muy famoso decoraba la pared sobre la cama de Luis. Alguien más en la casa, pensó Elisa.

«¿Me dejás hacer un llamado»? Luis dijo que sí y le alcanzó el teléfono. Elisa marcó el número de su madre. La llamada dio tres tonos hasta que, del otro lado, apareció la voz entre ronca y aguda, de este mundo y de algún otro: ¿*Quién es*?. Elisa la oyó respirar. Miró a Luis, que ahora servía tres tostadas en un plato hondo y unos huevos revueltos en un cuenco de vidrio. *Elisa, ¿sos vos?* Elisa cortó el teléfono. No supo qué decir, ni qué hacer. El futuro ahora era algo más borroso.

Después del desayuno, Luis invitó a Elisa a sentarse en el palier de la casa. El sol era rajante. «No te preocupes, no estamos muy lejos de Capital» repitió. «No tengas miedo». Elisa se animó a mirarlo a los ojos por primera vez. Luis Cerbio era un hombre repartido entre el deseo y la acción, desmedido y rebalsado. En la comisura de los labios se le agolpaba la saliva y las cejas arqueadas le dibujaban un gesto infantil, previo a la adolescencia.

Luis le contó a Elisa que detrás de su casa vivía una jauría de perros que ladraba por las noches. La primera vez que se los oía daba temor pero después uno se acostumbraba. Dijo que muchas veces aparecían cachorros pidiendo comida y que él se las rebuscaba para alimentarlos a todos. Que se imaginaba que un día esa jauría poblaría la zona entera y que sería toda su culpa. Que nadie, nunca, debía enterarse de que era él, el responsable de dejar que todos esos perros corrieran, mordieran, conquistaran.

En reposeras gastadas, los dos miraron al cielo. «Ahí arriba siempre puede haber un fenómeno superior», dijo Luis entre risas y entornó los ojos. Elisa lo imitó. Se durmieron. Antes de subir de

nuevo al auto, dieron una vuelta por la laguna. Eran las doce del mediodía y los mosquitos los comían. Se mojaron los pies, las zapatillas. El tatuaje del taxista brillaba bajo el sol. El dibujo de un auto infinito. Ninguno dijo palabra.

Mientras viajaban de regreso a Capital, Elisa se acomodó en el asiento de acompañante. Luis se rió con una carcajada de dientes al notar que todo ese tiempo la bandera no había bajado. «Este fue el viaje más caro de la historia». Elisa apenas sonrió. Al costado, otra vez, vio el campo campo y las vacas con vida. Después, los carteles de publicidad de mate para adelgazar, los primeros peajes y la imponencia de los primeros edificios de departamentos ínfimos, ligados entre sí. Al atardecer, la autopista ya estaba repleta de autos y, casi de noche, después, surgió la avenida capitalina con toda su gente encorvada y sus problemas silenciosos pero distinguibles. Luis Serbio dejó a Elisa en la puerta de su casa. Dijo «Chau» y su auto se alejó entre las luces de la avenida. Elisa no lo saludó. Esa noche, o quizás alguna otra, soñó con un rejunte de accidentes de ruta, uno detrás de otro, sin parar, como en un video policial. Soñó con un muestrario de calamidades de un canal de noticias. Por ejemplo: que un hombre conduce un auto a toda velocidad por una ruta nocturna, en un país ajeno. Cinco móviles policiales lo persiguen a toda velocidad hasta que el hombre se arrepiente —nota que no hay escapatoria— y sale corriendo del vehículo con las manos en alto. Corre a toda velocidad entre los autos que apenas frenan para no pisarlo. Pide piedad. Los que van vestidos de azul no se la dan, lo corren hasta alcanzarlo. Lo tumban en el piso. Lo esposan. Lo reducen. Lo ahogan. Acaban con él.

Triste reino animal

> Extinciones masivas se sucedieron hace millones de años. Tantos, que la propia vida tuvo tiempo de replantearse, dejando atrás criaturas que se perdieron para siempre en los reajustes de un mundo vivo, demasiado joven, inexperto, y cambiante.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

Hace dos días desayuno debajo de esta sombrilla. El silencio me acompaña aunque, cada tanto, oigo quebrar esa ola. Es la rotura lo que hace ruido. La playa del sur argentino es tan binaria, tan del invierno pero de paisaje enero y febrero. Cierro los ojos para que el sol me dibuje otro color y me tiemblan las manos, otra vez. Dejé la medicación en el bolso del hotel. Voy a hacer el ejercicio de que no me importe. Todavía tengo rastros de juventud en los pómulos. Me recojo el pelo hacia atrás. Estoy dando una buena imagen.

Dos chicas jovencitas cuelgan luces sobre estructuras metálicas, y el director de la película inventa ángulos con la cámara. Pueden estar un rato largo así, incluso horas. Yo cierro los ojos y me imagino cosas. Lo mismo que me pasa durante la noche con el insomnio, ese hacer de cuenta.

Vinimos a filmar una película de una mujer que camina mucho por la playa, al atardecer. Pasan otras cosas, como que pierde la llave de su casa y no la reclama, entonces camina y camina hasta que da con un pescador y parece que se enamoran pero al final no, para él en realidad terminan siendo más importantes los besugos y las brótolas. Y así. Tengo que estar mucho tiempo bajo el sol en este rodaje, por eso cuando puedo, descanso. Pido vasos de agua que me traen, intermitentemente. También pido vino y uvas, para ser

redundante. O helado de frutas.

El equipo técnico trabaja con gorras de visera para no sufrir golpes de calor, trepan escaleras, bajan, corren, pegan gritos, dan órdenes. Algunos me espían, sobre todo esa parte de mi cuerpo que rebalsa en la superficie de la silla de playa. Están esperando que la actriz muestre señales de vida. Aquí las tienen: el temblor, la piel seca y rotosa al costado de los pies. Son mis cincuentitantos, déjenlos en paz.

Detrás de un grupo de sombrillas puedo ver una cosa rubia y alta. ¿Qué es? ¿La juventud? Camina en pantalones cortos y sonríe. Con los ojos entre cerrados por culpa del rayo del sol, logro seguir su recorrido por la playa. Cada tanto me mira. Dejo de prestarle atención y cierro los ojos, otra vez. Es tan sencillo esto de pestañear. La arena, cuando llega con el viento, me pincha la cara. La *juventud* se acerca y me pregunta si ya estoy lista para ser microfoneada, le digo que sí. Lo miro fijo. Es un chico rubio y alto que me levanta la remera y me coloca un cinturón que marca mi cintura. Con cinta bifaz me pega al pecho el centro del micrófono. Le pregunto qué edad tiene y me dice que veinte. ¿Veinte? Es increíble la relación que existe entre edad y autonomía. Me recuerdo encerrada en una casa a esa edad. Me respira en la nuca y también pregunta si me siento bien. Le respondo que sí. Esa es una pregunta que todo menor, aquí, debe hacerme. No puede creer estar poniéndome el micrófono, dice. Que recuerda cuando hice de jefa de un plantel de médicos en una telenovela de un canal de aire y que sufrió mucho, señala ese *mucho,* cuando, por guion, me atropellaba un auto y moría en el instante. Sin un después, sin escena de internación hospitalaria ni agonía. Le digo que gracias y se va, contento. Criatura del cielo: no hace falta decir todo lo que pensás, tan agolpado. Las ojotas te quedan grandes.

«¿Creés que hicieron efecto las *Feliway*?», Julio me pregunta mientras se lleva un bocado y se limpia el pelo de la barba con el repasador. Le respondo que sí. Que estoy segura de que en nuestra anterior casa les costó más adaptarse. Me cuenta que antes de ayer, el gato se acercaba a él, le mordía las piernas y, acto seguido, le

exigía que lo acariciase. «Una criatura confundida por el extractor de feromonas, evidentemente» me dice. «Seguro está haciendo efecto». Yo lo miro y sonrío. La verdad es que estoy pensando en otra cosa. Hace tiempo que me cuesta oír lo que Julio tiene para decirme. Ahora hablamos de la gata. De lo mucho que la queremos, de lo dócil que es. De lo enamorada del muro que parece conmigo. Como si nuestras mascotas nos hubieran elegido, también decimos eso. Nos mudamos hace una semana y todavía no encontramos la ubicación de todas las cosas dentro de este departamento. Hay un peso, aunque leve, que siento en el pecho por la mañana y es la angustia de haber comprado un espacio tan grande solo para nosotros dos. O para los cuatro, porque con los mamíferos somos cuatro. Después de tantos años de matrimonio, derrochamos nuestros almuerzos en discutir los caracteres felinos sin saber. Hay que ir a vacunar a la gata, me dice con los ojos abiertos de sorpresa, ese gesto que los vuelve más redondos aún. «¿Vacuna de qué?», le digo. «No sé, pero lo tenía agendado. Tenemos que vacunar a la gata». Bebo el último trago de agua de este vaso que compré hace una semana. No volvemos a hablar en todo el día. Aunque habitamos el mismo espacio, es tan grande que ya no nos cruzamos. Estamos tan juntos y tan separados acá dentro.

Pareciera que los ojos celestes se evidencian solo en la juventud, en la cara de ángulos marcados, como una escultura de efectos especiales, como un Rambo niño medio blanco y de pelo denso que va hacia arriba como si alguien lo requiriera. No digo un Rambo por dotación de músculos, sino por seguro de sí mismo, aunque huesudo. Cuando todo el plantel de rodaje comparte la cena, a veces descubro que se me queda mirando. Su espalda es derecha y no tiene que hacer demasiado esfuerzo para lograrlo. Allá va. Camina como un personaje de una película de la calle, del hip hop norteamericano, de las fábricas y los puertos. ¿Qué me gustaría? Recostarme con él en una de las camas de fundas amarillas y frazadas rojas de este hotel. Dejar la tele encendida para que nadie se dé cuenta. Mirarlo bien fijo a los ojos, porque total su cuerpo sobre el mío no debe pesar nada. Su cuerpo de aguja rubia. Me mira

porque en mí ve a la jefa de médicos del hospital privado de la serie de canal de aire. Hablamos de esto durante la cena. Le cuento cosas sobre mí, para que olvide el ambo blanco, los anteojos, el nombre propio que me dio esa producción de tele. Mientras la empleada del hotel levanta los platos del postre, le digo que me gustaría mirarlo a los ojos un rato largo, tocarle la espalda, pasarle los dedos por el torso delgado y sedoso, como el cabello de alguien que anda demasiado nuevo en el mundo. Me mira sorprendido. Insisto: que me gustaría preguntarle si ese lunar cerca del labio es genético o acaso él es el único portador en su familia de semejante delicadeza.

Sentados en un sillón de dos plazas vemos cómo el gato macho intenta montarse a la gata. Aunque estén castrados suelen jugar a eso. Lo disfrutan hasta que ese mordisqueo de las partes se transforma en pelea— por falta de diálogo, de discusión—. «¿Creés que lo harán mucho tiempo más?» pregunta Julio. No le gusta no entender si los gatos disfrutan o padecen. «Hace cinco años que conviven, deberían llevarse bien». Es el atardecer de un día de semana y nuestra nueva casa da a una avenida. Julio pita un cigarillo y me convida. A esto también nos acostumbramos. No tenemos hijos, pero fumamos. Ahí afuera, una hilera de autos y colectivos hace lo que puede por evitar la colisión. «¿Creés que la gata la pasa mal?», insiste. Le respondo que no sé. Que de todos modos me gusta ver cómo arman y desarman el maltrato.

Se retiró casi todo el equipo de filmación pero la actriz se quedó hablando con el sonidista. Tomamos un vaso de vino cada uno. Le gusta que le narre, entonces le narro. Como quien hila varias imágenes para ayudar a dormir: que subiríamos el volumen de la televisión de mi cuarto de hotel y él, encima mío, me tocaría apenas los pezones duros. Le pediría que lo haga con delicadeza; igual que hago yo cuando me baño a la mañana, lo que hace el agua cuando se lleva el jabón. Esa especie de caricia tibia que provoca la ducha cuando no cae recta. Ese sin querer, ese casualmente. Me tocaría un pezón primero y, a la par, me miraría a los ojos. No estoy acostumbrada a ese celeste, la verdad es que no me gusta tanto,

pero este joven tiene algo especial. Es un adulto hechicero en el cuerpo de un estudiante de sonido. Es un futuro viaje a las estrellas. Después del dedo, seguramente, seguiría con la punta de la lengua. Ahora interrumpe mi relato: «¿Vamos a hablar al jardín?».

Todavía no colgamos lámparas en nuestro departamento. Las bombitas están peladas en el techo. La luz puede ser sofocante y hace calor, así que decidimos no encenderla. Estamos a oscuras y un ventilador de pie nos vuela el pelo. Nuestros anillos de matrimonio son dorados de oro de poco kilate, siempre están fríos haga la temperatura que haga. Abrazo a Julio por la espalda y él responde ese gesto. Es la primera vez, en el día entero, que nos encontramos en el mismo espacio de la casa. Ahora la gata grita y el gato le arranca un pedazo de pelo del cuello. Yo me río apenas, no es la primera vez que hace eso. Le arranca un vellón y lo arroja al costado de su cuerpo, para seguir mordiéndola. Ella grita, de placer o de desconfianza. Tal vez de arrepentimiento. No hace nada por salir de ahí debajo, ahí se queda, ejerciendo ese sonido ensordecedor. Julio se enoja y le grita al gato. Que no, le dice, que no y que no y que basta. El gato lo mira con recelo.

Me ofrece un trago rojo. Lo acepto. Me dice que quiere seguir escuchando. Le pregunto, «¿dónde me quedé?». Repite, nítida, mi última frase. Entonces sigo: después de la lengua espesa derramada sobre mi pecho como leche tibia, el movimiento se haría cada vez más brusco. Encima mío, pero con ropa, me embadurnarías de tu líquido interno, y yo, ahora, te saco la remera y te descubro un tatuaje que ya me explicaste ayer en la playa, entre toma y toma, de qué se trataba. Te lamo el tatuaje como si lo dibujara de nuevo, otra vez, cada vez mejor. Un dibujo mojado sobre otro perpetuo. Ahora te bajarías el joggin ese que te marca tan bien la cadera, el comienzo del culo. No tendrías calzoncillo porque sabías, te imaginabas, que la hembra adulta y desesperada, la del cabello corto y las piernas macizas iría a golpearte la puerta para pedirte que la noche no transcurra en soledad. Vos sabías, desde Aeroparque sabías, que nuestros cuerpos se encontrarían mientras

acá afuera, en el jardín del hotel se prenden las mangueras nocturnas para cubrirlo todo de gotas que reflejan el apenas rayo de esta pobre luna.Y yo, con mis treinta años de diferencia, te miro el cuerpo de joven tan blanco y finito y te digo que es inexplicable lo que germinás. Que me siento elemental por estar deseando lo mismo que desean todos. Y te vas a reír mostrando una hilera de dientes de leche peligrosos, que dicen tantas cosas a la par, que me buscan la bombacha y me la van bajando de a poco, hasta dejarla debajo de todo, ahí, al lado de los pies que hace rato descansan.

Detiene el relato y me llena el vaso con más líquido rojo. Ya me empezaron a temblar las manos de nuevo. Las escondo debajo de la campera. No recuerdo cómo pero ya estamos dentro de mi habitación. Este hotel del sur tiene algo terrorífico por la noche.

La gata reposa sobre el sillón de un cuerpo que trajimos de nuestra casa anterior y el gato la mira, subido a la mesa. Julio sigue inventando hipótesis sobre su mal comportamiento. Nota que me tiemblan las manos. Mucho me tiemblan, como si fueran a correr una maratón por sí solas. Y a ganarla también. Están dispuestas a eso. «No veo que las *Feliway* hayan hecho efecto», dice Julio mientras va hacia el baño. Le cuesta levantarse del sillón porque le duele la cintura. Yo tampoco creo que un gotero de feromonas para gatos vaya a resolver un problema tan enraizado. Julio vuelve con mis pastillas y un vaso de agua. Se pasa la mano por la barba, ese gesto tan suyo que indica sueño. Tengo ganas de llorar o de romper algo, pero eso empeoraría las cosas. Tomo la pastilla y respiro hondo. El temblor se detiene.

¿Qué más? Ahora jugás con el cabello de mi pubis. Le inventás apodos y yo me río. Ruego que hagamos silencio. Que nadie se entere de esta porquería de diferencia de edades. Que nadie sepa de tu hueso sobre el mío. Tu lengua está fuera de la cueva otra vez. Esa criatura pegajosa, ese extraterrestre móvil. Ahora ingresa en mí y camina despacio, como quien acaba de arribar a una playa demasiado vacía donde el mar creció lo suficiente para comerse kilómetros de arena. Bucea ahí adentro como si tuviera un gran

espíritu aventurero. Se baña conmigo, porque me copa y a al vez me moja. Estamos dejando una evidencia enorme en estas sábanas. El sonidista me absorbe con más fuerza. Es la hormona adolescente que habla y dice cosas. Mi vagina es suya ahora, es parte de su estructura. Es su forma de comunicarse.

Sigue navegando. Ahora agarró las sábanas y solo puedo gritar, porque lo que me hace es novedoso. El joven busca y encuentra. Estoy en la punta de algo —un techo— muy alto y alcanzo a ver una ciudad entera, de noche, con luces en balcones y ventanas. Es enorme esta ciudad y la recorren varias rutas de autos y camiones, tantos camiones. También hay cables con postes de luz. Puedo ver todo en un segundo. El funcionamiento de un conglomerado de cosas. Alcanzo a ver la vida de todas esas personas adultas que conviven y fuman, y acabo. Finalizo. El grito es evidente. El placer es actual. El joven me mira con ojos pícaros entre mis piernas rosadas y se sonríe, otra vez, le voy a pedir que deje de hacer eso. Ahora sube hacia mi boca y la conquista de nuevo. Es un campéon de fórmula uno que no precisa casco. Su boca es veloz y choca con mis dientes haciéndome doler. Somos dos que nos damos placer pero también nos marcamos, con el hambre de alguien que no absorbe hace largos meses. El beso es duradero y mojado, a veces fino. Le digo que lo quiero y él me dice que también. Que no entiende cómo, siendo tan ajenos. No entiende cómo habiendo nacido en 1997 podría quererme. Le digo que en ese entonces yo tenía treinta años. Me pregunta cómo era yo a esa edad. Le respondo que igual que ahora pero con menos estatura. Que recién me casaba con Julio en un registro civil en pleno centro de la ciudad con treinta y cinco grados de calor. Esto último lo pienso pero no lo digo. Él sonríe. Me dice que soy la cosa más hermosa que vio en mucho tiempo. Me pregunto qué querrá decir *la cosa:* algo sin condición o de una especie secreta.

El adolescente ahora blando y todavía rubio, ya está dentro mío. Nos revolcamos alrededor de la cama a la que un empleado del hotel le hizo la limpieza esta mañana. Su pija del año 97 baila y golpea, y yo le lamo las orejas pidiéndole que no se vaya, que se

quede toda la noche ahí dentro, repitiendo ese paso de baile. Me vuelve a chupar las tetas repitiendo que soy una *cosa*, que mi cuerpo está hecho de *cosas,* que la genética mía y la suya y esta cama en el medio del sur argentino. Somos un dibujo animado impactante, pegado. Somos dos perros a los que les arrojaron varios baldes de agua sin éxito. El desprendimiento no es una posibilidad. Los dos sabemos que esto no es un romance duradero sino algo especial, único en mi vida adulta y en su vida pequeña.

El joven acaba y siento la espesura ahí abajo. No me importa. Una ducha lo llevará. Sigue mirándome fijo a los ojos. Todavía hay timidez en las palabras. Me abraza y me peina, me sigue descubriendo. Me asegura que ese fue un instante de felicidad. Le digo que lo mismo, mismo, mismo, pero que deje de peinarme. Que no me toque el pelo. Es hora de que se vaya a su habitación. Tiene que dormir solo. Tenemos que arreglar este enchastre de saliva y semen. Me responde que sí, y me vuelve a besar. No me deja tiempo para hablar. Tiene veinte años. No sabe del límite. No entiende que este empecinamiento por el cuerpo del otro siempre tiene un final.

Julio me saluda con un beso en la mejilla, anuncia que se va a dormir. Le devuelvo el gesto. Me deja sola en un living inmenso y antiguo, sin luz, con el ruido de autos y camiones que pasan por la calle. Me llama la atención la cantidad de camiones de basura que nos rodean en la zona. El gato se está acercando a la gata, otra vez, como si fuera una presa demasiado estimulante. La verdad es que no entiendo por qué lo sigue haciendo si está castrado. Si todavía fuera esa médica, la protagonista de aquel programa de aire, quizás tendría una respuesta. Pero no soy. Otra vez la está mordiendo y la gata grita, más agudo quizás. Se empeñó con su cuello, como los perros cuando van a dar el puntazo final, pero no tengo perro, tengo gato, y el gato está entre queriendo tener y matar. Veo un hilo de sangre. La gata me mira. Soy su preferida en el mundo humano, ¿por qué no hago nada? Julio grita, viene corriendo, todo lo que le permite la cintura. Esta casa es tan grande que el trayecto desde la cocina demora mucho. La gata cierra los ojos.

El sonidista se levanta de mi cama de hotel y va al baño. Yo ya no puedo moverme. Es tan finito y blanco y chiquito. Le miro el culo, del mismo color que la pared. Se lava la cara en el baño y regresa. Se recuesta al lado mío y quiere besarme otra vez. Descarado, cabrito indomable. Le acaricio el pelo y le ruego que se vaya a dormir, que mañana seguimos trabajando. Que mañana nada de esto podrá notarse en las caras de los dos, aunque tengamos el cuerpo lleno de marcas y de líquido ajeno. Me vuelve a embadurnar las tetas de saliva y lo abrazo. Le pido calma y silencio. Lo acuno. Le digo que mañana es otro día. Que mañana volvemos a tener treinta años de diferencia. Que lo único que vinimos a hacer acá, a este espacio irrepetible, es a trabajar. Que somos una casualidad, una noche.

Está triste y desnudo. Lo ayudo a vestirse. Parece que va a llorar. Le digo que lo quiero, en realidad, que lo podría haber querido, pero que a nivel cronológico esto no pudo ser. Me sonríe. Al costado de la cama transpiran los dos vasos de bebida roja. Somos dos amigos ahora. Somos dos amigos envueltos en semen y saliva, una con demasiado pasado y otro con demasiado futuro. Mañana desayunaremos con los ojos cansados y caminaremos con cierta distancia. Hubo algo magnético acá. Algo que mientras empezaba ya estaba terminando.

Antes de irse por completo, se queda sentado un rato a los pies de mi cama. Bebe un vaso de agua de la canilla del baño. Me pregunta por mi vida adulta, mis cincuentitantos. Le cuento. Que tenía dos gatos y un marido pero que una noche se fueron por los techos y que, por más que los busqué por todo el vecindario, nunca más los volví a ver.

Niños muy fuertes

> Existen casos de eventos climáticos denominados Niños muy fuertes que han cambiado el curso del clima del planeta: capaces de remodelar paisajes o de provocar la desaparición de sociedades.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO WILD)

1

Vio el aviso por internet: «Se regala un gato blanco y negro de cuarenta y cinco días. Lo abandonaron en la puerta de una farmacia en la avenida. Está sucio y flaco, necesita cariño, un baño y limpieza manual de pulgas».

La carta de presentación le interesó bastante a Emilio, que hacía un año vivía solo y cada vez que su hijo lo visitaba, sentía que el niño se aburría solo como un niño podía aburrirse. Pensó al gato como un imán para la casa del padre soltero, del maduro separado que tuvo un único hijo porque perpetuar la pareja ya no era posibilidad. Cuando Cristian llegó a la casa paterna esa tarde, vio la foto del cachorro mojado en el monitor e instantáneamente dijo que sí.

2

Cristian tiene ocho años y vive con su madre. Desde los cinco empezó a practicar deportes orientales de defensa personal: karate, judo, aikido. Varía entre uno y otro. Cristian tiene un cuerpo muy desarrollado para su edad y su pediatra sospecha que se debe a su fidelidad al deporte.

Al lado de su cama de una plaza, pegado en la pared, un afiche muestra la imagen de un nene rubio abrazado a un hombre disfrazado de payaso. El nene llora y el payaso, con un gesto amenazante, lo calma. El fondo de la imagen muestra un bosque sombrío, lo que da a entender que el niño está perdido y la única presencia que tendrá durante un trecho larguísimo de árboles puntiagudos será ese adulto que dedica sus días a maquillarse en el camarín de un circo. El póster se lo regalaron los padres a Cristian cuando era bebé y desde ese entonces, está ahí pegado. Aunque no está seguro, Cristian intuye que el cuadro es desolador. No entiende por qué le empapelaron el primer mundo de ese modo.

Antes de la merienda, Cristian mira a través de la ventana de su habitación de hijo único. En el balcón tiene una tortuga de un año dentro de una caja de zapatos. A su padre le costó horrores conseguir la tortuga. Tuvo que hacer un viaje en auto hasta un páramo, así dijo, para traérsela. Y ahí está esa piedra viviente, alternando las horas entre dormir y respirar.

Ahora su madre le trae una leche chocolatada sin galletitas dulces, no son aconsejables para los deportes del Oriente. Cristian acata, come anillos de arroz. Le gusta chupar el sorbete embebido en leche chocolatada mientras mira al hombre disfrazado del póster. Cuando suena el timbre sabe que es su padre, que tendrá que apurarse en agarrar su mochila para evitar que comience una batalla olímpica entre él y su madre. Cuando sale de la habitación, su madre le deja un beso húmedo en la mejilla. Cristian detesta ese líquido que se va secando con el aire. Lo arrastra por su rostro, lo golpea, lo hace desaparecer.

3

Una vez en el departamento de Emilio, Cristian mira cómo la pequeña bola de pelos se voltea debajo de la cama. Con las uñas nuevas va rompiendo la base del colchón. Lanza maullidos en bajo volumen como si tuviera atrofiada la garganta. Cristian y el gato funcionan en modo mascota en esa casa, con el estado novedoso

que trae la separación. Muebles que huelen a limón, lámparas sin colgar, cables pelados colgando del techo. Emilio entra a la habitación y le pregunta a su hijo si quiere pensar en un nombre para el gato. Cristian mira fijo a la bola de pelos. La ausculta, unos minutos, hasta que pareciera dar con algo. De ahora en más, dice, al gato lo llamaremos Niño.

4

Niño se enreda con el potus que cuelga de una maceta recién comprada. Ya tiene cinco meses. Emilio lo reta en voz baja, pero el gato sigue maullando incongruencias. Después lo acaricia y percibe en su pelaje una parte sin pelo, con el pellejo al descubierto. Piensa que debería llevarlo al veterinario pero al rato se olvida.

Esa misma noche, la madre de Cristian toca el timbre. Es día de semana y a Cristian le toca dormir en la casa de Emilio. La mujer le pide a su ex que por favor no le dé tantas harinas para comer, ya que los profesores de aikido le recomendaron que las reemplazara por verduras verdes.

Emilio y Cristian comen pizza fría sentados en una mesa recién comprada también, con el nylon que todavía cuelga de una de las patas. Niño maúlla para que le den pero ninguno le hace caso. Al rato, Cristian bosteza. Emilio palmea la cabeza de su hijo, el cabello lacio y fuerte de quien llegó al mundo hace poco. Cristian agradece el gesto con una sonrisa y pregunta si puede llevarse al gato a dormir con él. Ya se puede percibir: el cariño está naciendo rápido, igual que un yuyo. Emilio duda, no le parecen demasiado higiénicas las babas del felino cerca del cuerpo de su hijo dormido. Cristian insiste, mientras sostiene a Niño en alto y lo hace girar en el aire. Emilio dice que sí porque nunca antes había visto a su hijo girando sobre sí con esa sonrisa en la boca.

5

Emilio y Niño pasan varias horas al día juntos en el departamento. Emilio trabaja sentado en la computadora. Niño lo acompaña. La piel sin pelo se ve cada vez más en el lomo del gato, se dice que ya habrá tiempo de ocuparse. Lo cierto es que se acaba de mudar a esa casa y lo último que está pensando es en ubicar un hospital veterinario cercano a su domicilio. Acaricia a la mascota y todo parece volver a la normalidad. El silencio de Niño es algo que se ha naturalizado hace meses, como un dolor cervical.

6

Cada vez que Cristian duerme en la casa de su padre, se lleva al gato a su cama. Antes de acostarse, Cristian practica patadas de judo, simula palabras del Oriente, se agacha y agradece. El gato lo mira con una parsimonia implacable. Emilio espía a mascota e hijo a través de la puerta entreabierta. Husmea su propiedad infantil en una cama de madera pino que compró en varias cuotas. Nota que, por las noches, el gato duerme demasiado cerca de la cara a Cristian, y que además, está engordando. ¿Estará comiendo de más y él no se dio cuenta? ¿Cómo puede no notar esos detalles?

Una mañana, padre e hijo desayunan rápido para no llegar tarde al colegio. En el televisor, una movilización multitudinaria grita al unisono y abre grande la boca. Escupen hacia afuera, arrugan el gesto, caminan con fuerza hacia adelante. Emilio abre y cierra la heladera con una velocidad nerviosa. No sabe muy bien lo que hace. La madre de Cristian le llamó reiteradas veces la atención por la irresponsabilidad, las llegadas tarde, la inculcación de la impuntualidad en el único hijo que comparten. Emilio no hace oídos sordos, esa mañana está inquieto. Apenas logra prepararle tostadas y leche chocolatada a su hijo. Apenas logra tomar dos sorbos de café. Cristian tiene los ojos hinchados de haber dormido profundo. Antes de salir, Emilio acaricia apenas al gato y descubre que el pelo ha crecido donde antes faltaba. Esto le da un gran alivio. Se lo comenta a su hijo, pero él apenas le responde. Se cuelga la mochila al revés. Está atontado. Ahora Niño tiene un año

y ha desarrollado un pelaje envidiable, unas patas fuertes, una salud única.

7

Tarde a la noche, Niño corre detrás de un bollo de papel con una energía inusitada. Una vez que lo agarra con la boca, se lo entrega nuevamente a Emilio en la mano. Él se sorprende. Jamás creyó que podría generar esa simpatía en una criatura tan silenciosa.

8

Un mes después.

9

Mientras Emilio peina a Cristian para llevarlo a su práctica de Aikido, encuentra ausencia de cabello en algunas partes de su cabeza. No dice nada. Cristian no parece haberlo notado. La lesión es idéntica a la que tenía Niño tiempo atrás. Esa misma tarde, piensa Emilio, llevará al niño al médico. ¿O es al gato a quien debería llevar?

Emilio revisa su propio cuerpo, su propio cuero cabelludo, pero no encuentra nada fuera de lo normal. Mientras desespera de inquietud, Niño cada vez más gordo toma sol en la ventana. Cada tanto bosteza. La cautela que sostiene parece robada.

10

A los pocos días, Cristian amanece con una costra blanca al costado de la cabeza. Emilio la toca con asco, es viscosa. Cristian dice que no siente molestia alguna, que quiere volver a dormirse. Se

ausenta de sus prácticas de aikido. El gato se queda recostado al lado del niño toda la tarde. No se mueve de ahí. Emilio llama al hospital veterinario pero nadie le responde. Cuando cae la noche, la madre de Cristian toca el timbre en el departamento. Viene a buscar a su hijo. Tiene esa urgencia de las mujeres que han descubierto de pronto la falta de tiempo. Emilio baja a abrirle y no se dirigen la palabra. Una vez adentro, la mujer abraza a su hijo con la potencia de una despedida. Emilio le sugiere que amanse ese cariño porque podría asfixiarlo. Cristian apenas abre los ojos. La mujer, por primera vez en meses, acata. Niño también le exige cariño a la madre y ella responde, con caricias en el lomo. El gato ronronea fuerte, como si algún vecino cercano hubiera encendido un gran motor. Cristian empieza a respirar entrecortado.

11

Es una noche cerrada. Apenas se ven cinco estrellas desde la ventana del departamento de Emilio. El calor ralenta las cosas, como si todo estuviera detenido. Emilio bajó a un kiosco a comprar cigarrillos para él y chocolate para su hijo. Cristian está en cama hace dos días, su habitación está desordenada. Le tira una ratita de plástico a Niño pero él, a diferencia del común denominador de los gatos, no la busca. Cristian insiste, una, dos, tres veces más. Niño mira a Cristian con fijeza. Clava su mirada ahí, como si le estuviera sacando una fotocopia. Por primera vez, Cristian siente miedo de su mascota. Niño larga un extendido miau que se oye en todo el pulmón del edificio. Cristian le retira la mirada. Ese gato blanco y negro ya no le parece encantador, no hay nada en él que haya que salvar, solo se trata de hacerlo permanecer y eso lo aburre y lo asusta en partes iguales. Cristian enciende la televisión y disfruta de los dibujos que se animan ahí. Niño se duerme.

12

Emilio y la madre de su hijo lloran a moco tendido, cada tanto ella pega alaridos que Emilio intenta solapar con abrazos. Los juguetes, carpetas, remeras y joysticks de la Playstation arman un desastre multicolor en la habitación de Cristian, en el living comedor, en la cocina. Una hora antes, Emilio y su ex mujer dieron vuelta la habitación del chico con la esperanza de encontrar alguna pista. La mujer no logra calmarse y Emilio no puede ayudarla. De tanto en tanto, ella se moja la cara con agua tibia que viene de la canilla del baño. La mujer pregunta reiteradas veces: por qué, cómo, dónde. Desde la comisaría insisten en que hay que dejar que el tiempo pase, que las estadísticas arrojan que los niños perdidos siempre vuelven, siempre encuentran la manera. Que no hay que subestimar a una criatura que habla.

En el noticiero de la medianoche, un pequeño apartado indica que se ha perdido Cristian B., la joven promesa para las olimpíadas de karate Junior en los torneos olímpicos sudamericanos. Niño mira la pantalla con interés, y cada tanto cierra los ojos. Está tan gordo que ocupa dos almohadones del sofá que compró su dueño hace unos días en un descuento importante con esa valiosa tarjeta de crédito. Emilio piensa que la última criatura que vio a Cristian es el gato.

13

Son las siete y media de la mañana. El teléfono de Emilio suena con un ringtone que emula campanas agudas que chocan entre sí. Del otro lado, una voz lúcida, de costumbres sanas, dice: «¿Hola?». Es el profesor de karate de Cristian. Quiere saber por qué el chico está faltando a sus clases. Evidentemente los hombres salubres no miran televisión. Emilio inventa un viaje muy lejano, asegura que madre e hijo necesitaban vacaciones. Cuando Emilio corta la llamada, nota que las manos le tiemblan.

14

En la sala de espera del hospital veterinario, los asientos de fórmica están congelados. Fue una noche larga. Uno de los focos de luz blanca empieza a titilar. La ecografía del gato no dio el resultado que esperaban y menos mal: ese resultado solamente podía caber en el mundo de los sueños.

Emilio está desconcertado, su ex mujer duerme sobre un bolso. Una enfermera se acerca para preguntarles si están bien. Emilio responde que sí con un movimiento de la cabeza. Dice que está cansado y que lamenta haber tenido una crisis de llanto en ese espacio tan reducido. Lamenta que perros, gatos y bichos de todo tipo se hayan alterado por su tono agudo. Lamenta que hubiesen mordido sus correas, las muñecas de sus amos. La enfermera esta vez no le responde. Lo cierto es que ya no sabe cómo tratar a ese hombre empecinado en hacerle abrir el estómago a su mascota.

15

Emilio apagó todas las luces pero ahí seguía, al costado de la cama, el Niño luminoso. Tuvo que cerrar los ojos y hacer fuerza para dormir, porque encandilaba.

Buscando casa

> Al caer la noche, las tortugas marinas se orientan por la luz de la luna. Ahora todo brilla y las confunde. Además de la luz, las tortugas se mueven basándose en el campo magnético de la tierra y en otros métodos que desconocemos. Solo unas pocas logran llegar.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

El profesor de educación física dispone diez aros plásticos en el diámetro de todo el patio techado. Nosotros, los alumnos, lo miramos hacer. Nos gusta verlo desplegar el cuerpo, algo de lo que sabe, su materia. Una vez que da por finalizada esta tarea sencilla, nos invita a jugar. Tenemos que ocupar los aros como si fueran nuestras casas. Empezamos a correr. El número de aros es equivalente al número de niños y niñas. Corro y ya me falta el aire, me baja la presión. Es mi temprana debilidad. Una vez que da la orden, lo logramos a la perfección. Todos encontramos nuestra casa. Ahora, el profesor quita uno de los aros. Nos indica que empecemos a correr otra vez. Es la excusa para tenernos en movimiento: en este pretexto empieza a aparecernos la diversión. Ya no puedo correr más pero compito. Ese es mi motivo. No concibo todavía la idea del deporte como salud. Nos ordena que paremos y todos buscamos nuestro hogar. Llego tarde, me disperso. Voy entendiendo cómo soy: en este estar en otra parte, pensar en otras cosas, perdí. Me quedé sin casa. El juego lleva ese nombre. El profesor de educación física me bromea y me brinda la enseñanza. «Te quedaste sin casa. Esperá afuera a que el juego vuelva a empezar». Le hago caso, ahora me siento y mi cuerpo descansa. Se me regulariza la presión, me bajan los pulsos cardíacos. Descubro que la actividad física no

será parte de mi estructura, así como tampoco la tenencia de un inmueble.

Encuentro un video en internet en donde una vieja amiga de la escuela primaria intenta dar una clase de meditación ayurvédica con su voz grabada. Las imágenes del video son aleatorias. Cuencos que se rozan, montañas tibetanas o del sur argentino, perros que corren, caballos que miran a cámara, hombres y mujeres en ropa deportiva. Nada hace sentido. Hace diez años que no sé nada de mi amiga. Se llama Ana y vivía con sus padres en un departamento que quedaba a dos colectivos del mío. No sé dónde vivirá ahora.

La primera vez que fui a su casa había olor a pintura fresca y a contrato reciente. Ana tenía mucha fuerza en el cuerpo, sobre todo en los brazos. Se ufanaba de conocer mucho sobre el carácter humano, como una asignación natural. En el video, cada tanto se oye de fondo que alguien mueve alguna silla. Reconozco su voz, la recuerdo riéndose de los demás, llevándome con ella a burlarnos de los detalles. Invita a desperezarse, repite muchas veces que hay que hacer lo que necesite el cuerpo, suenan unos cuencos: el sonido de la medicina oriental. Deja mucho librado al azar, por ejemplo, que cada uno registre lo agradable, lo necesario. Siento que es un poco exigente mi antigua amiga con esto que dice, con ese video que dejó plantado en el mundo. Lo primero que había perdido era su voz, ahora la tengo en un video de internet, invitándome a inhalar profundo, a ubicar los puntos de apoyo en el suelo. Debí sospecharlo: las caminatas eternas en busca de sahumerios especiales, de telas de colores, y la reiteración de consejos sobre de qué modo me convendría vivir para no llegar a ser, algún día, este saco de nervios.

Yo siempre fui a las casas ajenas. Abrí las heladeras en ausencia de los padres, me serví leche y galletitas. Miré cada objeto. Imaginé a los dueños comprando esos objetos, derrochando los imaginé. Decorando.

En año nuevo aparece una promesa. Él me cuenta que va a

comprarse una propiedad pequeña en la costa atlántica y que el día de mañana le gustaría regalarmela. No sé cómo agradecerle, le ofrezco que brindemos con copas de vidrio. Eso que hace la gente cuando coincide. El día parece subrayado, esa clase de días que serán distintos a todo el resto. El siguiente verano me envía fotos suyas en el mar, a cuadras de la propiedad. Se lo ve flaco y airoso, camina por la playa, pesca en la orilla, hace muecas acostado en su casa matrimonial. Le pregunto si sigue en pie la consigna de regalarme el inmueble y deja de responder el teléfono por varios días. Entiendo, entonces, que tengo que dejar de hablar del tema. Pasan más de diez años. Mi padre lanza las palabras y después las olvida. Mi problema con el silencio es que siempre llega como alternativa a haber deseado de más.

Veo un amasijo de perros negros en una vereda finita en plena ciudad céntrica. No llego a distinguir, creo que son tres. Lo curioso de verlos en ese revoloteo más propio del reino de las aves, es que no distingo si pelean cuerpo a cuerpo, o si se trata de un simple juego. No sé si preocuparme o disfrutar, entregarme a la sonrisa, al relajo del rostro. Sigo mirando, perpetúo el momento. Veo patas largas que se asoman, bocas que chorrean saliva espesa, transparente pero blanca cuando se une como un coágulo. Son como un hogar permanente. Algo violento y hastiado. Una mujer mayor hace lo mismo que yo, los observa mientras sostiene bolsas del supermercado. Todavía en su cara no se define la reacción. Somos dos en esta revelación: ella y yo.

Nunca hablamos con mi mamá sobre la vergüenza que nos daba traer a alguien a casa.

Ahora con mi pareja andamos por la llanura de una provincia alejada, donde hay más que nada árboles y casas distantes entre sí. Ya es de noche. El centro no va más allá de las diez cuadras. Compramos algunas artesanías en una feria: un collar para la hermana de él, un vestido naranja para su mamá y un par de aros para mí. Todo montaje es mejor en la piel bronceada. Agradezco

este color que no durará más de una semana. Escuchamos la radio nocturna. El relator está a punto de quedarse dormido, pero todavía no es tan tarde. Nos causa gracia. Ya andamos en el tramo en el que no hay luz eléctrica, no podemos ver nada. Todo alrededor son siluetas, un puente sobre un río finito y rocas. El río se oye, parece una fuente de un moderno bazar, uno de esos objetos que se enchufan. Los focos del auto señalan a un hombre que camina al costado de la tierra dispuesta para los autos. Lleva una camiseta de un club de fútbol conocido. Camina y se tapa la cara porque nuestros focos lo encandilan. Pobre hombre. No hay costado de camino en este tramo tan fino. El hombre queda enfrente del auto. El problema es espacial. Nos habla, puedo ver que pronuncia vocales y consonantes, palabras que alguna vez aprendimos todos, ahí en los primeros años de vida. Mueve los brazos, la camiseta de fútbol arrugada. Mi pareja lo señala y me dice algo que no entiendo. El hombre está cada vez más nervioso, percibo esa agresividad en las venas del cuello. No llegamos a entender lo que dice. Es de esos hombres pasados de edad que todavía conservan el gesto de los veinte, como si se hubieran quedado pegados a esa parte de su vida. Mi pareja lo mira atónito. No entendemos qué quiere de nosotros este hombre en penumbras. ¿Que bajemos del auto? El camino está tapiado. Al hombre de camiseta se le inflan las venas del cuello, otra vez. Nos mira fijo. No hay nada que podamos hacer. Dependemos de su cuerpo. No va a permitirnos avanzar hacia la casa que alquilamos.

Mi mamá me llama para preguntarme qué hará el día en que le rescindan el contrato de alquiler. Le respondo que eso no pasará nunca, jamás. Que por acto de magia o de finales felices siempre tendrá el sillón en ese ambiente.

No me responde.

Conversamos por teléfono desde el aeropuerto. Julia parece haber amanecido mejor. Antes de que su avión despegue, me envía una fotografía de la portada de una revista en la que aparece la cara de su antiguo amor. La encontró olvidada en el asiento del

acompañante, esas publicaciones que fácilmente se arrojan. Julia encuentra la foto y llora tanto que se le nubla la vista. Allí está, ese hombre de mediana edad que, sin razones aparentes, huyó a nuevas ciudades con los brazos en jarra. Ese hombre que abandonó la casa que habían construído para buscar chispazos de reconocimiento en otro lugar. No logro decirle a Julia algo que se desprenda de la respuesta universal. Que lo siento mucho. Julia enrolla la revista sobre su cuerpo y corta la comunicación ¿Qué será de la vida de ese hombre que desaparece? ¿Qué será de la vida de la cara impresa en una revista dominical?

Miro de nuevo ese viejo programa de televisión brasilera: el corredor de Fórmula 1, bicampeón, en el canal infantil televisivo. Es un programa matutino con un decorado trastornado. Hay exceso de colores y texturas. Existe la timidez en un deportista heroico: puedo verla. No son los píxeles del televisor, es su rostro cercano a la idea de tener una nueva novia, la conductora. Tal vez ya hayan pasado la noche juntos en un hotel muy caro, pero el primer encuentro no anula el nervio posterior. Todavía no se entabla la confianza, ni siquiera en los hoteles con tantas comodidades. La conductora del programa matutino para niños sostiene el micrófono cerca de los labios del deportista aclamado, le pregunta qué quiere que le regale Papá Noel. Él responde que un beso de ella, e instantáneamente, parece uno de los niños invitados al programa. Uno de esos que todavía no cumplieron ocho, pero llegaron al canal invitados por la mismísima reina de los bajitos después de haber leído su carta. Ese envío postal en el que el niño desplegó tres trazos pobres e indicó que ese mamarracho de colores a crayón era ella. Y la dama de la fama, entusiasmada con ese obsequio, envía invitaciones originales para que esos niños vayan al set y digan formalidades al micrófono. Cuando el deportista deja de hablar, la mujer de los pechos duros de muñeca le estampa un beso en la mejilla, otro en el comienzo del labio, y otro más cerca del cuello. Y el corredor, que pronto morirá con ese cuello partido al medio en la curva de Tamburello en una carrera en Imola, agradece, besuqueado y con una excitación que es imposible de solapar —incluso en el horario permitido para

menores de dieciocho años— en un canal que desconozco de Brasil. Cuando las cámaras se apaguen, ellos se desnudarán y se dirán las mismas cosas que nos decimos todos. Yo lo vi por televisión, fui testigo: esos cuerpos se encontraron como quien llega a su casa después de un día agotador.

En mi familia, nadie es propietario.

Jaime cumple diez años y la madre se lo festeja en el departamento en el que conviven los dos solos. Hace una hora que el grupo de amigos de Jaime está reunido ahí dentro. Las persianas están bajas porque vieron una película, pero ya terminó. La madre se olvidó de subirlas de nuevo, todavía podría entrar un poco de luz del sol. Bebieron gaseosa, comieron salado y dulce. Ahora se concentran todos en la habitación. De vez en cuando gritan. Intento animar esta fiesta como puedo, llevo un disfraz de muchos colores; pero es inútil, ellos casi no me ven. Samuel, un amigo de Jaime, tuvo que asistir a la fiesta con su hermano menor porque los padres no tenían con quién dejarlo. A Samuel este tipo de tratados lo avergüenzan, pero se calla. El grupo de chicos transpira a la par, y se descalza. Ayudo a la madre a prender las velas de la torta en la cocina, una por una. Ponemos mucha concentración en estos pedazos de fuego. Oímos gritos, como es usual, hasta que oímos llanto. La madre camina ligero hacia la habitación, mientras el perro le muerde las piernas. Abre la puerta y encuentra al hermano menor despeinado y tímido, arrumbado sobre el rincón de la puerta. Pregunta qué pasó. Una invitada cuenta la verdad. Todos se pusieron de acuerdo en sentarse encima del hermano menor porque era divertido ver cómo se iba quedando sin aire, sin espacio, hasta hacerle perder totalmente la cordura y entrar de lleno en la desesperanza.

Finalmente llega mi primer contrato de alquiler. Ya tengo veinticinco años. Puedo oír cómo por la vereda pasa el camión recolector de la basura. Estos son mis desechos ahora. Siempre en este horario. Como mi gato es negro, se va camuflando con los

cuartos que apagué. Mañana tendría que limpiar la cocina. Los inquilinos anteriores dejaron pirotecnia vieja en la alacena. En el instante en que la descubro, allá afuera algunos hombres calvos gritan gol. Debería deshacerme a tiempo de estos peligros.

Esto también puede tener otra lectura.

Coches familiares

> La apariencia de un homo erectus era muy distinta a la de hoy. Ellos tenían su cuerpo casi totalmente cubierto de pelo, más grueso, denso y largo que el nuestro. Es precisamente en ese período donde se acentúa el cambio biológico de reducción del vello corporal, que ya venía ocurriendo lentamente desde un millón de años atrás. Esta época prehistórica coincide con el descubrimiento y la domesticación del fuego. La pérdida del pelo fue una ventaja evolucionaria.
>
> (NAT GEO WILD)

Desde el costado derecho de la puerta de la iglesia logro ver hacia adentro. La chica de vestido blanco con apliques que ella misma diseñó camina al lado del jovencito rubio de no más de veinte años. Detrás de ellos, un reguero de personas bien vestidas aplaude y sonríe a la vez, con el agua de las lágrimas poco importantes. Nadie tira arroz.

La noche no es veraniega. El salón está a pasos de la iglesia, evidentemente algo premeditado. Una mujer trajeada nos pide los nombres: nosotros se los damos. Yo no soy individual en esa lista, soy la pareja de alguien. Subimos unas escaleras caracol de madera hasta dar con un primer piso alfombrado en bordó. Más mujeres trajeadas nos piden los abrigos y acatamos. A cambio nos dan cartones con números. No podemos no acatar órdenes de gente uniformada. Más hacia el fondo, logro ver una barra de tragos rodeada por un espejo estridente. Imposible no mirarse, entonces, me miro. Esta soy yo: una indigencia de huesitos, una ausencia total

de convicción y apoyatura. Mi mirada, la raíz de mi poco cabello, la manera que encontró la tela de mi vestido para caer,incluso los zapatos opacos, sin lustre. Eso es lo único que puedo ver.

Una mujer de mediana edad y escote profundo pasa caminando al lado mío y me golpea. Sus tetas parecen de barniz: cuánto cuidado para un cuerpo, pienso. Lleva puesta una vincha con apliques brillosos. Ni siquiera me pide disculpas por el choque, las anatomías firmes no precisan rebajarse. La veo entrar al baño con un giro perfecto, como hacen los autos de diseño novedoso recién salidos de las concesionarias.

«¿Qué mirás?», me pregunta mi pareja mientras me agarra la mano. Le respondo que nada. «¿Querés tomar algo?». Infinidad de veces le habré dicho que el alcohol no es amigo, pero no lo retiene. Me insiste en que deje que la bebida haga algo conmigo. El barman también está trajeado y evidentemente no siente dolor cuando le clavan los tatuajes. En cada vaivén de sus brazos puedo ver como los dibujos se le triplican. Flores carnívoras, calaveras, escudos de equipos de fútbol que desconozco. Me sirve un vaso con un líquido marrón poco tentador pero amargo. Eso está bien. Mi pareja se mete bocados salados, de cuando en cuando escupe algún escarbadiente. Dialoga con sus amigos sobre cosas que incluyen deporte, hombres lesionados o internados, directores técnicos que son mejores que otros por el simple hecho de que, esa mañana, se despertaron estimulados. En el salón no hay mujeres con quien hablar, y me pregunto desde cuándo es que solamente puedo intercambiar ideas con ellas. Es que los salones lo establecen así, con su clásica división espacial para los baños, incluso la fracción hombre o mujer en los guardarropas. Vestido largo o pantalón. Fin de la historia.

Habrá transcurrido más de media hora. Los perfumes de ellas se empiezan a licuar en el aire y ellos ya se aflojaron las corbatas. Entonces la descubro. Oigo que la nombran *Lidia* y camina, flaca, hacia mí. Sospecho que tiene alrededor de sesenta años y un vestido azul que lo único que hace con su cuerpo es evidenciar la estructura ósea. Identifico vértebras sacras, coxígeas, isquiones. No deja de

venir hacia mí pero algo la detiene: un bebé de casi un año que está aprendiendo a caminar sosteniéndose de cuanta pierna se le cruza. Lidia lo alza en el aire y le da tres besos en el cachete. La criatura sonríe, pero insiste en que lo suelte para desparramarse otra vez por la alfombra. Lo que me llama más la atención de Lidia es, y en esto no sé innovar: su cabello. Aunque la coronilla no demuestre grandes problemas, la cantidad es minúscula. Tiene tan poco cuerpo que cae duro hacia abajo. Apenas llegando a los hombros, se dobla hacia arriba porque un peinado con secador lo dispuso así. Son apenas treinta pelos ralos que, evidentemente, se las han visto negras con la exigencia del peinado para el casamiento. Puedo notar la soledad de estos cabellos y, a la vez, la insistencia de Lidia en hacerlos ver lúcidos flameando sobre su cráneo.

Suenan las campanas y llegan los novios. Pisan fuerte porque son jóvenes y a la mañana siguiente se tomarán un avión hacia las playas azules. La novia rebosa buena genética, el novio no tanto. Sonríen y, de vez en cuando, vuelven a llorar. Los padres y las madres también sonríen, si pudiéramos bajar el volumen de la música oiríamos puro estado de ánimo. Suenan melodías modernas en inglés que refieren a felicidad, carreteras libres y mujeres en malla.

Mi pareja regresa.«¿Comiste algo?». Le respondo que sí, que los fiambres estaban muy ricos y los combiné con quesos de campo. Asiente y vuelve a retirarse. Todavía le quedan muchas cosas para hablar con sus amigos. Lo veo recortado detrás de una columna, se lleva un choripán a la boca. Chorrea grasa sobre su camisa blanca. Se apena, pero no detiene ese diálogo que lo mantiene tan vivo, tan aferrado al presente que articuló, tan fiel a sí mismo y a lo que espera del mundo.

Nos invitan a bajar unas escaleras y a sentarnos en las mesas que nos dispusieron en la entrada. Ahora una orquesta toca canciones clásicas. Dos mujeres con vestidos largos cantan en inglés, sonríen cuando paso cerca de ellas. Sospecho que se ríen de que soy tan poca cosa. En la mesa de al lado está Lidia. La noto silenciosa,

atenta a la música en vivo. Dos mujeres sentadas a su costado son ahora las que juegan con ese mismo bebé. Son hermanas, me digo, las tres son tan parecidas. Lidia es la mayor. Las otras dos también tienen poco cabello, pero al menos todavía brilla en tintura amarilla. Sonríen. Tienen puestos collares de perlas. Un hombre con un babero abraza a una de las gemelas rubias. Ahora entiendo todo, es el padre del bebé y esa mujer rubia es la madre. ¿O acaso será la otra?

Mi pareja me abraza desde atrás. Me ofrece ahora una bebida blanca. Está tan mareado que no puede mirarme a los ojos y eso que todavía no arrancamos a cenar. Vuelve a preguntarme: «'¿Estás bien?». Le respondo que sí con la cabeza, aunque es evidente que no me cree. Sus amigos hacen bollos con el pan y se los tiran a la cabeza. Este chiste se prolonga alrededor de media hora, exactamente todo el tiempo que dura la cena. Después suenan los primeros acordes de una cumbia, o tal vez salsa, y bajan las luces. Como por arte de obligación, porque dentro de esta fiesta estamos hipnotizados por la costumbre, los comensales se dirigen al medio de la pista y delinean las primeras curvas con los cuerpos. Puedo ver que algunas chicas lo hacen demasiado bien, entonces prefiero mirar hacia otra parte. Me alivia más el error.

Un hombre mayor se mueve con tanto énfasis que sospecho que su corazón no aguantará toda la noche. También bailo, porque me invitaron al casamiento. Mi pareja me mira a los ojos, me sonríe, busca mi satisfacción. Intento dársela, entonces simulo entretenimiento. Sus amigos nos rodean, algunos ya se sacaron los mocasines. Bailan, bailan, beben, beben. Sin interrupción la música se detiene y en tres pantallas que nos rodean, aparece una sucesión de fotografías de los recién casados. Ahora la banda musical suena otra vez, acompañando esas imágenes. La novia preadolescente con aparatos en la boca. El novio esquiando en el Sur. La familia de ambos se abraza en la cocina, con el desparramo de comida en la mesa. Una abuela abraza a su nieta, que es la que hoy se casa. El novio otra vez, ahora con sus primos menores metido en una pileta pelopincho en una quinta bastante calurosa. Las imágenes son

tantas, pero tantas. Las fotografías no se detienen, y ahora los novios ya tienen cerca de quince años y se los ve juntos, abrazados, con la Torre Eiffel detrás. Puedo ver a sus padres que sonríen, pensando: «Qué alegría que mi hijo» ó «Qué relajo que mi hijita». Finalmente, la foto nos los muestra abrazados en la puerta del Registro Civil, no demasiado sonrientes, con una libreta roja. En esta foto sí que hay gente tirando arroz.

Las luces se encienden y los novios intentan imitar aquellas poses de las fotos. Parecería ser que es lo único que vinieron a hacer acá esta noche. Nadie los oye hablar, porque todo sonido los tapa. Es la imagen con la que nos vinimos a quedar.

Mi pareja vomita en el baño. Le pido a su amigo que le sostenga la frente. Nada de andar entrando en toilettes masculinos, nada de romper esa ley universal. Como no puedo hacer otra cosa que oír sus gárgaras, entro al toilette femenino y, otra vez, me cruzo con Lidia. Ahora está delante del espejo. Se mira la cara con atención. Varias chicas jóvenes se retocan el maquillaje. Algunas se pasan de nuevo el gel por el cabello para simular efecto mojado. Sospecho que ese será el nuevo grito de la moda capilar. Lidia no se mueve. No tiene nada para retocar, tampoco se lava las manos. Solo entró ahí para mirarse, y yo para mirarla. En un instante sale y camino detrás suyo. Noto cómo le flamean los treinta pelos aferrados al cráneo. Esta imagen me atrae como un imán. Unos ancianos esperan el ascensor en el primer piso, mientras se oye que desde abajo suena de nuevo la cumbia, la salsa o tal vez la bachata. Sigo a Lidia como encandilada por un auto en medio de la ruta o por un ovillo de fuego. Se une a sus hermanas. Las tres se van pasando la criatura de mano en mano. El hombre de babero sorbe algo transparente de una copa de vidrio. La luz es escasa: el salón ahora está solamente dispuesto para el baile. Lidia, impaciente, camina hacia la pista y empina una máscara de carnaval carioca. Noto a lo lejos que mi pareja me busca. Me escondo. Simulo estar bailando y me acerco a la mujer. No solo su cabello es escaso, también su cuerpo. La criatura rubia viene corriendo y Lidia la alza en el aire. Los tres bailamos al compás de un remix moderno. Yo bailo con

ellos, aunque ellos no lo sepan.

Los amigos de mi pareja intentan alzar al novio y la novia grita que por favor no, que se puede caer y romper el cuello. Mi pareja me atrapa por la espalda y me mira fijo. Me abraza. La coreografía de la pena otra vez. Apoyo la cabeza en su hombro y logro ver que Lidia y sus hermanas emprenden la retirada. Ahora suena una música lenta, con intención de uniones amorosas. Jovencitas turgentes abrazan a chicos trajeados. El corazón de aquel hombre mayor parece haber aguantado. Mi pareja me abraza más fuerte, interrumpe el curso natural de mi respiración.

Lidia se va.

El hombre del babero se durmió en la mesa y las hermanas intentan despertarlo. Mi pareja me agarró del brazo y me dice que me pedirá un taxi, que en toda la noche no hice otra cosa que pensar en nada y en todo a la vez, que soy como un auto en piloto automático, como un fantasma. Este fantasma ahora es llevado de la mano por su novio. Vuelvo a mirarme en el espejo de la recepción. Vuelve a no gustarme lo que veo. «Dejate en paz», insiste, por décima vez. La escalera caracol de madera baja circular, la miro desde arriba. Me imagino cayendo por ese agujero, arruinando el viaje en avión de los novios jóvenes. «Tenés que hacer un esfuerzo para dejar de pensar», me dice mientras se le caen los pantalones. Quiere abrazarme otra vez pero se marea. «Quiero que formemos una familia y que vos dejes de pensar», me dice.

Qué risa.

Miro fijo hacia la puerta. Lidia, las gemelas, la criatura y el hombre se suben a un vehículo demasiado flamante. Camino hacia ellos y les pregunto si pueden llevarme. Lidia y sus hermanas se miran entre sí, dudosas. El hombre ya está a cargo del volante. La criatura se durmió. Se trata de un coche de interior generoso, con airbag para acompañante y conductor y dos hileras de asientos reclinables. Huele a limón. Lidia se coloca el cinturón de seguridad y me sonríe. Sé que se dirigen hacia la desintegración pero eso no me da amargura, más bien todo lo contrario. Yo también puedo conducir ese tipo de autos. Sin dudarlo me siento al lado de la

mujer semi calva y alguien enciende la radio FM. El auto arranca y yo me voy con la familia extraña.

Mi pareja me mira desde la abertura de la puerta del salón. Lo saludo con la mano y dejo de mirarlo. Ya lo perdí. Él llora por el alcohol y porque no entiende. Su futuro se fue en un coche familiar. Un sombrero de utilería se le desliza por el costado de la cabeza. Logra atraparlo en el aire, antes de que caiga. Ahí dentro sigue aguantando el carnaval.

Corremos peligro

> Las bacterias envejecen acumulando daños
> asimétricamente. Cuando se dividen, la bacteria
> madre se queda con más daño que la hija.
> Eventualmente, el linaje de la madre acumula
> tantos daños que deja de reproducirse.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

También le conté que cuando miro una textura de círculos o agujeros demasiado pegados, me agarran ganas de vomitar. Me respondió que es normal, que es una especie de fobia a la trama. Después de ofrecerme unos pañuelos descartables que vienen enrollados dentro de un cubo de madera, la psiquiatra me sugirió por primera vez la posibilidad de tomar antidepresivos. No supe qué responderle y me sonrió. Al salir del consultorio, noté que la planta de su sala de espera estaba demasiado seca pero no le dije nada. En la calle empezó a caer la noche y entré a dos o tres negocios a mirar jabones, tazas, manteles de hule. Todas cosas que necesitaría en caso de tener una casa nueva, pero ahora no es ese momento. Me gusta mucho mirar objetos de casas que tendré, en un futuro, mientras se hace de noche y ahí afuera en la avenida también se oyen algunas persianas cayendo, derramándose.

Antidepresivos.

Desconozco el nombre que llevarán esos medicamentos que evitan que uno caiga, que uno se derrame hacia los costados. Ni siquiera conozco las marcas. Creo que prefiero vivir no sabiendo.

Una vez dentro de la casa de mi madre, donde estoy viviendo momentáneamente, acaricio a mis gatos. Un lomo es terso, el otro crespo como cabello de niño recién rapado. Los tres, ellos y yo, estamos en esta convivencia forzada y de prestado. Más temprano,

hoy a la tarde, decidí tener un buen gesto con mi madre y le ofrecí doscientos cincuenta pesos para que hiciera algunas compras. «¿No las querés hacer vos?», me dijo. Le respondí que no. Tengo tantas cosas en la cabeza. Me hizo un gesto de que entendía, y aseguró que compraría milanesas de pollo y de pescado. Todo bicho muerto que pueda tomar sabor de cocción y especias.

El fin de semana me enteré que a mi hermana del medio, porque somos tres, le van a sacar el útero porque le creció algo dentro. Como esos yuyos que crecen en los balcones, en los techos de los edificios demasiado viejos, esos lugares que ya nadie mira. ¿El útero entero? Sí, entero. Debe ser pesado un útero entero, pesado fuera de un cuerpo porque adentro, rodeado de líquido, nada pesa demasiado.

A mis gatos les gusta arrojar vasos rellenos de líquido al vacío. Les hace bien experimentar con la fuerza de gravedad, una y otra vez, permanentemente, ver que las cosas caen y se rompen. Que no todo se regenera. Que un día algo extraño crece dentro y zas, hay que rebanarlo. Hacerlo desaparecer, volverlo añicos como un vaso sobre el piso de madera de este departamento pintoresco que supo conseguir mi madre y que paga todos los meses porque ser dueña no es algo que le haya sido dado. Antes de darme un baño, vuelvo a acariciar el lomo de mis gatos y siento cómo el corazón les late. Es pequeño ese órgano en los gatos, equivale a una taza de café. A un cacharrito. Mi hermana del medio es la más parecida a mi mamá: serán los ojos, o el pelo. La estatura y la curvatura de la espalda.

Mi mamá volvió del supermercado y trajo las carnes líquidas y chiclosas dentro de bandejas que rebalsan sangre. Las guarda en el freezer. «Cuando llegues tarde y no sepas qué comer, podés descongelarlas en el microondas», me dice. Después se mete a bañar. Enciendo la radio. Las horas que pasan en la casa de mi mamá son distintas, tienen menos espacio. Llevan más urgencia. Trato de respirar hondo.

Después de la cena, levanta las cosas de la mesa. Me habla desde la cocina, me grita mientras hace ruido el calefón por el agua caliente con que intenta desengrasar la vajilla. Apenas la oigo. Me

malhumora demasiado tener que preguntar qué dice cuando realmente, en el fondo, no me importa. Me está pidiendo un favor y yo sigo sin oírla, estoy mirando la pantalla de la computadora. Me interesa ver cómo la chica que trabajaba conmigo en el *call center* se cortó el pelo y se combinó aquellos pantalones acampanados, me interesa también ver cómo el novio de mi amiga hace gestos exagerados frente a la cámara de un celular dorado que él mismo sostiene delante de un espejo gigante en un baño público, o cómo se le mueve la panza de siete meses a esa vieja compañera del colegio, siempre tan cohibida y ahora tan preñada. Mientras mi mamá me habla yo me pierdo en la vida cotidiana de los otros, y por un instante logro olvidar el útero, la medicación con nombres que desconozco, la operación a corazón abierto que se hará la semana entrante mi padre —aunque de eso yo no hablo—. Las bandejas de plástico que contienen carne y tanto quirófano acá, en este departamento en pleno centro, en este recorte de lo habitual. Entonces la oigo y le hago el favor. Subimos juntas a la terraza.

Mientras vamos subiendo las escaleras me confiesa que muchas veces esto le da miedo y que quiere compañía. No sabe si alguien podría estar espiándola desde algún balcón, desde algún techo, si algún hombre semidesnudo o si un niño perverso, apuntando rayos láser, tirando agua de alguna pistolita de plástico. Le respondo, «Mamá, por favor».

Abrimos la puerta de la terraza y ahí veo entera: la flora. Tiene aproximadamente veinte plantas de tamaños descomunales, entre cactus, suculentas, malvones, dos árboles de palta, un palo borracho que se curó de una fiebre amarilla, y más y mayores. Algunas parecen plantas carnívoras, se lo digo. Se lo sugiero. Ella me responde, «Luisa, qué decís, Luisa». Le gusta pronunciar mi nombre. Sabe que eligió bien. Que es un nombre antiguo que en la modernidad se resignifica. A mi mamá le gusta dejar en claro, a viva voz, que algunas cosas las hizo bien. Entonces me muestra, con detalle, el crecimiento de cada una de sus plantas. Y aquella, me señala, aquella trepa sola. Se va hacia arriba, porque en lo alto le da más el sol, busca lo que necesita para la supervivencia y lo hace en

silencio. Yo miro la planta y por primera vez en el día siento una vibración en el pecho, como cuando dentro de un boliche los decibeles del sonido exceden lo que deberían y uno está ahí parado, al lado de ese parlante, dejando que el corazón adentro dé balanceos que no debe, dejando que la presión suba y baje permanentemente como un yo-yo o un juego de una plaza o parque.

Mi mamá todavía tiene el útero, seguro que más pequeño, y ahí es donde nos formamos nosotras, sus hijas. Esa fue nuestra primera casa, y ahora este departamento pintoresco que ella alquila, también lo es. Aunque sea momentáneo, otra vez mi madre me alberga. Con cuerpo o sin él. Y no sabe nada de la anatomía de mi hermana. ¿Acaso alguien va a contárselo?

Años atrás, cuarenta años, una mujer de pelo rizado con permanente de peluquería de barrio apenas podía abrir los ojos, tumbada en el suelo. De un ojo le caía un hilo espeso de sangre, y en un brazo tenía un moretón violeta y morado, de esos que tardan en irse y deberán ser maquillados. La mujer no recupera el conocimiento hace rato. Dice incongruencias. En ese estado de inconsciencia habla de sus plantas, es de lo único que tiene certezas: del crecimiento natural, de la flora. Es una fanática. Su marido la mira, sentado en el suelo. Un poco arrepentido ya, pero no del todo. Todavía persiste la bronca y el puño le late. Sabe que no será la última vez. Asomada en el marco de la puerta de la habitación de aquella casa de provincia, una nena de pelo largo negro lacio abundante, mira a su madre inconsciente en el suelo y pregunta, «¿Qué pasa?». El padre le dice que la madre está cansada y que por eso se recostó en el suelo. Que no tiene nada de qué preocuparse. Pero la nena igual se preocupa, porque tiene cuatro años y a esa edad un ser humano ya se preocupa. La nena mira a la madre, y la madre no puede hacer contacto visual. En el patio de esa casa abundan las plantas que trepan, son muchos los ejemplares que buscan el sol porque saben que ahí están a resguardo. Y lo hacen en silencio, sin avisarle a nadie. Sin llamar demasiado la atención.

La nena que miraba a la madre herida ahora es adulta y pronto se quedará sin útero. Mi madre me señala un cactus demasiado

repleto de pinchos y yo le respondo que eso que tiene en la terraza es un arma mortal. Imposible no terminar hablando de mortalidad cuando hablamos de plantas. Y esa que se está empezando a encorvar porque tiene más de sesenta años es mi madre. Es una señora grande que muchas cosas de mí ya no sabe, así como yo tampoco sé los nombres de la medicación que ahuyentaría este torrente de ideas.

Así como el día viene, se va, con una precipitación que me asombra. Y lo hace en silencio, sin avisarle a nadie. Sin llamar demasiado la atención, como una planta que estuvo creciendo durante tantos años que ahora podría formar, sola, todo un pantano.

Cuando mi hermana se despierte de la anestesia, después de la cirugía, recordará otra vez a la madre golpeada recostada en el suelo y gritará, pedirá socorro. Una enfermera vendrá a abrazarla y le dirá que todo está bien. Y después se reincorporará y caminará más liviana, sin malestares pero con feos recuerdos. Aquí todo se repite. Estos cuerpos nunca están enteros.

Todas las noches antes de dormirme, al cerrar los ojos, puedo ver círculos que se mueven. Eso nunca se acaba.

Linaje

> La madre forma parte del patrimonio genético y al mismo tiempo, contribuye a la integración social con la elección del padre. Es ella la que elige. Es ella sola.
>
> (DOCUMENTAL DE NAT GEO WILD)

Cuando era chica veraneaba muy seguido en un campo en las afueras de San Juan. El casero se llamaba Antonio y tenía una perra irlandesa que corría y cazaba pájaros en el aire, peces en el agua, y masticaba las moscas que merodeaban en el almuerzo. Yo la veía todas las tardes desde mi ventana: era marrón y brillante como un caballo Mustang. La perra había tenido cría: siete, ocho, o incluso diez cachorros mezcla de irlandeses de pelo corto circulaban por la entrada de las casas cortando los dientes con troncos de árbol. A los días, Antonio decidió castrarla porque había varios machos mestizos dando vueltas. La perra regresó del hospital y al mes ya estaba corriendo como siempre. Sus hijos fueron regalados a vecinos de por ahí.

El verano siguiente volvimos al campo. La única perra que quedaba por la zona parecía ser ella. Corría con el mismo ánimo de siempre. Una mañana, cuando vi por mi ventana que al costado de ella caminaban seis, siete o diez cachorros igual de marrones e irlandeses, no entendí. Ni mi padre, ni mi madre supieron qué decirme. Tampoco Antonio, que insistía en que la perra estaba esterilizada y repetía una y otra vez que «a las armas las carga el diablo».

Nunca me dejaron tocar a la perra ni a sus hijos nuevos.

Después crecí.

No me la regalaron. La encontré dentro de un tacho de basura de una avenida ancha que queda a pocas cuadras de mi casa. Tenía el cuerpito mojado porque había llovido, la basura ya se había puesto líquida para embarrar sus patas. Tenía dos meses de vida y me miraba con un gesto que mostraba la necesidad de vincularse con lo maternal. Lloraba. Le dije que podía hacerme cargo de eso. Dejó el lagrimeo y me estiró las patas. Cruzamos juntas la avenida ancha y húmeda. Algunos autos nos tocaron bocina. Hombres castaños se asomaban para decirnos cosas. Éramos dos mujeres solas y listas para articular romances, generar ideas superadoras, llevar la delantera en discusiones simples sobre el orden de los muebles de una casa o más elaboradas, como la decisión final sobre cremar o enterrar los cuerpos de los familiares. En la veterinaria me dijeron que apenas tenía un mes y que antes del alimento balanceado, tenía que darle leche en una mamadera especial. La nombré Silvia, igual que mi madre, mi abuela y mi tía: la rama femenina bajo tierra.

Silvia estaba todo el tiempo detrás de mí. Si yo caminaba por el departamento, ella caminaba también. Cuando me recostaba en el suelo para hacer los ejercicios diarios, ahí estaba la perra, lamiéndome los agujeros de la cara. Un espejo peludo. Silvia era un ejemplar inquieto, yo entendía esa travesura como alegría, como bienestar con las formas que disponían los balcones de mi casa. Dormía abrazada a mi cuerpo, incluso en verano. Me acostumbré a la temperatura del pelo grueso, al olor de la saliva, a la acústica de sus pesadillas de mamífero. Cuando cumplió un año contraté un paseador para que la aireara. Le había prometido cumplir con el rol materno, pero pensaba que rodearse de los de su especie podría educarla también.

Una tarde de lluvia espesa, el paseador me devolvió a Silvia embarrada, casi en las mismas condiciones en las que la había encontrado cuando la adopté. Me pidió disculpas, dijo que algunos machos habían intentado pisarla. Pensé que solamente con las gallinas se decía así, le respondí, intentando generar un vínculo con ese hombre. Sonrió y se despidió en silencio.

Esa noche le toqué el estómago a Silvia durante una hora buscando rastros de gestación. Fui afortunada porque no encontré, ¿qué podía hacer yo con cinco bollos peludos reclamando liderazgo?

En ese momento Silvia ya tenía tres años. Me aconsejaron operarla porque no generar vida le podría ocasionar algún trastorno de salud. Me opuse algunos meses, no quería causarle tanto dolor. A las hembras las abren, a los machos no. Finalmente me decidí.

Configuré el ayuno de diez horas, tal como me pidieron. Esa madrugada me costó despertarla. Sin alimento y sin agua, era como reanimar un auto que se quedó sin Diesel. La cargué en un taxi que paré en la esquina y la llevé en brazos, como si fuera una mismísima hija. Viajamos en aquel auto mirando con atención cómo los empleados de la mañana abrían las persianas de aquellos negocios.

Una vez en el hospital, me senté a esperar. Descubrí tres palabras en mi sopa de letras hasta que nos llamaron a ingresar. Besé en la frente a Silvia y le susurré que todo andaría bien. Una mujer de casi cuarenta años también entregó a su mascota. Parecía que no había dormido, tenía las ojeras negras, como dibujadas con lápiz. Fuimos compañeras en el desprendimiento. La secretaria subió el volumen de la televisión para brindarnos distracción, pero yo volví la vista a mi sopa. No me podía concentrar. Cambié al Sudoku y tampoco. No pasó más de media hora. Una médica salió del quirófano y me llamó con sutileza. Asistí, no me costaba nada hacerles caso a los gestos débiles.

—¿Hace cuánto tiempo tiene a la perra?— Me preguntó.

—La encontré en un tacho de basura cuando tenía un mes— respondí.

La cirujana me miró. No lo había notado, pero en los guantes llevaba sangre con coágulos.

—¿Está segura? —insistió

—Claro que estoy segura. Era tan chiquita que me entraba en la palma de la mano.

Volvió a mirarme. Apoyó la mano en la pared y la manchó. La

secretaria la miró con bronca. La médica no lo notó. Me observaba con desconfianza y extrañamiento.

—Esta hembra ya está castrada —dijo.

Abrí la boca de la sorpresa. Se me aireó el cerebro y bostecé.

—¿Castrada? No es posible.

—Sí, castrada. Ya la operaron.

—Pero apenas tenía un mes cuando la encontré. Es imposible vaciar algo tan chiquito— insistí.

Me puse nerviosa y transpiré. Subí el volumen de las palabras.

—Bueno cálmese, señora. ¿Está segura de lo que dice?

—Pero claro, ¿cree que le miento?

—Bueno…los perros saben, pero no saben que saben— dijo la médica y me echó una última mirada, como quien siente pena ante el desborde.

Después se fue.

La mujer que estaba sentada al lado mío se rió de mí. La miré con desprecio, con un gesto que habré heredado. «Ilusa», pensé. Dentro del quirófano su perro seguía resistiendo la anestesia.

Una vez de vuelta en el departamento, Silvia durmió una siesta de cuatro horas. La miré dormir, recostada en la cama. Todavía no podía entender. Dejé el televisor prendido en un programa de cocina donde una mujer de mi edad elaboraba, con bastante destreza, unos niños envueltos. Cuando despertó, le mojé la trompa y las orejas para despabilarla del todo. Todavía tenía los efectos de la anestesia y no quiso probar bocado. Se volvió a recostar en el suelo. Volvimos al mismo ejercicio de la dueña que mira dormir a su pertenencia. No podía entender cómo su sistema reproductor estaba anulado. Repasé los años que viví con ella, los días. Que alguien la hubiera extirpado, por una cuestión de dinámica, tiempo y sanación de la herida, era realmente imposible. La invité a recostarse en mi cama. Nos abrazamos. Durante horas meché entre el mismo programa de recetas culinarias con un poco de pornografía. Igualmente ahí bajaba el volumen para que Silvia no se enterase. Yo vivía en un piso siete así que oímos, como siempre, todas las ambulancias y los colectivos. Sonó el teléfono pero no lo

quise atender. Apagué la luz. Lo último que oí fue su respiración tartamuda.

Al día siguiente paseamos por la plaza. Hacía mucho calor y mojé a Silvia cada diez minutos para que no sufriera. Con el pasar de las horas olvidamos el horrible episodio. Sentí que la perra ya me había perdonado. Corría con la lengua afuera y los veinte puntos le latían en el estómago. Silvia les ladraba a otros perros, jugaba un papel en sus sociedades caninas.

Hace una semana exactamente esperé sentada en la sala de la doctora L., especialista en ginecología y obstetricia. Hacía más de dos años que no iba. Alguna que otra vez, la mujer sacó niños de cuerpos de mujeres, pero después decidió dedicarse solamente al consultorio. Me gustaba su sala de espera repleta de fotos de criaturas de tres o cuatro años, de sus años dorados como obstetra. Cada rostro con su respectivo nombre escrito en marcador. Ninguna de esas caras llamó particularmente mi atención así que busqué mi sopa de letras. Cada tanto desfilaba alguna mujer embarazada, menopáusica, o alguna aprendiz de la vida sexual. Todas atentas a que aquella puerta de madera se abriera para escuchar nuestros nombres. Cierta competencia en esta audición: ver qué nombre es más melódico, qué palabra queda más sutil en boca de nuestra doctora.

Me pidió que me desnudara por completo y me acostó en la camilla. Me palpó las mamas con un guante. Cuando alguien se pone en contacto con esta parte de mi cuerpo, anulo el contacto visual. Evoco los videos de Internet en donde tres, cuatro, cinco mujeres de tetas descomunales se lamen entre sí reclamando que por favor ese derrame de saliva no se detenga nunca.

La doctora dijo que mi útero estaba un poco agrandado. No entendí. Preguntó si me dolía y le respondí que no. Ya había pasado los cuarenta y cinco años, le dije, mis hormonas no tenían rumbo. Me palmeó con detalle el estómago y la vagina, introduciéndome los dedos con el mismo guante con el que me había palpado antes. Quise sugerirle que los cambiara, me dio asco que mezclara todo, pero me avergoncé de poner ese asco en voz alta. En los videos de

internet las mujeres exigen que les sigan lamiendo ahí debajo con la misma lengua, con una convicción que me genera rabia. Si conociera a alguna de esas actrices seguramente las abuchearía, les tiraría del pelo hasta dejarlas medio lampiñas o incluso tal vez, les preguntaría por qué insisten tanto.

La doctora L. manoseó como una especialista oceánica. Se puso rígida. Una mujer convencida, acá, otra vez. Me invitó a vestirme y a sentarme.

Acaté.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo relaciones? —me preguntó.

La miré con desconfianza, viré al rojo instantáneamente. Me acomodé el mechón de pelo del lado derecho de la cara. Eso me calmó.

—Hace años, le respondí. ¿Por qué?

—¿Años? ¿Es una broma?

—No, le respondí.

Hubo un silencio. La doctora respiró profundo.

—¿Fecha de su última menstruación?

—No me acuerdo.

Me disculpé. La doctora me miró con desconfianza, incluso me maltrató; y yo pensando en mujeres que se lamen. Vi preocupación en los ojos de mi ginecóloga. Para estos asuntos no tengo talento. Ella siguió hablando y yo miré con atención las fotos que le colgaban en la pared. Las de afuera del consultorio eran de niños que caminan, pero adentro abundaban imágenes de bebés. Ejemplares recién traídos al mundo con arrugas en la piel, errores genéticos de pigmentación, cabezas demasiado chicas y brillantes, manos arrugadas, mujeres sosteniendo esas minucias, mujeres afligidas pero madres, más madres que mujeres al fin.

Me recetó ácido fólico y me aconsejó que consultara con especialistas de todo tipo, psiquiatras, psicólogos y neurólogos, y fue muy precisa en que sobre todo, dada mi edad, necesitaba un obstetra especializado. Me pidió que hiciera reposo porque los tres primeros meses eran clave para la colocación del feto. Tenía que

volver sí o sí a la semana siguiente. Cuando me saludó al irme, me miró como si fuera un monstruo. ¿Qué le pasa a la gente? O mejor dicho, ¿qué les pasa a los médicos?

Cuando caminé de regreso a casa noté cierta novedad debajo del vestido. Todo me parecía imposible pero si la médica lo decía, habría que hacerle caso. Me acaricié el estómago, era la primera vez en mucho tiempo que realmente me miraba el cuerpo. Siempre pensé que era cosa buena olvidarlo en estado continuo. Estaba ansiosa por encontrarme con Silvia, contarle las buenas nuevas. Caminé con cierto apuro, las imágenes del consultorio de la doctora regresaron. Una vez que las imágenes entran es difícil quitarlas.

Esperé a que cambiara el semáforo. Miré con atención y noté que, otra vez, algo se movía dentro de un tacho de basura que colgaba de un poste de luz. Sentí que alguien lloraba ahí dentro, con el mismo reclamo agudo que le oí a Silvia aquella vez. Me acerqué sin mucha cautela. A esa hora del día, nadie me registró. Metí las manos en el tacho y pude tocarlo: un cachorro de perro mojado, otra vez. ¿Quién era el que los abandonaba siempre, pero siempre, ahí?

Hice fuerza con ambos brazos hasta que lo saqué. Era negro, blanco y finito. Noté su esqueleto primario. Nos miramos. Hubo cierta emoción que compartimos. Lloraba el cachorrito, inauguraba el reclamo. No podía dejarlo ahí, pero llevarlo a mi casa significaba el enojo de Silvia. ¿Habría lugar, además, para un bebé? ¿Qué era todo este linaje que se me triplicaba?

Me quedé parada un rato largo en esa esquina con el perro en brazos. Me dolieron las piernas, se me hincharon los pechos. Anocheció. Lo que pasa cuando una se detiene es eso, que las personas siguen caminando alrededor.

El cielo es siempre fondo

> Va a comenzar la guerra pronto.
> Como legionarios, las hormigas llevan armadura. El exoesqueleto puede aguantarlo prácticamente todo. Pueden inyectar un veneno muy tóxico, pero su peor arma son sus mandíbulas, capaces de hacer pedazos a sus rivales.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

Gabino Leiva fumó un cigarrillo en la estación de autobuses una mañana de octubre. Era tan temprano. Llovía con esa finitud que necesita del tacto, porque si solo se mira puede pasar desapercibida como una mujer demacrada. Dejó de pitar a la mitad y lo tiró a lo lejos, ahí donde anidaba un grupo de vehículos vacíos. Miró a su alrededor. Un grupo de turistas esperaba igual que él. Gabino vio a lo lejos cómo Emilia, su esposa, ahuyentaba mosquitos mientras hacía fuerza para que no se le cerraran los ojos. La semana anterior, Gabino le había comprado una valija de cinco litros y esa mañana la trasladaban vacía. Al lado de Emilia se movía inquieta Liliana Leiva, la hija rozagante. Pesaba menos de cincuenta kilos repartidos en sus brazos largos y sus piernas aptas para todo básquet o baile clásico. Hablaba con su madre en voz muy alta sobre locales con descuentos de más del setenta por ciento, de jeans de tela de jean y de camisas por un dólar. En ese diálogo el sopor del sueño se les borroneaba y hasta parecía que entre ellas no subía el porcentaje de humedad.

Gabino olía a antitranspirante de segunda marca y, aunque se tratara de sus vacaciones, tenía las ojeras grises del no descanso. La noche anterior había soñado varias veces la misma cosa: estaba en un tren subterráneo con olor metálico que se detenía más de quince

minutos bajo tierra, entre estación y estación. El aire acondicionado del cubículo se apagaba y las luces se cortaban.

Desde adentro de un edificio muy blanco, se desprendió un chofer de anteojos negros. Invitó a los pasajeros a subir. Gabino entregó los tickets y ayudó a sus mujeres a levantar la valija vacía. Todo estaba dado para que el día se volviera un desparramo.

El shopping quedaba a media hora del lugar que habían elegido para pasar sus vacaciones. Una vez en el micro, la familia Leiva miraba por las ventanillas. La lluvia no terminaba de aumentar. En los altoparlantes sonaba música clásica demasiado conocida, esos sonetos que se podrían haber escuchado tranquilamente en un comercial de perfumes para adolescentes menores de treinta. Gabino notaba que sus oídos estaban abombados por esa basura. Intentaba taparlos con los dedos índices. A través de los vidrios del bus podía ver, al costado del camino, barullos de hojas secas mojadas mezcladas con paquetes de chocolate arrojados a través de alguna ventanilla de algún auto, bolsas de supermercado, ratas embestidas. Esa pasta gris también formaba parte del paisaje.

Ingresaron al shopping alrededor de las once de la mañana. La iluminación del lugar era blanca y amarilla, de tubos largos. Una vez dentro, era imposible saber del clima, del horario, del estado anímico. Todo estaba armado para que uno pudiera olvidar, por completo, hasta su nombre y apellido. Las mujeres se aventuraron como en tierra virgen. Gabino arrastró los pies detrás, sobre un piso espejado. Pudo ver cómo, detrás de sí, un hombre de ambo violeta pasaba un escobillón gigante. El shopping estaba provisto de empleados que, además, podían borrar instantáneamente los propios pasos. Un milagro.

Emilia puso una idea en un grito. Ella y su hija podrían empezar a recorrer locales, acompañadas de la valija vacía, mientras Gabino recorría por su cuenta. No estaba de ánimo como para hacer el tour al paso lento de su marido. A él no le pareció tan grandiosa la idea, ya que perderse ahí dentro le parecía el comienzo típico de una pesadilla con fiebre. Así que ahí fue, detrás de ellas, el hombre sin deseo.

Entraron a un local de calzado. Era cierto que las rebajas eran de más del setenta por ciento, sobre todo en zapatillas deportivas. A Lili le gustaba mucho el deporte. Salir a correr por la tardenoche, caminar por la mañana, y asistir al gimnasio cinco veces por semana. Le gustaba el hueco gris que se le armaba en los huesos pequeños del cuello, parecidos a los cartílagos del pollo, capaces de quebrarse de una dentellada. Sabía que a ese hueco se le denominaba *jabonera.* Su padre notó que *s*eguían brillándole los ojos, hacía tiempo no la veía tan animada. Lili se probó un primer par de zapatillas con arabescos turquesas. Alegó que, al precio que estaban, tal vez podría llevarse tres pares más. Emilia miró a Gabino buscando aprobación. Él no pudo dársela, así que Emilia le dijo a su hija que sí. Después de todo, ¿cuándo repetirían la experiencia?

Lili le sugirió al empleado que le trajera siete pares de zapatillas más, de distintos colores pero del mismo modelo, para elegir cuál se llevaría. El empleado, cansino y transpirado igual que Gabino, salió del depósito con una torre de cajas de calzado. Gabino se sentó en un asiento dispuesto para los acompañantes de los compradores. Sintió que su presión bajaba, de a poco, hasta oír los latidos del corazón en la cabeza. A veces pasa, como por arte de traslado, que el latido se oye desde ahí. Como si el cuerpo se vaciara y solo quedara el corazón comandándolo todo. Pocas veces la evidencia sonora es tan precisa.

Gabino miraba a su hija mientras oía a su corazón agitado, cambiando de color ahí dentro de su cuerpo, avisándole que no todo estaba en orden. Recordó la vez en que el eccodopler indicaba color violeta para sangre, y amarillo para arteria, los complementarios. Lili le preguntó si estaba bien, él mintió que sí. Es el preciso instante en que uno anuncia el desmayo para que suceda. Es mejor negarlo hasta que de repente venga y zas, acabe con todo.

Emilia y Liliana eran dos serpientes ahora, midiendo el tamaño de un búfalo para comerlo un día de semana.

Gabino decidió esperar fuera del local, aunque en aquel shopping realmente no hubiese un afuera. Salir del edificio

significaba, además, estar varados en el medio de la ruta, donde todo un cúmulo de tierra estaba dispuesto para aquellas vidrieras prodigiosas. Mejor dejar de pensar, se dijo a sí mismo, aunque esa idea estuviese tan gastada.

Se concentró en la gente que caminaba a su alrededor. Familias como la suya trasladaban valijas vacías, o ya llenas, mientras bebían vasos grandes de gaseosa naranja. Pudo ver a través del vidrio cómo Lili convencía a su madre de llevar cuatro pares más de zapatillas, esta experiencia de la rebaja se vivía una sola vez en la vida. Emilia sonreía. Madre e hija unidas emanaban el olor del parentesco en ese instante de alegría que les otorgaba el cuero nuevo del calzado de primera línea, de marca número uno en el mundo.

Gabino ya no sentía el cuerpo. Temblaba como si estuviera jugando en un toro mecánico aunque sin sonrisa. Levantó el brazo en un gesto de clemencia, como pidiendo tiempo en un partido de fútbol. Emilia logró verlo. Asintió con la cabeza, un tanto molesta, mientras extendía su brillosa tarjeta de crédito frente a un empleado de uniforme. Gabino siempre exigía atención del resto del mundo, Emilia estaba cansada. Gabino podía hacer lo que quisiera. Este día era único en la vida de ellas, estaba dispuesta a defenderlo con uñas y dientes. Otra vez ahí, las lagartos de colmillos.

Gabino se dirigió al baño del primer piso. Atravesó más de treinta locales de ropa. Centenares de personas babeaban sobre pilas de remeras por debajo de los tres dólares. Un nene de tres años suplicaba atención con un helado recién derramado, y al notar que nadie lo socorría, lamía las partículas de frutilla del suelo.

Una vez en el baño, Gabino entró a un cubículo y se sentó en un inodoro inteligente. Respiró. El inodoro estaba programado, cada un minuto el agua era expulsada para la limpieza. Pensó en el gastadero de agua. El shopping estaba equipado también para que el mobiliario sanitario se olvidase de sí mismo.

Gabino pudo volver a respirar.

Por debajo de la puerta de su cubículo, vio cómo un hombre de

mocasines ingresaba al sanitario. Vio cómo se bajaba los pantalones y se enfrentaba al mingitorio, también inteligente, porque se limpiaba solo. El pis del hombre fue duradero y eso permitió que Gabino se animara a salir. Se miraron a los ojos. Era calvo y joven, de anteojos de marco de madera, novedosos, probablemente recién adquiridos con algún descuento sobrenatural. Gabino simuló deseo de mear también, entonces se desnudó a la par. Lo hicieron al unísono.

—¿De compras?

Gabino respondió que sí con la cabeza, aunque no lo quiso mirar.

—Yo también. Mi hija me convenció. Los descuentos no bajan del cuarenta por ciento.

Gabino lo miró sorprendido por el nivel de correspondencia en el pensamiento.

El hombre se subió el pantalón y se dirigió a lavarse las manos. Gabino lo imitó.

—Vine con mi mujer también. Nunca la había visto tan loca. ¿Vos estás solo?

Gabino sintió que el hombre calvo estaba haciéndole una broma o leyéndole el cerebro. Una de dos. Respondió que no con la cabeza. Se miró en el espejo. El hombre no le quitaba la mirada de encima, y tampoco intentaba movimiento alguno. Ambos se miraron a través del espejo inteligente del shopping. No había manchas de humedad ni de dedos en la superficie vítrea.

—Me llamo Andrés y estoy de vacaciones.

Gabino y Andrés estrecharon las manos.

—Pronto voy a necesitar comer algo porque ya no me está llegando la sangre que necesito a la cabeza. Solo estuve en un local, pero fue suficiente para mí — dijo Andrés.

Gabino se rió. Cuando el nivel de correspondencia es tan grande, viene el gesto aquel.

Pasaron unos segundos hasta que ingresó otro hombre, vestido de un modo similar al primero. Los saludó apenas con la cabeza y se desabrochó el pantalón. El intruso se lavó las manos al lado de

ellos. Los miró fijo. Gabino pudo ver con ligereza que Andrés y el recién llegado tenían el mismo calzado.

—Disculpame —le dijo el hombre a Andrés —¿puedo preguntarte dónde compraste esos mocasines?

Andrés lo miró sorprendido. Se miró los pies.

—En un lugar que no se cómo se llama. Queda a tres locales del baño, a la derecha, al lado del puesto de pochoclos multicolores.

—Sí. Sé dónde es. Yo me los compré en el mismo lugar. —relató el hombre.

Gabino, Andrés y el intruso se miraron a través del espejo. El inodoro disparó su música.

—El asunto es que no quedaba talle y me dieron estos. Me quedan chicos. ¿Qué talle es usted? —dijo el hombre.

Andrés lo miró sorprendido.

—Soy talle 42. Ahora que lo decís es cierto. Me llevé los últimos.

Gabino pudo ver cómo el gesto del intruso variaba. Los inodoros tenían ínfulas de orquesta.

—Es una pena, porque nunca había visto unos zapatos tan específicos y me tuve que comprar un talle menos —dijo el hombre.

—Lo lamento —dijo Andrés, y sonrió.

—¿Puedo saber de qué se ríe? —dijo el hombre.

—De usted, respondió Andrés. Se compra algo que no le servirá y de todos modos, se lo lleva puesto.

Gabino volvió a respirar agitado. No sabía bien qué hacer: salir de ese baño era continuar en el shopping y salir del shopping era continuar en el páramo dispuesto para el shopping. Dejar de pensar no era una opción: no existe el método.

El intruso se acercó a Andrés y le habló de cerca.

—Démelos. Gasté cincuenta dólares en esto.

—Está loco —respondió Andrés, y volvió a reír buscando complicidad en Gabino.

El intruso arremetió, serio.

—Si no me los da, no le gustará haberse cruzado conmigo.

—¿Ah, no? —Andrés volvió a sonreír. Gabino estaba adherido al suelo, otra vez el temblequeo. Podía ver la situación a través del

espejo. Andrés y el intruso se parecían entre ellos, ambas cabezas con evidencia de calvicie.

—Démelos y nadie notará nada extraño, le estoy hablando en serio. Dijo el hombre.

—No le voy a dar mis mocasines ni así me drogaran con algo espeso en vía intravenosa. Los conseguí a una rebaja del cuarenta por ciento. —dijo Andrés, mientras sonreía con la soberbia del que no está descalzo.

El intruso empuñó la mano y la encajó en medio de la cara limpia de Andrés. El golpe retumbó en las paredes del baño. Gabino estaba silencioso, dormido, despierto.

Andrés arremetió y le golpeó la espalda al intruso, hasta dejarlo sin aire. El intruso respondió, rozándole la mandíbula de nuevo. Se mezclaron en una riña feroz. En esos minutos nadie ingresó al baño. Es que no había tiempo que perder ahí dentro, teniendo todos esos locales. Gabino pudo ver cómo se ensuciaba la ropa de los hombres, el revuelco en el suelo otorgaba cierto enchastre de papel higiénico nuevo y usado. El agua sucia adherida al suelo armaba un barro blancuzco, mezcla de papel, jabón y pelos ajenos que se les pegaba a las rodillas. Pese a todo, los mocasines de ambos estaban intactos. Habían costado cincuenta dólares cada par. Solamente cincuenta dólares.

De fondo se oyeron, otra vez, los inodoros autolimpiándose. Gabino pensó en alguna palabra sanadora, pero no dio con ninguna. Salió caminando, lo más silencioso que pudo, ejerciendo la menor fuerza posible en los metatarsos.

A lo lejos las vio a ellas: claras, llamativas, como quien se encuentra un rostro de la televisión. Caminó detrás de sus mujeres el tiempo que restó de esa tarde. A través de los vidrios del shopping podía verse el cielo. No era gran cosa, era simplemente el fondo. Supo que se había hecho de noche. Cargados con bolsas de plástico y de papel madera, Gabino, Emilia y Liliana hicieron una cola larga dentro del edificio para esperar que el micro de larga distancia viniera a devolverlos a su hotel. Gabino no respiraba bien y los labios no viraron del azul morado. Sintió un temblor. Pudo ver

a lo lejos a la criatura del helado, ahora con un producto nuevo, alzado en un cucurucho intacto. Lo lamía con perseverancia, como creyendo que esta vez no se caería por nada del mundo. Pero sí.

Geografía nacional

> Casi siete mil millones de personas viven en nuestro planeta. Más del doble que hace tan solo cuarenta y cinco años. Pero, ¿qué pasaría si la población mundial se volviese a duplicar de repente?
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO).

Cintia vio en la televisión algo sospechoso pero certero: el día estaba llegando a su fin y en el resto del globo nadie había muerto. Se trataba de un día único, diecisiete de septiembre, y en el planeta Tierra nadie había pasado a mejor vida. Esto a Cintia la asustó, porque si bien se reconocía como alguien aprensivo en relación a la muerte, el exceso de vida también le parecía de temer. Quienes conducían el noticiero de aquel canal de aire estaban anonadados. Se acomodaban los micrófonos, se alisaban el pelo. Todo en vivo y en directo. Miraban a cámara aunque no recibían a tiempo la orden de cambiar la vista de lugar, entonces quedaban con los rostros hacia el frente pero la mirada perdida, confundidos. El noticiero estaba desprovisto de prolijidad. ¿Qué había pasado con los accidentes, las enfermedades, incluso las causas naturales? ¿Cuál era el índice de natalidad de ese día de septiembre, entonces? No existía ni un minuto en el que no muriera alguien.

Cintia decidió apagar el transmisor. Le temblaron las manos, como cuando llega el gran susto y su tamaño triplica y supera todo lo que hay alrededor. Se levantó del sillón y dio vueltas alrededor de la casa. ¿Dónde cabría toda esta vida, ahora? Miró por la ventana. Vio taxis, autos particulares, un camión de mudanza, una fila de niños caminando de la mano en una excursión escolar.

Terror.

Cintia decidió darse un baño. Se sacó la ropa con rapidez y se

miró la espalda en el espejo. Tenía la piel de gallina y no sentía ni un poco de frío. Era el miedo haciéndole cosas a su organismo. Debajo del agua caliente, el cuerpo podía volver en sí. Cada pieza en su lugar y la sensación de fragmentación se silenciaba. Contó el cabello caído, lo pegó sobre los azulejos azules. Se masajeó el cuero cabelludo, se enguajó las lagañas de la noche anterior. Todavía sentía que podía oír a los conductores de aquel programa:

—Nos llegan novedades desde el Oeste. Vamos al móvil.

—¿Hola? ¿Hola? Apenas se oye. ¿Hay alguien ahí?

Y en la pantalla de la televisión surgía una horda de gente abrigada, rodeada de un paisaje de nieve en algún país lejano, mirando a cámara. Aunque mirar a cámara no significara fijar la vista. Eran zombies extranjeros o gente con demasiada vida que ya se había echado a flotar sin pensar demasiado hacia dónde.

Cintia apagó la ducha y se enrolló en un toallón limpio. Se lamió las manos arrugadas para aliviar la callosidad de los dedos. Desde la mesa de su cocina oyó el bip del teléfono. Corrió a atender. Envuelta en esa tela azul podría ser el muñeco gigante de algún niño con padres de mucha plata. Era Julieta, su hermana, que la estaba llamando desde la Isla y pretendía hacer una videollamada. Cintia se encerró otra vez en el baño y, sentada sobre la tapa húmeda del inodoro, atendió.

La señal era pobre. Eran muchas personas reunidas a la vez, alrededor del globo intentando comunicarse. Intercambiar opinión sobre la rareza. Podía ver la cara de su hermana casi derramarse sobre la pantalla. Al lado de Julieta estaba Lío, su hijo de tres años, que miraba también. Los dos esperaban que la tía se pronunciara.

—Hola Cin, ¿estás?

Julieta estaba acostumbrada a gritar a través de celulares.

—Nosotros acabamos de desayunar. Lionel quería hablarte. ¿Estás?

Cintia miraba a esos individuos pixelados en la pantalla diminuta y un calor le subía por el cuello. El nene miraba a su tía y sonreía.

—Hoy se largó solo por primera vez sin rueditas, ¿podés creer?

Se raspó apenas pero no lloró. Es un campeón de las rutas ya.

Julieta narraba y la cara se le deformaba. Lionel sonreía con orgullo de prueba superada.

Cintia no respondía. Nombrar algo ese diecisiete de septiembre parecía imposible. Seguía tan impaciente. Lionel colgaba del cuello de su madre como un mono de zoológico alimentado con mamadera.

—Cin, ¿estás ahí?

Julieta insistía y a Cintia no le pasaba lo mismo de siempre con la cara de su sobrino, sino que distinto. En esa pequeñez veía un exceso de futuro que no se parecía en nada a la ternura. Veía pura vida, puro espacio plagado, ningún lugar para la mediana edad.

—Cintia, ¿podés responder?

El nene se puso serio. Del otro lado de la pantalla, esa mujer recién bañada era un bollo de desprecio. Empezó a lagrimear.

—¿Cintia, qué te pasa?

Cintia notó que la cara de Lionel seguía siendo tan de la primera edad y el temblor regresó al cuerpo, barriendo toda la incomodidad que el baño de agua caliente había logrado llevarse.

—¿Nos tenés miedo?

Cintia cortó la videollamada. Ahora se le agolpaban en la cabeza las voces del noticiero, el futuro de ese niño que también llevaba su sangre, los accidentes, las causas naturales. El exceso de vida, otra vez. Dejó el teléfono sobre la mesa y el aparato siguió sonando. Se fueron apilando más de doce llamadas seguidas de su hermana y su sobrino, en un rapto de amor o de crueldad. ¿No podían dejarla en silencio?

Cintia encendió el televisor y ahí seguía, intacta, la noticia. Ahora los móviles del canal recorrían con drones distintos epicentros del mundo. Taiwán, Tokio, Yakarta, un poco de Moscú, Berlín, algo de Amsterdam, y también Buenos Aires, La Paz y Cochabamba. La gente se amuchaba en las calles para festejar esa victoria de la perpetuidad. Pero Cintia tuvo una sensación muy grande de vértigo. Sintió que todas esas personas estaban más cerca de su casa de lo que ella podría imaginar. Que todo estaba ahí, tan

junto, sin espacio en realidad. Y en eso llegó la certeza, y cuando llega, el temblor tiene su intervalo. Se vistió con lo primero que encontró. Un suéter viejo pero agraciado que había pertenecido a su madre en la década pasada y un pantalón que se le caía. Se ató el pelo con una gomita de plástico. Miró hacia la puerta de su departamento: esa madera de algarrobo con algunos stickers de brillantina pegados en el centro. Figuras de algún momento de la vida en el que creyó que esos colores en miniatura podrían ayudarla a cambiar el ánimo. Roedores, corazones en distintas gamas y frases positivas en inglés. Agarró la cartera, contó plata, se calzó las zapatillas de correr y salió a la calle. Pensó para sí que lo mejor que se podía hacer en ese clima de exceso de otros era cerrar la puerta de casa y cambiar la cerradura para siempre.

El teléfono de Cintia siguió sonando en el medio de la nada, durante horas. Por supuesto no lo atendió después, ni al día siguiente, ni en una semana más. La familia no era algo que había que cuidar ahora.

El calor era rebelde

> A medida que los meses de verano se vuelven más calientes en Estados Unidos, activistas esperan atraer atención hacia el asunto en sí, así como a su impulso a una legislación para ayudar a abordar el problema. Decenas de niños mueren por golpe de calor cada año en autos cuyas temperaturas, incluso en días relativamente templados, pueden rápidamente sobrepasar los 37 grados Celsius. Muchos de esos niños fueron olvidados en el vehículo por un cuidador distraído.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO WILD)

Este es un pueblo que, en verano, no abre sus puertas hasta las seis de la tarde. El calor suele superar los cuarenta y cinco grados centígrados, entonces derrite las copas de los árboles y las cabezas de las personas, pero sobre todo las pequeñas crismas de las criaturas. Antes de que caiga el sol, el supermercado coreano de la avenida principal es el único lugar en donde se pueden conseguir cosas. Ahí suena música popular de Corea del Sur y se respira el aire prefabricado de un aire acondicionado industrial. Todo alimento tiene su respectiva góndola y, en cada festividad, hay una decoración autóctona. Son contadas las casas de esta región, y en cada una ocurre una familia, y en una familia debe haber niños, sino se la considera mitad familia. Niños y mascotas debe haber, y cumpleaños también, con guirnaldas de papel de buen gramaje y manteles de hule. También debe haber música con estribillos y piscinas o mangueras para sobrellevar las altas temperaturas en este odioso Norte. También debe haber gente dispuesta a trabajar animando a los niños en sus cumpleaños, disfrazada o no. Después

de las seis de la tarde, la gente puede reunirse a brindar o a conversar sobre el crecimiento de sus hijas y sus hijos. Si en este pueblo bajara la temperatura, sería un problema. Si en este pueblo existiera una casa sin niños, repetimos, no sería una familia. Tampoco una casa.

Sostuvo dos latas de atún: uno desmenuzado y otro en trozos. Se decidió por el segundo porque Elías ya podía morder con los tres dientes de abajo. Ese jueves, las góndolas estaban repletas. El fino obrar de los repositores. Amanda siempre prefirió entrar al supermercado temprano, cuando no había casi nadie alrededor, cuando los empleados pudieran recibirla con una sonrisa en vez de desearle la muerte solo por preguntar la ubicación específica del tomate redondo. Antes de las cinco de la tarde no había nada en aquel pueblo, y ese jueves parecía el instante posterior de una pésima noticia. Las calles estaban tan vacías que parecían hablarse entre sí.

Amanda era una mujer de cincuenta años aunque aparentara menos gracias a la genética, a los vestidos de morley y al olor a suavizante de ropa que intentaba recrear la idea genérica de un bosque de pinos. Usaba un peinado alto que le alzaba los rulos como una bandera y se tapaba permanentemente las piernas con sus manos, porque sus várices exigían la misma atención que un paisaje.

Amanda era un imán.

Ahora recorría la heladera de los lácteos y la piel se le ponía blanca y áspera como a las gallinas. La encargada del supermercado había subido el volumen de aquel grupo de pop coreano que hablaba de romances esperables. Amanda ya había llenado su changuito y estaba lista para pagar. Qué placer cuando en la fila no había nadie. No existía tal cosa como la falta. Que una pudiera sacar la mercadería del carrito y oír, sin freno, el chin chin de la caja registradora.

Angelita cumplía siete meses esa tarde. Elena, su madre, había llenado de globos toda la superficie de la cocina y también del

living comedor. Apenas se podía caminar por ese suelo alfombrado. Rosa llegó diez minutos más tarde del horario en el que la habían citado y a Elena nada de eso le pareció bien. Rosa pidió disculpas y se metió en el baño. Estaba transpirada y el corazón le latía más de lo que hubiera debido. Mientras se calzaba el disfraz de dinosaurio se miró en el espejo. ¿Había adelgazado esa mañana? El día anterior no estaba igual. Ese dinosaurio era más enorme ahora, con ella dentro.

En fin.

Faltaba una hora para que llegaran los padres de diez criaturas de siete meses. Se maquilló de verde los ojos. Se dibujó dos círculos amarillos en las mejillas para que se la identificara menos. Solamente una vez, el padre de un niño la reconoció en un cumpleaños: «¿Rosa?», le dijo, y ella se largó a llorar. «No soy Rosa, soy un dinosaurio».

De ahí en más, puso más esmero en el maquillaje.

Oyó a la madre de Angelita correr de aquí para allá, gritar su nombre. Rosa le respondió tres veces que estaba en el baño, que si necesitaba algo, que ya salía. Que esperara un poco por favor.

Angelita era un bebé pequeño y flaco. Había nacido prematura, dentro de esa madre tan maciza. Su corazón era demasiado pequeño para el resto del cuerpo, como algo que podría transportar una hormiga, por eso estuvo retenida unas semanas en una incubadora hasta que el órgano se dignó a crecer, acompañado por el trabajo de aparatos y cables.

El padre de Angelita estaba en cama desde que la beba había nacido. Tenía depresión clínica: esa que es difícil de discernir y de analizar. Esa que no tiene cura porque la dispuso el cerebro.

La madre de Angelita volvió a llamar a Rosa y ahora, un poco ofuscada, Rosa salió del baño y la miró a los ojos. Eran una madre de cincuenta años y un dinosaurio enfrentados, en el marco de una puerta de una casa con pintura blanca recién aplicada, adornada con cuidado extremo para el cumpleaños de la única criatura que había podido dar ese vientre añejado. Se miraron y la madre siguió de largo. Esa mañana, evidentemente, la tenía a mal traer. Todos los

ambientes de la casa estaban atiborrados de guirnaldas que ella misma había colgado subida a un banquito de madera. No solamente el living comedor y la cocina, también el baño principal y el de servicio— bacha y bañadera—, el patio, la biblioteca, el lavadero, la despensa, la entrada y el patio delantero. Un cartel de papel tornasol de colores mostraba con ímpetu el nombre de su hija: «Angelita». Había una mesa desplegada en el living con postres helados, tortas secas y húmedas, e incluso caramelos y pastillas fantasía para que los padres pudieran meterle en la boca a los bebés que apenas estaban cortando los dientes. La madre de Angelita sudaba a mares dentro de aquel vestido que había elegido ponerse pero no le importaba: tenía una familia, tenía una bebé.

Rosa caminó por uno de los pasillos y espió hacia la habitación. Ahí estaba el padre: el hombre. Él no acusó recibo. Evidentemente ver caminar un dinosaurio por su casa tampoco iría a atenuar su depresión clínica. Estaba arrumbado, semidesnudo y en penumbras, mirando la televisión de la tarde. El sonido que venía del aparato era desmedido, aunque igual competía en escala con la música que hablaba de animales del zoológico que desprendía el equipo de música del living.

Rosa se sentó en el sillón de cinco cuerpos que había en la sala. La madre de Angelita se le paró al lado y se miró en un espejo de cuerpo entero. Le preguntó si esa ropa le quedaba bien. Casi sin mirarla, Rosa respondió que sí. Qué ilusa esa mujer envuelta en ese vestido. Buscar desacuerdo en una empleada.

Amanda caminó con seis bolsas de papel, tres en cada brazo. Ya eran las seis de la tarde y el calor no había bajado. Debido al peso, se le corrió una de las mangas del vestido dejándole un hombro al descubierto. En esos instantes de desnudez improvisada era que Amanda podía parecer menor también. Su piel brillaba igual que en las publicidades de crema de envase rosado para el cuerpo terso. Su tristeza y soledad hacían un buen trabajo en el retraso de su vejez. Tenía la mente ocupada en asuntos más tristes. No había tiempo de mirarse en el espejo, penar, volver aquello del arrugue un obstáculo. Su hombro quedó desnudo por un rato y un hombre que

pasó caminando al lado de ella lo miró con detenimiento. Amanda sostuvo con dificultad las latas de atún en trozos que intentaban alejarse de la bolsa. El sol le dio de lleno en la cara y le dificultó encontrar las llaves del auto pero ahí estaban, como siempre, en el fondo del bolsillo. Esa mañana, Elías se había despertado inquieto. No aceptaba mamaderas y Amanda ya no tenía leche. Durante media hora la madre intentó acomodar a su hijo de cinco meses en el asiento trasero de aquel auto. El calor era ingobernable. Lo abanicó, lo sopló, pero no hubo caso. El niño hambriento de cuerpo de Amanda lloró y lloró. Tanto lagrimeó que se quedó dormido profundamente en el trecho que hacían, a diario, del departamento al supermercado.

Horas más tarde, Amanda logró abrir el vehículo y dejó caer las seis bolsas de papel en el asiento del acompañante. El rayo de sol de la primera hora de la tarde había convertido el interior del auto en un sauna. Ahí detrás, como arrumbado, vio el asiento del niño. Solo que esta vez, y para sorpresa de la madre soltera, no había niño alguno. Tiró las bolsas con la mercadería a pleno rayo de sol, dio vuelta el interior del auto. Gritó, y tanto fue que gritó, que sintió que un nervio le dormía la mitad de la cara.

Angelita podía ser el bebé más silencioso del mundo. Sus padres habían contratado a Rosa para todos sus cumple meses. Le tenían confianza, y la pequeña, cariño. El disfraz no variaba, Rosa era siempre el dinosaurio que hacía compañía en el evento. Nada más y nada menos.

Ya eran cerca de las cuatro de la tarde y algunos padres habían ido llegando con las criaturas colgándose de los brazos. Se los dejaron a Rosa. Dos varones de jeans ajustados y baberos de colores vivos. Rosa los entretuvo unos minutos y después los dejó solos. ¿Qué podría pasarles? Miró de reojo. El padre de Angelita había decidido, por fin, levantarse de la cama. Tenía lagañas en los ojos y marcadas las sábanas, definidas, en la oreja derecha. La madre de Angelita entraba y salía de la cocina. A Rosa le sorprendía que nadie fuera a despertar a la cumpleañera. Los bebés atontados se golpeaban entre sí dando por sentado un llanto agudo. Los padres

corrían a alzarlos. Creían que ponerlos en las alturas era lo único que los calmaba. Rosa se impacientó. Subió las escaleras cubiertas de alfombra y olor a detergente. Ahí abajo, la madre de Angelita pegaba alaridos de alegría y el padre le hacía muecas al parlante de un televisor plasma apagado.

Cuando entró en la habitación de Angelita reinaba el silencio. El sueño más profundo es el que se tiene en el inicio de la vida, esa calidad con el tiempo se desvanece. A Rosa le sorprendió no oir ni siquiera su respiración. Eran un dinosaurio buscando un bebé en una cuna, y un bebé haciendo la siesta. Solo eso. Rosa oyó el grito de la madre de Angelita subiendo las escaleras. La nombró. Que dónde estaba, que los invitados, que los bebés necesitaban estarla mirando, estarse riendo. Rosa se asomó a la cama pero Angelita no estaba. Buscó abajo, quizás caída con el cuello hacia el costado, quizás hecha un ovillo sobre su conejo de peluche gigantesco. Angelita tenía una habitación entera para sí, una suerte de monoambiente con dibujos de animales de colores enmarcados, una lámpara colgante con forma de flor tropical, peluches en cantidades que parecían simular una manifestación. Un universo demasiado grande para un ser tan pequeño y nuevo. Pero Angelita no estaba dentro de su imperio. La madre de Angelita entró en puntas de pie y preguntó si todavía la criatura dormía. Rosa no supo qué responder.

Se asomó a la ventana de la habitación de Angelita y pudo ver que ahí debajo, los bebés que gateaban por el jardín enfilaban directo hacia la pileta climatizada. Como dirigidos por una fuerza mayor, por una información que Rosa no tenía. Los padres charlaban entre ellos, no lo notaban, pero Rosa sí. En segundos, sus bebés caerían al agua.

La madre de Angelita bajó corriendo las escaleras de alfombra. Gritó, y tanto fue lo que gritó, que se le paralizaron los brazos, las piernas también. El padre la miró con la paz sentenciosa de quien sabe que esas cosas vienen y pasan. La fuga de los menores.

Amanda estaba rodeada de adultos que la abanicaban y le decían cosas, como que el robo de niños solos en la parte de atrás de los autos era cosa común. Amanda no entendía lo del robo. No

entendía lo del niño. Elías tenía que comer a las cinco de la tarde y Elías no estaba. No tardaron mucho en oírse alaridos en la gran ciudad, pese a las bocinas de los autos, al frenar de los motores. Alaridos en las ventanas de los edificios de mucho estilo, alaridos en las casas bajas. Mujeres que se preguntaban dónde o por qué. Otra vez, cómo y dónde. Amanda creyó que todo podía ser producto del redondel de fuego que colgaba ahí arriba, entre los árboles. Ese día, el calor no había menguado. Era rebelde como un cachorro que nunca entendió cuál de todas esas mujeres que lo rodean, era su madre.

Los bebés que cayeron a la piscina de la casa de Angelita fueron socorridos por sus padres, a veces por sus madres. Envueltos en toallas tenían la mirada perdida. Así pasó la tarde. La madre de Angelita durmió la mona envuelta en las sábanas y el marido la miró, porque otra cosa no podía hacer. Los invitados no querían irse, se quedaron hasta pasada la medianoche. Rosa alcanzó a quitarse el traje de dinosaurio y, de civil, se sentó cerca de ellos. Los miró a los ojos. *Los bebés saben,* pensó, *ellos también quieren irse.* Las criaturas tenían cierta extraña atracción por el agua con cloro. Cuando la miraban les brillaban los ojos.

Rosa bebió de una botella de agua de un litro y medio. Sintió cómo la hidratación se producía, poco a poco, en cada hueco del cuerpo. Decidió quedarse, ver si había alguna novedad. Se recostó en una reposera del patio descubierto y también miró el agua, pero no le pasaba lo mismo que a los menores. Le pareció oír el llanto de Angelita y se fijó en su ventana. Ninguna luz se encendió. Ella no estaba ahí, tampoco allá. Esto estaba empezando a pasar: que algunos bebés no estuvieran en sus cunas, ni en los asientos especialmente diseñados para autos, tampoco en las sillas altas para comer, ni girando sobre sí en alguna alfombra puesta con delicadeza sobre el suelo.

Como si presenciaran un partido de fútbol definitorio, esas madres casadas con esos padres miraban la programación de un noticiero constante. Había otro caso en otra parte del país: un bebé de meses que se había evaporado en pleno paseo en cochecito. Cada

vez que aparecía un caso nuevo, las madres y los padres gritaban de susto como si fuera un gol que definía un campeonato. Se abanicaban. El sudor que les caía del cuello era abundante y los bebés también se humedecían.

Hacia las cuatro de la madrugada Rosa llegó a su casa. La recibió Luis, su gato de profundo color negro. Casi no podía abrir los ojos. Había estado todo el día solo en el departamento, recibiendo la pesada luz solar. Apenas le rozó las piernas a su dueña con la cola. Se la quedó mirando. Rosa encendió la televisión y un noticiero local mostraba el rostro en pena de una mujer. «Otra vez», pensó. Seguramente los únicos del pueblo mirando la televisión a esa hora serían el padre de Angelita y ella. Una mujer transpirada narraba el derrotero de otra criatura evaporada en el asiento de su auto. Rosa lo imaginó todo: una madre de vestido floreado comprando comida para sí y su descendencia. Atún, especias varias, verduras de color. La mujer compra pocas cosas y se ubica en la caja con menos personas para llegar pronto donde está su bebé. Le gusta esto, lo disfruta. El trámite es veloz, entonces ya está afuera y el corazón le late fuerte porque el pensamiento agolpado produce cosas por el estilo en el sistema coronario. En el estacionamiento del supermercado el calor es peor que en cualquier otra parte de ese pueblo. Ella llega, se sube al auto y siente el silencio. Después mira hacia atrás y ahí descubre y grita, grita, igual que la madre de Angelita. Dos mujeres gritan al unísono, en distintos puntos de ubicación pero en el mismo pueblo. Y no son las únicas, son dos dentro de una lista de varias. Los sistemas especialmente diseñados llegan hasta ellas: policías, ambulancias, médicos, bomberos, periodistas. Todos llegan y las asisten y las abrazan. Pero a ellas se les acaba de atomizar el mundo: ya no tienen una familia, volvieron un casillero atrás.

Rosa bebe un sorbo de té a ver si ahuyenta el pensamiento. Luis se recuesta en su estómago, hace ruidos de placer. La madre en el noticiero ahora llora, reclama, llora. A Rosa se le mezcla todo y se pregunta si aquel Elías estará en el mismo lugar que Angelita, aunque eso no resuelva nada y sea solo un monólogo dulce dentro

de su cerebro. Decide apagar la televisión y la última imagen que le queda en la retina es la de una mujer aterrada.

Se hace cada vez más tarde, o más temprano, y en la ventana de Rosa ya se pueden ver los primeros rayos de ese sol inquebrantable. Ese calor fuerte pero también venido a menos, igual que un tractor de campo. Luis pide piedad maullando, que por favor baje la temperatura aunque sea un poco. El disfraz de dinosaurio descansa, estirado, sobre los pies de la cama. Rosa se pregunta si realmente quiere seguir trabajando con niños, animándoles los días antes del desvanecimiento súbito. El disfraz no le arroja respuestas y ahora se le cierran los ojos. Con tanto bebé desvanecido quizás hasta pueda dormir.

Luis maúlla en la ventana, recibe el apenas viento del amanecer. Es una especie de hijo. También es una especie. Rosa tendría que empezar a pensar cómo sería si le pasara. Aprender a soportar una ausencia.

En este pueblo hay un bosque y entre los árboles lo que hace ruido no son animales, son mujeres.

Tigre de tierra

> Uno de los grandes depredadores está al acecho. Camuflarse en el entorno es esencial para acechar a la presa. No puede correr más rápido que los ciervos así que confía en el elemento sorpresa para atraparlas. Aunque los tigres son excelentes cazadores no es extraño que fracasen. Solo consiguen atrapar a la presa una de cada diez veces.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

Tal vez puedo empezar por esa mujer que se seca el pelo en el living, delante del espejo, cuando tengo quince años. Levanta el brazo izquierdo y detrás suyo se enrolla un cable largo que bien podría causarle un tropiezo mortal. Yo la miro desde el sillón de tres cuerpos, ese sillón que está totalmente destrozado por las garras del gatito que después morirá por causas naturales. La mujer me habla pegando gritos, está intentando ganarle al ruido del secador eléctrico pero no hay caso. Cada tres frases yo le pregunto: «¿Qué?». Es imposible. No logro hilar entero nada de lo que está diciendo. El pelo rubio y abultado le vuela por encima de la tapa de la cabeza y ella me mira como si un mismísimo espejo retrovisor. Se tiene que ir a trabajar, porque trabaja mucho esta mujer para poder pagar el alquiler y la comida, y se está quedando sin tiempo. Cuando desenchufa el aparato todo vuelve un poco a su lugar. Yo la sigo mirando. Me gusta ver la preparación de una mujer adulta que lleva su vida adelante. Me pregunta si estoy bien, porque tengo una cara que no conviene. Le respondo que sí, que siempre tengo esa cara. Que como leí en algún lado, ya sé que tarde o temprano toda casa en llamas va a ser la mía. La mujer no me oye o hace los oídos sordos. Ahora se peina y se pinta las mejillas. Me pregunta si ese

rubor le sienta bien, le contesto que sí. Pareciera que lo único que puedo decir en este contexto es a todo que sí. Después se sienta al lado mío en el sillón y me pide que le desee suerte mientras se termina de cerrar las botas. Se la deseo. Agarra el abrigo y sale al palier del edificio. Canta una canción en inglés. Apenas oigo que se despide mientras va llamando el ascensor. Me quedo sola en este living luminoso del departamento de tres ambientes en el que vivimos hace ya varios años. El gato que destrozó el sillón me mira, ya casi al borde de la muerte. Le faltan los dientes y pesa apenas dos kilos. Silencio y rayo del sol entrando por la ventana. Esa que acaba de irse es Alicia, mi madre, y yo ya sé, como una profunda certeza, que una madre es una deidad inquebrantable. Eso me asusta y un poco me desespera. Pero al rato pienso en otra cosa y se me pasa, porque así funciono. Lo único que derriba el pensamiento invasivo es un pensamiento peor. Voy armando mi pequeña montaña de ladrillos terribles.

Alicia es Tigre de tierra en el horóscopo del Oriente. Siempre la oí decir que nunca tuvo una buena relación con su madre ni con su hermana. Con las mujeres de la familia. Alicia nació con cara de otra parte. No se parecía a nadie. Admiraba a su padre porque era un periodista deportivo reconocido. El hombre que salía en los diarios y por las noches desaparecía de la faz de la tierra. El hombre que, seguramente, tenía amantes, familias, tantas otras vidas posibles. Alicia era rubia y de ojos marrones, con la piel blanca y larga, porque la piel es el órgano más grande del cuerpo humano. Alicia tenía los colores de otra gente, nada de parecerse a nadie.

Desde los seis años Alicia tenía asma y entonces su madre le agarraba la espalda para que la nena no se ahogara, pero la nena se ahogaba igual, y su hermana que no se le parecía en nada la miraba con desprecio. Alicia me dice que creció en una familia desmembrada con un hilo de oxígeno que apenas le permitía pensar. Aún así creció y se convirtió en una adolescente de pelo largo y rubio ceniza que invitaba juventudes a la casa mientras su madre se metía en la cama para escuchar la radio. Alicia bailaba y

conocía a su primer amor, ese que la llevó al Sur argentino. El centro atómico. Investigaciones básicas y aplicadas en Física e Ingeniería Nuclear. Un hombre con anteojos de marco grueso y gatos sueltos en un jardín de flores muy blancas. Alicia ahora respiraba de otra manera y también se hacía muchas preguntas sobre el estado de las cosas y el país, sobre todo por el país. Cuando nevaba se ponía botas altas y atravesaba los suelos congelados. Era la conquistadora del gran freezer.

¿Cómo son los tigres de tierra? Dotados con una naturaleza constante y realista, el tigre de tierra es el más intelectual de todos los tigres. Sus colores de la suerte son el azul, el gris y el naranja. El tigre puede llevarse bien con el caballo, el perro y el cerdo, pero en cambio puede tener una relación muy mala con el buey, la serpiente, el mono y el gallo. Los tigres son amables y benevolentes. Raramente se sienten cansados y tienen ricas emociones. A veces, sin embargo, toman decisiones descaradas y son difíciles de controlar. Las mujeres nacidas en el año del Tigre son fascinantes. Les encanta la libertad de expresarse a través de la moda y el trabajo. Este será un buen año para el tigre de tierra: ¡hágale saber cuánto la valora!

Llamé a Alicia para contarle las buenas nuevas del horóscopo para su animal. Estaba acostada en la cama con un hilo de voz que apenas le salía del cuerpo. La depresión la había vuelto a tomar, esta vez con más saña, como un perro que se cuelga del cuello del otro para morderle la vena importante. Alicia no estaba de humor. Apenas podía escuchar. Me retrucaba aquello de que este realmente fuera su año. *¿De qué tigre me hablás? Dios mío ¿Dónde ves un tigre?*

Tomaba Citralopram, Sertralina, Clonazepam y Zolpidem. Hacía meses que no nos veíamos. No me dejaban visitarla y eso me causaba mucha inseguridad. Yo ya era adulta en ese momento, pero no ver a mi madre me hacía caminar indefensa por las calles de la Capital. Las avenidas eran las peores: ese tramo abierto de cielo y edificios, de gente adulta ocupada en cosas relevantes. Gente sin miedo con abrigos de lana o de gamuza. Estar lejos de Alicia me volvía volátil y leerle el horóscopo era una forma de preservación

de la especie. Tenía la fantasía de apostarme en la puerta de su casa solamente para sentir la cercanía, pero Alicia apenas podía pedirme que no lo hiciera. A las siete de la tarde de un día de semana me llamó para contarme que estaba en el balcón con su gato en brazos. Le dije que no entendía su llamado. Me respondió que le parecía que yo lo tenía que saber: que todas esas personas que se movían ahí debajo, en la vía pública, estaban demasiado conectadas con algún tipo de entusiasmo y que eso la volvía miserable. Yo no podía hacer nada. Solamente escuchar. Me pedía que oyera el ruido de la calle a través del tubo del teléfono y yo le sugería que volviera a la cama. Alicia no parecía un ejemplar fascinante al que le gustara la libertad y expresarse a través de la moda y del trabajo. Quise romper a pedazos el libro de la gurú oriental que solamente nos traía confusiones. Quería dejar de creer que ese sería el año de Alicia. Mi madre estaba mirando hacia abajo y eso era lo único que pasaba en el resto de la Tierra.

Alicia se casó a los veinte años con un noble guerrillero. El centro atómico quedó atrás. Tuvo dos hijas que se llevaban un año entre sí. A veces pienso que así se tiene a los hijos: en un lapso de tiempo concreto y después se sigue adelante. Como una diligencia que conviene hacer de una vez. ¡Zas! Con las dos bebés a cuestas se escapó de Bariloche y encontró una casa en Catamarca. El marido, la mujer y las hijas dormían con el sueño liviano de los que sospechan que pronto vendrán a buscarlos. Lo que comían más seguido era pollo al horno porque tenían un carnicero amigo que les hacía precio. No tenían dinero para útiles escolares o remeras agraciadas. Las niñas crecieron sin esos placeres. Pasó un año. El marido se convirtió en un lobo feroz y todo ese ímpetu que usaba para la revolución se le volvió en contra: fue el enemigo de su propia casa. Alicia agarró a las hijas otra vez, como una pinza eterna, y huyó a Buenos Aires. En el camino hacia la capital abrazó a las criaturas y les prometió cosas que nunca más pudo recordar.

Alicia camina detrás mío. Dice que yo voy demasiado rápido y que a ella le dan palpitaciones. Nos reímos de una mujer que pasa

cerca nuestro y habla sola. Somos taimadas, ¿qué nos pasa?, como si no hablar solas nos volviera mejores. La mujer atraviesa la avenida, se pregunta y se responde. Alicia está arrugada y yo soy demasiado adulta, estoy en ese momento en que la imaginación se volvió un bloque. Mi mamá me agarra del brazo y caminamos en silencio. Vemos tres pavos reales a través de las rejas, también vemos algunas maras. Podemos sentir el olor del pasto húmedo y del estanque del zoológico. Alicia se detiene a tomar su pastilla y yo le saco una foto con mi teléfono. Mi madre nunca sabe que la estoy mirando, que todo el tiempo estaré al rescate. Es una forma natural. Compramos las entradas y caminamos ligero. Varios grupos familiares se gritan cosas entre sí. A los niños y a las niñas se les prohíbe que estiren los brazos y se les obliga a cerrarse las camperas. Esta también es una ley universal. Se bañan los flamencos y dan olor las jaulas de algunos pájaros que no se quieren mostrar. A mi madre le llaman más la atención los locales de comidas rápidas que el sector de los monos. No tenemos hambre, pero nos detenemos a mirar esos menúes de colores. Seguimos caminando y ahora el rayo pega directo porque es el mediodía. Hay olor a paty y a salchicha. Algunas escuelas han armado excursiones en el acuario. Alicia me dice que prefiere no entrar ahí, que el olor a pis le da náuseas. Que aunque no sea un natatorio, ver niños en lugares con agua le da esa sensación. Qué mujer original. No sé de dónde saca esas cosas. Vamos hacia adelante y ahora oímos gritos desparejos, no son solo juveniles, son todos los gritos. Mi mamá me pide que no corra porque le late fuerte el corazón y yo le respondo que eso no es necesariamente un mal signo. Quiero saber qué pasa. Alicia me sigue por detrás. Un gran redondel de gente con accesorios de lana no me permite ver con claridad. El sol del mediodía está fuerte, más fuerte que nunca antes. Creo no haber visto tan concentrada a la bola de fuego sobre mí. Me llevo las manos a la cara y me hago una vicera. Me ayudo. Estamos en el sector del tigre. Una porción de pasto inmensa, suelo de tierra y pastizales. Una gran placa de plástico grueso divide su falso hábitat de nosotras. Hace frío pero también calor. Mi madre dice que no

alcanza a ver y ya puedo oirle el desgano. Deseo mucho que esa pastilla que tomó ya esté surtiendo efecto y cuando pienso esto la veo pasar. Avanza lento a espaldas de Alicia. Alguien grita que es una hembra y que eso complica las cosas porque pueden verse amenazadas más rápido. Imagino será un empleado del zoológico dándonos un poco de su saber. Dos niños preadolescentes se adelantan y sacan fotos con sus celulares. Mi madre me mira con un poco de susto, aunque siempre le gane el fastidio. Incluso teniendo una criatura salvaje caminandole a sus espaldas, a ella siempre le ganará el aburrimiento. Un chico joven con remera del zoológico de la Ciudad se acerca a Alicia y le pide que se quede quieta. Ella le hace caso. El chico le habla a la felina de 300 kg que camina suelta y la criatura no se inmuta, sigue avanzando hacia Alicia que apenas gira el cuello para ver. Cuando vuelve la mirada hacia mí no hay sorpresa y esto puede llegar a exasperar. Hay dos hembras, dos tigres de tierra sueltas en el zoológico, totalmente rodeadas y en profunda solemnidad. Una de ellas es mi madre y no ve la hora, ni siquiera en este instante, de volver a su casa para poder descansar de esa vida tan pero tan larga que la trajo hasta acá. Alicia me mira y me pregunta la hora. Lo único que le importa saber es cuánto falta. El gato gigante camina por ahí y por allá. Un equipo de hombres vestidos de verde lanza una red pesada y eterna que atrapa a la fiera que tampoco se inmuta ya. El grupo de gente que se agolpó para mirar ahora también se aburre y busca comida porque es la hora de almorzar. Un operativo gigantesco intenta regresar a la hembra tigre a su lugar. Alicia bosteza. Este será un buen año para el tigre de tierra: ¡hágale saber cuánto la valora!

John Sullivan

> La lucha fue terrorífica. Comenzó a las 10.30 de la mañana y duró más de dos horas.
> Parecía indicar que Sullivan iba a perder el combate, ya que en el asalto cuarenta y cuatro empezó a vomitar. Al parecer, la causa fue que había bebido whisky congelado.
> Pero ese no fue obstáculo para que Sullivan siguiera combatiendo hasta el asalto número setenta y cinco, en el que Kilrain tiró la toalla.
> John Lawrence Sullivan, *The Boston Strongboy,* como le conocían, se convertía así en el último campeón del mundo de boxeo con los puños desnudos.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

John L. Sullivan fue el último campeón de peso pesado con las manos desnudas, y el primero de los campeones con guantes. Fue el primer norteamericano héroe deportivo y por las noches, me habla al oído.

Salí a las seis de la tarde de la preparatoria. Con un pañuelo de papel me cubrí la herida del ojo. No era la primera vez que Lili, Sofia y Ruth me golpeaban. Llegué a casa y me encerré en la habitación. No fueron golpes duros, pero dejaban ver algunos hilos de sangre. Jamás dije que los golpes venían de manos femeninas. Tampoco me lo preguntaron. Esa noche, mi papá colgó la fotografía en el medio del living. Me dijo que la había comprado en un negocio de objetos usados a la salida de su trabajo. Esa noche comimos en silencio, él no notó lo morado de mi ojo, yo tampoco se lo permití. Vimos dibujos animados que eran crueles unos con los

otros, se tendían trampas mortales. Nos fuimos a dormir, pero no logré conciliar el sueño. Bajé a la cocina y me serví un vaso de agua caliente, recién salidita de la canilla. Me senté en el sillón de un cuerpo enfrente del televisor. Silencio. Yo no era nadie en la ausencia de electricidad, y ahí detrás, estaba la fotografía. Dos hombres corpulentos, sospecho peso pesado, se daban golpes cuidados. Uno era blanco y el otro negro, igual a mí. Intenté encontrarme en la foto pero no lo logré. En todo cuerpo de hombre adulto estaba mi futuro, aunque esa fotografía me dejó sin aliento. ¿Por qué dos hombres semidesnudos decoraban el living de mi casa?

La tarde pasó sin pena ni gloria en el patio descubierto de Osborn. Lili, Sofia y Ruth me espiaron detrás de los toboganes azules durante el recreo. Intenté no mirarlas pero no hubo caso: en cualquier momento vendrían los golpes. No les gustaban los cuerpos gordos y opacos como el mío. Fue Sofia la que comandó al resto y ahí las vi venir. Blancas, lacias y finitas: esa desviación de la genética. Lo último que recuerdo conciso son los tres ceños fruncidos mirándome fijo. El desencanto estaba claro en cada charquito de sangre que podían despedir los agujeros de mi nariz. Siempre que se alejaban lo hacían con una sonrisa. El resto de mis compañeros no acusaba recibo, sino que hacían fila para que se desocuparan las hamacas.

Mientras miraba y señalaba la fotografía, me hablaba mi padre: «El boxeo es un arte marcial de Occidente, no te asustes. Es uno de los deportes más nobles que existen: un cuerpo en contra del otro. No existen terceros. Las reglas son claras. No se puede golpear la nuca o detrás de la cabeza, tampoco pisar, patear o morder al contrincante y mucho menos dar la espalda y rehuir el combate. Eso jamás. Alguna vez algún hombre habrá muerto allá arriba, pero eso no quiere decir que el boxeo sea mortal. Paseando un perro en una calle oscura, o bien viajando en un micro de larga distancia hacia alguna localidad remota pero repleta de árboles, también se puede morir».

Me acosté tarde. Dejé la televisión encendida en un canal de

noticias en mudo, donde autos de la policía perseguían autos civiles por la Interestatal 96. Oí que desde el living venían voces masculinas. Me asusté, pero caminé hacia ahí. No pude ver nada, solo rastros del pelo del gato alrededor del sillón, almohadones en el suelo. Una luz blanca intentando colarse por la cortina de tela. Volví a oírlos, ¿quiénes eran? Ahí afuera ningún cuerpo caminaba, tampoco se habían prendido artefactos de radio. Sonaba como si dos hombres discutieran por lo bajo.

Esa noche fue la primera vez que me habló. Se nombró Sullivan, nacido en la ciudad de Boston, Estados Unidos, un 15 de Octubre de 1858. Dijo que algunas noches se sentía despoblado, y que el combate podía ser la actividad más solitaria del mundo. No solamente en el cuadrilátero se intentaba alejar, despedir, atomizar al otro, también afuera, ahí donde el deporte entraba en pausa. Me costó seguir la línea de esto último que dijo. Me quedé mirando el afiche en la pared. Todavía no terminaba de entender. Me toqué la piel: yo sí era parte de este mundo. Qué alegría. En la oscuridad podía ser nadie excepto por una sola cosa que lo afirmaba todo: mis globos oculares.

Después de levantarme la remera arriba de la nuca, me chocaron entre las tres contra la pared de granito. Pude no golpearme porque me sostuve con las manos. «Palmas blancas» me decían. Una y otra vez repetían lo mismo «Palmas blancas». Lili, Sofia y Ruth tenían ingenio.

A la madrugada lo volví a escuchar: John Sullivan. Lo saludé y se alegró, además de preguntarme cómo me había ido con mis compañeras, me preguntó si alguna de ellas me enamoraba. Le respondí que no. Me aconsejó sobre el buen uso del cuerpo, y sobre tácticas para caer parado, para detener con las manos los golpes. También me dijo que pronto pasaría. Que solamente era necesario sentarme a hablar, así como lo estaba haciendo con él, impreso en un papel afiche, pegado con cinta adhesiva al empapelado del living que había comprado mi padre en varias cuotas en algún centro comercial de la Interestatal 96.

Por supuesto no le conté nada a mi padre sobre las voces, en

cambio le pregunté quién había sido exactamente John Sullivan. Me mostró fotografías demasiado antiguas que tenía guardadas en una carpeta, ahí al fondo, en su placard. Varias lo mostraban parado, sosteniendo los brazos en jarra, del mismo modo en que lo hacían Lili, Sofia y Ruth. Encontré una similitud que me quiso sacar lágrimas. Mi padre se encorvó para acercarse a mi cara. Me preguntó si estaba llorando y se lo negué. Guardó las fotos y salió al pallier de la casa, se prendió cigarro de tabaco. Volvió a dejarme solo. Ahora tenía tantas imágenes de Sullivan en la cabeza, tantas imágenes del cuerpo en combate, pero sobre todo de eso, del cuerpo.

Antes de retirarme cabizbajo ante el grito de «palmas blancas» como lo hacía siempre, caminé hacia ellas con los puños cerrados. El gesto las amedrentó. Se sostuvieron los peinados porque el viento les hacía los estragos. Las miré fijo. Hablé de las reglas del boxeo, y de que las riñas eran cuerpo a cuerpo. Hablé de leyes fundadas un siglo atrás. Fue la primera vez que me oyeron atentamente: siempre deja boquiabierto oír a quien logra hilar el enredo cerebral. Les dije que mi padre las invitaba a almorzar a mi casa. Mentí.

Caminaron conmigo, escoltándome aunque asustadas. El viento volvió a volarles los tocados en el pelo lacio, y revoleó hojas y biromes hacia la calle. Les sonreí, me miraron serias. Todo lo que tuviera que ver con mi barrio y mi casa las tenía anonadadas. Los vecinos opacos las miraban pasar con el gesto del que descree. Mi papá no había vuelto del trabajo. Las invité a entrar. Les sorprendió que mi casa se pareciera tanto a las suyas. Me pidieron permiso. Me resultaba extraño no estar ya en contacto con sus cuerpos.

Hoy todavía conservo esa imagen: Lili, Ruth y Sofía sentadas en el sillón de mi living. Veo sus espaldas, y delante de ellas, el afiche de John Sullivan cuerpo a cuerpo con un hombre fibroso, brillante y negro. No se entiende bien cuál de los dos está ganando el juego. Creo que ellas logran hablar con John porque mueven las bocas. Yo percibo todo a la distancia. Ruth, la más sensible del grupo, por

momentos se conmueve y llora. O tal vez tiene miedo. Nunca las había visto así, apiladas en las instalaciones de mi casa, hablando con un afiche que cuelga de la pared. Desde la Interestatal 96 como todos los días puedo oír autos que vienen, otros que van. De vez en cuando oigo frenadas también, aunque algunas veces pueda confundirlas con un grito.

Furia

> En la madrugada del 24 de marzo de 1976, el teniente general Jorge Rafael Videla hizo un comunicado en la radio nacional argentina informando a la población de que el gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón había sido depuesto y se instauraba una dictadura cívico-militar encabezada por los más altos cargos de los tres ejércitos.
> Nacía en Argentina un régimen autoritario que perduraría en el tiempo hasta 1983.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO WILD)

Todo empieza con el recorte del perfil de una chica de veinte años. Tiene el pelo por los hombros y un peinado desmechado hacia las puntas. Lo que se ve detrás es un bosque en blanco y negro, y bien en el fondo, entre árboles espesos, un redondel blanquito que debe ser el sol de la mañana. El paisaje es Bariloche, y ella mira hacia arriba porque sabe que la están retratando. Lleva puesto un suéter de cuello alto, y adivino que lo que hace con los brazos es agarrarse al árbol. No lo logra del todo. Su espesura lo vuelve inabarcable, como un humano de estómago rebalsado. Esas son cosas que los oriundos del Sur suelen hacer. Personificar algunos puntos concretos de la naturaleza. Le da gracia. Muestra los dientes.

Algunos años después, todavía en su juventud, la misma chica sostiene el tubo blanco de un teléfono típico de los años setenta. El peinado, esta vez, es a dos aguas y más corto. Es espeso ese pelo. Tiene células sanas. Unos anteojos marrones de montura gruesa denotan época y deseo de moda. Está sentada en un escritorio

repleto de papeles que hablan en castellano y ante una máquina de escribir que se quedó sin hoja. Está en pleno momento de trabajo y algún compañero despiadado oprimió el disparador de la cámara para retratarla. El suéter blanco sin mangas deja ver un torso grueso. Es que en esta época las mujeres se embarazan jóvenes porque se unen con los hombres por ideales en común. Me olvidé de una mano: la izquierda. Un lápiz amarillo anotará un número de teléfono que no podrá saber nadie, junto a una dirección. Esos datos, probablemente, le hayan salvado la vida a alguien.

El ambiente en el que trabaja está repleto de espectros ya. No falta ni siquiera una semana para que se suba a un barquito de larga distancia y abandone la llanura pampeana por un tiempo.

Algunos años después en Portugal. Comprar un nuevo par de anteojos, demasiado parecido al anterior. Quién diría que en el culo del mundo hacen unos anteojos hermanos. Tomar sol en el balcón del departamento prestado. Suficiente rayo ultravioleta. Camuflarse. Aprender apenas el idioma. Comprar en el supermercado de la esquina, ese que parece de los años cuarenta. Consumir mucho queso porque en Europa es barato. Y tomar dos tazas de café a la mañana, para mantenerse despierta. Hospital portugués, la primera nenita. Se llama Susana Susanita. Aunque haya nacido en Portugal, Susana siempre será argentina. Llega un vestido amarillo tejido a mano que envió su abuela desde La Pampa, con unos pesos para cambiar allá. Y un papelito que dice: *¿Cómo estás?*

Nuestra mujer vive con un hombre en Portugal, que no aparecerá demasiado en el relato. De todos modos, su cuerpo viene a preñar y aparece una segunda hija que nadó mucho en panza mientras su madre conocía a fondo los terrenos agrícolas de *La Alfama*, en las afueras de Lisboa. Es en uno de estos paseos en los que la madre descubre que una oveja la sigue con la mirada fija, perpleja, mientras escupe unos buches de su propia lana.

La segunda hija se llama Leticia y es más finita. Nace con problemas en los pulmones. Tendrá que estar siempre rodeada de naturaleza. Cerca de un viento que sople sano, exprimido directamente de algún árbol. Jamás viento de ventilador porque

Leticia así se muere, y nadie quiere un bebé muerto en Portugal. Nadie quiere una bebé muerta en un país ajeno que habla idioma con redondeces.

Joao Gilberto en un bar. Bailan. La chica joven que fue madre dos veces y el marido que no se nombra. Él le acaricia el final de la espalda, el comienzo de lo otro. Sobre la tela de ese vestido, todo contacto parece amigable. El pelo de ella está inflado como si una avioneta se posara constantemente sobre los dos armando revuelo. Tienen los ojos cerrados. No están pensando en sus pasos sobre ese suelo. Si ponen atención, pueden oír que afuera de ese bar, entre los matorrales del clima europeo, algunos animales todavía no han comido.

Esta será su última noche.

Llega otra encomienda. Un saquito bordado a mano. Un cartel que dice: *«Acá ya no bombardean. Lo hice blanco porque no sabía si era nena o varón. Ya pueden volver. Argentina las quiere asimilar a las tres».* Pasa un año y, entonces, las tres embarcan. El hombre que supo ser padre en Portugal, decide quedarse allá porque una fábrica de alpargatas. Adiós a los cordones de atar para siempre, adiós a la complicación a la hora de extraerse los zapatos.

Bariloche otra vez.

Susana tiene diez años, Leticia, nueve. Los pulmones no siguen del todo bien. Bebe un remedio blanco con gusto a leche. Dulcísimo. Habrá que succionarlo todas las mañanas, le dice la madre. La abuela les trae el desayuno. Dialogan sobre la succión.

—¿Este líquido puede salvarme?

—Sí, querida.

—¿Y por qué haría eso?

En el patio de la casa del sur, la mujer ahora tiene treinta y dos años y una malla entera azul de marca *Sergio Tacchini.* No sabe de quién es. La dejaron olvidada en una casa vecina. La reposera de madera la aguanta cómoda, y detrás están paradas ellas: Susana y Leticia. Las dos con mallas enteras también. Corre el año ochenta. Hay pasto en el suelo y detrás un corralón con treinta y cuatro gallinas que después hubo que sacrificar porque jamás de los

jamases pusieron huevo. La mujer se levanta de la reposera, probablemente, y le pregunta a quien sostiene la cámara cuántas fotos le quedan a ese rollo.

Visitan alguna que otra montaña y Leticia puede llenar sus pulmones de aire claro. La madre la carga en los brazos y la acerca a la copa de los árboles. Leticia abre la boca y deja que un halo de frialdad le recorra la garganta. Agradece en silencio que esa noche podrá obviar los remedios. Carga batería que le durará semanas. Susana, la hermana mayor, la mira desde el suelo. Gracias a un manual escolar de Santillana logra aprender los nombres de los árboles que podrán salvar, siempre, a su Leticia.

Regresan las tres a Buenos Aires. Llegan cansadas después de diez horas de viaje en micro. Dentro de uno de los bolsos se derramó un pote de crema de ordeñe. Es una lástima, porque el manual escolar se destruye y habrá que anularlo para siempre. Ahora la hermana mayor tendrá que confiar en su memoria.

La mujer alquila un departamento en provincia para todas ellas. Comparten la misma habitación y esto es conveniente: jamás habrá margen de error en el despertador de la mañana.

En las afueras, cerca de Campo de Mayo en la localidad de San Miguel, vive un hombre que una noche entra a un bar con una cadena de Jesucristo colgada al cuello. Busca con la mirada a sus amigos y nota que todavía no han llegado. En los altoparlantes suena un partido de fútbol de un equipo brasilero. El hombre lo oye y respira con la boca abierta. Durante ese ejercicio, la ve a ella, la que ahora es mujer y tiene dos hijas. Se le acerca y le ofrece un té caliente. Ella acepta. Dejó a sus hijas solas lavando los platos y se tomó el atrevimiento de rodearse de gente de su edad. Se gustan. Se ven bronceados, a tono con la madera del lugar. Se entran por los ojos. El rosario de él se clava en el cuello de ella. Se piden disculpas. Sonríen.

En una esquina desierta, la mujer y el hombre se besan y se babean los mentones de las caras. Tanto se babean que después se pasan los puños de las camisas por esa parte del rostro, un poco sonrojados por haber puesto tanta pasión en el medio de una

avenida de la provincia de Buenos Aires. A los meses, por pedido de ella, el hombre acata sacarse el rosario del cuello. Después conoce a Susana y Leticia. Las dos le parecen lo suficientemente agradables, así que las invita a pasar el día en *Furia*, su lancha tamaño medio.

En el Delta del Río Tigre, lo que parece una familia tipo, navega en un vehículo rapidísimo. El hombre les enseña trucos a las chicas y los pulmones de Leticia se abren en contacto con la arboleda. Es que el departamento en el que viven es demasiado urbano, aunque la madre haya poblado el balcón con potus y alegrías del hogar. Leticia le pide al hombre que le enseñe, y hay un rato largo en el que la única que maneja a *Furia* es la niña de doce. También malla entera todas acá. No les gusta mostrar el ombligo, el principio de las cosas.

La mujer, que ahora cumplió treinta y ocho años, decide casarse con el dueño de la lancha. Lo hacen en un salón revestido de madera con unos afiches en cartulina, hechos a mano que dicen «Felicidades a los recién casados». A la mujer se la ve feliz. Lleva hombreras. Un fotógrafo contratado la retrata justo cuando se está secando una lágrima del ojo. Apenas termina, ella se acerca y le pregunta al hombre cuántas fotos más le quedan a ese rollo.

En este casamiento las que más bailan son Susana y Leticia. Nadie entiende que, aunque hayan nacido en Portugal, sean argentinas. Bailan y bailan, la madre las vistió de gris y este es el momento más álgido de sus vidas. Rodeadas de gente que está viva, que nada tiene que ver con relatos de desvanecerse.

En un momento a Leticia le falta el aire. Se agarra del mantel de la mesa. Nadie lo nota. El pensamiento acerca de la desaparición es el que le quitó la cadencia de la boca, la garganta, los pulmones. En ese mareo puede ver cómo todo se pone negro, a punto de apagarse, como un televisor de catorce pulgadas. Susana la pellizca pero no hay caso y corre a avisarle a la madre, que está mirándose en el botiquín del baño del salón. La madre se acomoda las hombreras. Rememora su vida y sus viajes, todo aterrizaje que tuvo que vivir en los aviones. Las tres veces que evitó mostrar el documento de identidad para atravesar la frontera. Los amigos que ya no están,

que nadan en el río y no lo saben.

Hay un grupo de argentinos alrededor de Leticia deseando que la nena portuguesa se mejore. Que sobreviva. Que le entre un hilito más de aire. Le abren el vestido, le tironean los dedos de la mano. Le cuentan anécdotas de cosas que han visto en la tele. El recién casado la saca en brazos del lugar. La coloca al lado de un árbol que está en un cantero de la calle. Susana sabe que esa especie de árbol servirá. Lo sabe porque lo estudió, porque lo recuerda. Porque no todo ha desaparecido.

La nena se queda quieta y recostada un rato, con el vestido gris recubriéndole las partes.

Susana está al lado de su hermana. Siempre lo está. Apela a un fado que aprendió en el campo portugués. Lo susurra. El árbol hizo su trabajo, porque Leticia recupera la actividad del pulmón. El recién casado la regresa al salón. Toca la cabeza de la niña pequeña y le aconseja que no se mueva demasiado. El casamiento sigue. La madre continúa encerrada en el baño, mirándo las hombreras del vestido, el maquillaje de los labios, rcordando la espesura de ese árbol en Bariloche. El tronco inabarcable. El reflejo vital. La nena no se asfixió. Todo comienza otra vez. Se trata, sencillamente, del aliento que quitan los primeros bailes.

Plantas sin tutor

> La filosofía del pescador se basa en un extremo respeto por las capturas. No solo se trata de largar al pez una vez capturado, sino de manejarlo con mucho cuidado.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

Llegaba tarde a buscar a Camila así que me tomé el primer taxi que pasó por la esquina de mi casa. Dí la orden y me miré en el espejo del conductor. No me había bañado ni peinado, aunque este desgano no era nada nuevo en mí. Noté que el taxista apenas llegaba a los frenos del auto. Era un hombre pequeño y blanco, como esos que ya vivieron todo lo que entra en una conversación. Viajamos casi en silencio, excepto alguna que otra publicidad de la radio que podía lograr llamarme la atención. El auto avanzaba lento, como si dependiera del sistema nervioso de ese hombre. Me puse ansiosa, apreté los dedos. «Estoy apurada», le dije. Podía sentir el olor a bacteria que me venía de la axila. «Sí, va a llover», me contestó el hombre al volante. El diálogo impactante. Al rato bajé del auto con el corazón prendido y ahí estaban: hombres y mujeres demasiado abrigados, haciendo el dibujo de la espera.

Inés, Rita y Lucrecia eran, ante todo, madres de criaturas en pleno crecimiento. Olían a colonia de nena o de varón y tenían anillos de oro templado y finito en distintos dedos de la mano. Ni bien me iba acercando las podía escuchar. Eran el grupo que resaltaba del resto, la responsabilidad encarnada dentro de un par de jeans y una remera básica. Se habían hecho muy amigas en esos lapsos de espera. Casi siempre llevaban las camperas de sus criaturas colgándoles de las manos. No importaba qué estación

transcurriera, ellas siempre, por si acaso, sacaban alguna prenda de abrigo. Infladas, de algodón, con capucha o a veces simplemente pilotines amarillos. Las tres tenían pilotos de ese color porque creían que así ningún auto podría atropellarles las criaturas menores de cuatro en caso de que se largaran atontadas a la calle.

Yo no tenía relación con ellas. Las veces que las saludaba me miraban como esperando que dijera la palabra clave, lo que anunciaría mi ingreso en ese grupo de amigas. Pero yo no lograba hilar lo preciso. Solamente me quedaba mirándoles la camisa planchada, la raya que les dividía el pelo en la coronilla, los dientes de pasta blanqueadora. El especial cuidado que, imaginaba, podría tener cada una velando además, el cotidiano de un hijo. Una semana atrás decidí que dejaría de saludarlas. En ese instante de silencio entre mi saludo y la mirada de ellas se me iba bastante el pensamiento. Y ya no quería dejarlo ir.

El sol rajaba el camino de granito que circundaba la salida del Jardín de infantes privado. Oí cómo Lucrecia cada tanto halagaba a la directora del establecimiento, aunque Inés y Rita no opinaban igual. La directora era una mujer que apenas identificaba números y letras; ya había pasado los cincuenta años de servicio en esa escuela y, aun así, nadie podía moverla de ahí. Lucrecia insistía en que era admirable la pasión de esa mujer mayor por el oficio. Inés cambiaba de tema cuando necesitaba, con cierto regocijo, narrar el episodio del cabello plagado de piojos de su hijo. Acá puse especial atención: decía que esos piojos tenían el don de la vista y que en una sola cabeza podían ser millones; que no solo lamían la sangre que circulaba por la vena de su criatura sino que también hacían que se le cayera el pelo. Inés pedía por favor consejo sobre nuevos pesticidas para combatir la plaga, no quería un hijo de tres años medio calvo. Las otras dos la miraban serias. ¿Un niño calvo? pensé yo. Recordé al taxista octogenario intentando deletrear el nombre de una avenida importante de nuestra gran ciudad.

Las tres se quedaron en silencio.

—Es increíble cómo crecen. —dijo Inés al resto de las amigas.

Rita y Lucrecia dijeron que sí al unísono y después se

encendieron unos cigarrillos no tan mortales.

Me apoyé en un árbol milenario y miré la hora. Nunca se había hecho tan tarde. Vi cómo un padre con un bebé en cochecito tocaba el timbre del Jardín. El resto de los padres y madres lo miraban. Pasaron diez minutos y nadie respondió ese llamado. El hombre regresó a su teléfono celular abandonado al lado del cuerpo de su bebé y continuó emparejando un Tetris.

—Hace más de quince minutos que deberían haber salido— dijo Lucrecia, y se sentó en la entrada de un edificio con vigilancia, justo al lado de la puerta del jardín.

Al rato fue Inés la que se acercó a tocar el timbre. Yo no lo haría jamás. Podría esperar horas antes de quedar en evidencia. Me volví a acurrucar junto a aquel árbol arrugado. El padre del bebé abandonó otra vez el teléfono y miró la puerta. El resto de las madres y padres empezó a esculpir un murmullo que no supe entender; sólo oí gritos medianos mezclados con nombres propios. Mi hija Camila tenía cinco años, estaba en sala Roja de la educación inicial. Era habitual que los más grandes salieran más tarde, me repetí a mi misma. No me preocupé hasta que Inés tocó el timbre por segunda vez. Nunca entraría en diálogo sobre piojos o pilotos con esas mujeres, pero aún así, empecé a entenderles la urgencia. El programa de televisión del mediodía ya estaría por terminar, los niños no podrían comer concentrados enfrente de la tele si la programación de ese canal viraba, ¿cómo harían, ahora, para que los estómagos de sus criaturas se llenaran sin que eso se convirtiera en guerra?

El padre del único bebé armó un puño con la mano y lo encajó de lleno en la puerta de madera del Jardín de infantes. Fue ahí que empecé a pensar en Camila. ¿Ya le habría cantado a la bandera? El bebé del cochecito lloró con la voz desconsolada de quien se despierta desnudo en el medio de una calle al mediodía. El hombre golpeaba la puerta con un frenesí que me avergonzó. Ahí sí me puse en guardia, me rectifiqué, abandoné el árbol de la cuadra, endurecí la espalda. Ví que Inés hizo tres llamados por celular que, evidentemente, nadie respondió. Lucrecia seguía sentada en la

entrada de un edificio, atenta a todo y a nada, con un susto paralítico. Rita comenzó a hablar con el encargado del edificio de enfrente. Vi cómo las venas del cuello de Rita se ponían azules, cómo la sangre de esa mujer cercana a los cuarenta se acumulaba toda ahí. Ese preciso lugar en donde el cuerpo está trabajando de más. La mano de aquel padre ahora temblaba. Lo miré. Fue un instante que cruzamos miradas y ubiqué su furia. El bebé lloraba imitando la furia paterna, inflado como un globo nuevo. Inés, Lucrecia y Rita ahora lagrimeaban de los nervios. Yo, aunque recta como recluta, me mantenía neutral. Pronto alguien me devolvería a Camila y yo lo único que sabía hacer era usar los ojos.

Pasó media hora. Inés, Rita y Lucrecia ahora se turnaban para golpear la puerta porque tenían los puños rojos, muy cercanos ya al brote de sangre. El grupo de padres alrededor de la puerta del jardín pegaba gritos que se mezclaban con bocinas de por ahí. La gente que pasaba caminando miraba como quien se deja atrapar por un accidente de tránsito. Yo miré mi reloj. ¿Y Camila?

Fue un instante en que pude ver que la puerta de madera se abría. Hubo silencio en la vereda. Lo único que continuó fue el ruido de las ruedas de los autos. Inés, Lucrecia y Rita se amucharon otra vez, dándose calor. Arriba del cielo se pusieron negras las nubes y un rayo avisó.

Las amigas estaban hiladas: la amistad las volvía réplicas en acción y pensamiento. Detrás del tumulto pude ver la cara de la directora de la institución, esa mujer demasiado mayor. Se asomó por completo y nos miró fijo a los ojos, como una bruja de otra época. Algunos se hipnotizaron. Las amigas preguntaron dónde estaban sus hijos, sus hijas. La directora no les respondió, siguió en silencio. Hubo una pausa.

Detrás de la directora, pude ver con claridad varios cuerpos caminando hacia la puerta. Me pareció extraño, ¿quiénes eran? Fueron saliendo de a uno y en hilera, así como hacen nuestros hijos acatando toda orden.

Al primer hombre no lo reconocí. Tenía los brazos demasiado peludos. Se asomó a la puerta y buscó, con calma, la mirada de una

mujer de casi su misma edad. Al hombre le colgaba una mochila de colores vivos de la espalda, y el pelo le escaseaba en algunas zonas. Caminó hacia la mujer y la saludó con un beso en el cachete. Ella pegó un grito.

Ahí detrás, como velada, una mujer en la treintena caminaba buscándome con el mismo entusiasmo con el que buscan los hijos. Tenía un pelo como frazada que le caía al costado de los hombros, ropa de colores pastel, una mochila pequeña con agarraderas de color amarillo flúo y un llavero de cola de conejo blanco. Ninguno de los padres y madres emitió sonido, excepto la mujer que pegaba alaridos. Los pasos de estos jóvenes en la treintena eran duros, por momentos rítmicos, sobre el asfalto de la vereda del jardín de infantes.

La mujer adulta caminó hacia mí con el llavero cola de conejo colgándole de la mano. Dio un salto, y su pelo también se bamboleó. Me miró confiada. Se acercó como se acercan los hijos. Cuando miré a mi alrededor, pude notar que la situación se había triplicado. El hombre con el bebé no salía de su asombro, y el bebé rompía en un llanto compungido por enésima vez, como si eso fuera posible. Los bebés pueden llorar eternamente, no es necesario que los toquen, que los levanten, que les ofrezcan nada. Los jóvenes en la treintena seguían acercándose a aquellos padres con los nervios rotos, salidos para afuera, como cables de electrodomésticos que nadie pudo reparar.

Estos adultos eran nuestros hijos, solo que incrementados, transformados, apurados. Camila me miraba sin entender mi sorpresa. Lo mismo le ocurría al resto de los padres y madres y a aquel bebé, que desconocía absolutamente a su hermano mayor ahora adulto, peludo, grueso, locuaz.

El jardín de infantes demoró en abrir las puertas pero cumplió. Nos devolvió la descendencia. En el camino pasaron algunas cosas. Inés, Lucrecia y Rita miraban a sus crías, inflaban los buches como pelicanos. Los pilotos amarillos se les caían de las manos temblorosas. La directora de la institución no acusaba recibo. Miraba la situación como si fuera un día más, común y corriente,

con un porcentaje altísimo de humedad.

La vereda del jardín de infantes fue el sector más silencioso de la ciudad en la que vivo, ese día de semana por la tarde. Sin decir palabra y sin quitar la vista de mi criatura ampliada, llamé a un taxi. Ya estaban cayendo las primeras gotas y el paraguas violeta de mi hija era demasiado pequeño para escondernos a las dos.

Paisaje de ambulancias

> La tragedia de Cromañón fue un incendio producido la noche del 30 de diciembre de 2004 en el local República Cromañón durante un recital de la banda de rock argentino Callejeros.
>
> (DOCUMENTAL NAT GEO)

Marcos tiene cuatro años y nunca tiene problemas con que lo agarre de la mano. Ni bien sale del jardín de infantes, sabe que la orden es que entrelacemos los dedos simulando familiaridad y caminemos juntos hasta la parada del colectivo que nos deja en la puerta de su edificio. Le pregunto algunas cosas sin importancia y Marcos me las responde apenas, con monosílabos. Me llama tanto la atención que el resto del mundo nos mire caminar, el modo en que desarollan sus hipótesis. La chica que quedó embarazada joven y no tuvo opción porque la familia no podía soportar la idea de que una criatura, todavía ciega, muriera por decisión de su propia madre. Lo bien que lleva la maternidad esa chica tan joven. Lo poco que se le parece la criatura aunque si se los mira de perfil, tal vez se puede tirar de algún hilo de esa genética desbocada, apurada por la imprudencia juvenil.

Casi siempre, a la misma hora, la madre de Marcos me llama para saber si todo está en orden. Le envío una foto de su hijo en guardapolvo, subido a un escalón de la plaza del barrio, mirando al cielo, a algún auto que pasa o tal vez mirando a la cámara. Nadia, la madre de Marcos, siempre me responde con un dibujo de un corazón en mi teléfono celular. Ese símbolo es el que representa mejor lo que siente Nadia al ver casi siempre la misma imagen de su hijo. Cuando viajamos en el colectivo le miro la nuca a Marcos. Ahí hay una gran cantidad de cabello pequeño, miniatura,

esperando para crecer con la potencia de un auto que recién salió de fábrica. Hay algo que me imanta de la vitalidad del nene que cuido. Marcos es un ejemplar quieto. No hace grandes desmanes ni pega los clásicos alaridos de la mayoría de sus contemporáneos pero aún así, hay algo en esa imagen tan clara y concisa del cabello esperando para crecer con un impulso sigiloso que me altera. Podría quedarme horas admirando la vitalidad de ese niño que todavía sabe demasiado poco.

Cuando bajamos del colectivo, Marcos vuelve a agarrarme de la mano. Sonríe y presiento que me está exigiendo que lo imite, entonces lo hago. Si pasamos por algún espejo o vidriera nos miramos y saludamos, jugando a que hay alguien del otro lado. A esta hora muchos niños salen de las escuelas, entonces nos cruzamos con muchos de ellos que a su vez se miran con Marcos. Es como una sudestada de cuerpos enérgicos envueltos en guardapolvos azules, rojos, a veces verdes.

En su departamento lo primero que hacemos es encender la televisión. Le ordeno al niño que se lave las manos mientras leo la notita que me dejó Alicia con las instrucciones para cocinarle a su primogénito. Lo que se oye de fondo es el noticiero del mediodía. Una mujer apareció baleada en la puerta de su casa. Marcos ya está intentando subir a su sillita especial para comer, y me pide por favor que le ponga una servilleta para no mancharse. Evidentemente en él encajó a la perfección la educación sanitaria. El agua ya hierve y echo los fideos que, demasiado rápido, se encojen sobre sí mismos transformándose en esa pasta que comemos todos. Marcos me grita desde el living que por favor cambie de canal. Ahora sí está pegando alaridos, ahora sí está denotando su edad. Le sugiero que espere. Oigo un flash de último momento, se incendia un departamento en el barrio en el que estamos nosotros. Muy cerca de ahí. La cosa no pasa a mayores. Una mujer queda atrapada en la cocina pero los bomberos logran rescatarla con éxito. Marcos me insiste en que le cambie de canal. No sé si las imágenes le parecen demasiado aburridas o más bien insoportables.

Los fideos ya están humeando. Cuando me siento al lado suyo los soplo para que no se queme. Marcos agradece esto, le parece digno de una hermana, de una tía, de una madre, de una mujer que lo podría querer para siempre. Cuando estoy a punto de cambiar de canal, el noticiero me trae algo que me genera un temblor familiar. En un mes exacto al día ese en el que estoy trabajando, cuidándole la tarde a un futuro adulto, se cumplen diez años de la noche del recital. Marcos me mira serio porque dejé de ocuparme de la temperatura de sus fideos. Sé que lo que muestra la pantalla de la televisión no son imágenes para un niño, y a la vez, lo que se ve ahí es un niño detrás de otro, y otro y otro, y otro.

En ese momento suena el teléfono en el departamento y corro a atender. No puedo dejar de mirar las imágenes en la televisión. Marcos ya empezó a comer, soy una buena empleada. Quien llama es Nadia, otra vez, para saber si todo lo que tiene que ver con su hijo está en orden. Si el crecimiento de su niño sigue siendo el que ella espera, el ideal, el menos peor.

Cuando vuelvo a sentarme Marcos ya terminó sus fideos. Yo resuelvo apagar el televisor, el temblor de las manos no cesa. Tomo un vaso de jugo de manzana mezclado con pera, el favorito de Marcos. Él me pregunta por qué siempre tengo cara de susto. No sé qué responderle. Supongo que es algo que se me pegó. Marcos extiende un bracito y me hace una caricia en el pelo.

Tenía quince años y escuchaba música en un equipo electrónico donde los cds saltaban permanentemente. Vivía con mi mamá, y ella me sugería que enviara a arreglar el equipo, pero yo me negaba. Ya me había acostumbrado al salto en determinadas partes de las canciones. Había integrado el error. Me levantaba todos los días a las seis de la madrugada y caminaba de noche hacia mi colegio estatal, mochila al hombro, tarjeta del subte en mano. Me encontraba con mis compañeros en la puerta del edificio antiguo y nos abrazamos dormidos, aliento a dentífrico, hablando de los discos que íbamos a escuchar cuando estuviéramos de regreso en casa, a plena luz del día. Lo que a mí más me gustaba de los grupos que seguía eran las letras: intentaba imaginarme al compositor—

que casi siempre era el vocalista— sentado a la mesa de la cocina de su casa escribiendo en un cuaderno cuadriculado de tapa blanda, intentando rimar palabras para generar sentido. Y lo lograba. Pero mi banda favorita era una sola, y una de mis canciones favoritas de su tercer disco empezaba con una orquesta de violines inesperados, y relataba soles, lunas y el detalle de los ojos de una chica demasiado jovencita que usaba flequillo, pelo largo y no esperaba ser la musa de nadie. La banda hizo tres conciertos seguidos en un local bailable de un barrio cercano a una estación de trenes. A mí me dejaron ir con la condición de que fuera el hermano mayor de uno de mis amigos. La mayoría de edad podía ofrecer ciertas certezas para mi madre y mi padre.

El primer concierto fue un éxito, dijeron los diarios. La noche siguiente llegó el segundo, ese al que iría yo, para el que había comprado la entrada. Llegamos a horario y quisimos entrar, nada de esperar en la puerta. Nos revisaron, nos sacaron las zapatillas, las mochilas, nos levantaron las remeras. Hacía tanto calor. El lugar estaba repleto de personas que podrían haber sido mis amigos, con remeras idénticas a la mía y zapatillas de la misma marca. Para subir la escalera al primer piso no había lugar donde apoyar un pie, la cantidad de potenciales amigos era exuberante. Se podía hacer una torre hasta el cielo con todos nosotros. Vi chicas subidas a los hombros de chicos, niños bailando a upa de sus padres mientras sus madres aplaudían y torsos desnudos por ese calor que vuelve la piel un velcro.

Una vez arriba, una hilera de chicas con flequillo y transpiración alzaba los brazos. Nos sacamos las camperas para no generar más olor, y dejamos ver las estampas de nuestras remeras. Allá, a lo lejos, no dejaba de entrar gente que se iba desabrigando. Al lado de la puerta había un bar, algunos se compraban Fernets con Coca Cola o cervezas amarillas un poco calientes. La temperatura se notaba en la humedad de los vasos. Recordé ese exceso.

De altoparlantes, dos voces masculinas hablaban sobre evitar el uso de pirotecnia dentro del lugar. Yo nunca sostuve una cañita voladora, siempre tuve miedo de perder un dedo. El club de

fanáticos de la banda se reía a las carcajadas, se pasaban los cigarrillos de boca en boca, se abrazaba compartiendo ese sudor. Alrededor nuestro la familiaridad ya era excesiva, había una voz única. Respiré hondo y noté que estaba envuelta en chicas que podían ser yo misma, réplicas, clonaciones. Ovejas Dollys. Dentro de esta cúpula estábamos reunidos en el ritual de los músicos, y pasara lo que pasara, sería alrededor de sus acordes. Y en un instante, se apagaron todas las luces y los gritos emergieron como convocados por una fuerza mayor.

Agarré las manos de mi amiga y sonaron los acordes de la canción número uno del disco nuevo, la misma que habíamos cantado en el viaje de ida. Se prendieron unas luces violetas y otras amarillas. Generaron esa coloración de show en el escenario. Pude ver la espalda del cantante, un poco redondo, con joggins gastados y zapatillas de lona. Pude oír los gritos de un nene en la zona Vip del boliche, no sé cómo lo distinguí, pero lo hice.

El líder de la banda empezó a cantar y se desencadenó la fiesta. Las manos de mis familiares con flequillo se elevaron como banderas, tantos abrazos pude ver desde allá arriba. Imposible contarlos. Como una cabeza plagada de liendres. La emoción del disco de estudio, puesto en vivo con los cuerpos de los oyentes. Nosotros éramos parte de la carrera de esos chicos. Ellos se emocionaban tanto como nosotros, su fórmula musical funcionaba. Eran demasiado jóvenes pero sus ideas estaban surtiendo efecto, como quien acaba de descubrir algo que siempre estuvo ahí, debajo de una mesa, pero ahora tiene un nombre. Los músicos nos miraban a los ojos y nos reconocían tanto como nosotros a ellos. Éramos ese espejo botiquín matinal, ese reconocimiento natural.

Zapateé en el suelo, me despeiné, golpeé los barrotes del barandal. Qué lindas las cosas que decía el cantante, cuánta razón tenía, y qué inspirado venía estando todo ese tiempo.

Giró la cabeza y nos miró. Varios gritaron, aplaudieron, se tiraron al suelo. Se lastimaron: no les importó. Una chica se sacó toda la ropa, tenía calor, había perdido totalmente la noción de lo que es íntimo. El cantante bebía sorbos de cerveza en los solos de

guitarra, movía el micrófono al compás. Uno de los chicos de torso desnudo del club de fanáticos prendió un fuego artificial amarrillo flúo, rojo, verde. No supe distinguir. La mirada del cantante había generado ese desacato.

La noche terminó a tiempo. Fuimos a comer una hamburguesa y volví a mi casa, a dormir en la habitación más pequeña que podía dar el edificio entero. Mi mamá dormía en el living en un sillón de tres cuerpos que se hacía cama. No se dio cuenta de que yo ya había llegado. Tenía una hija demasiado joven pero no chica, y bastante temprana para hacer cosas de grandes. Antes de acostarme a dormir me miré en el espejo del botiquín del baño. Esa era la piel de mi cara, repleta del calor de aquel local nocturno, del olor de todos ellos y mío. Fue mi primer recital de música sin adultos a mi cargo. La primera expresión real de mi futura vida cotidiana.

Lo que pasó la noche siguiente contiene fuegos de artificio de color rosado, una tela demasiado inflamable en el techo del local bailable, la misma cantidad exuberante de potenciales amigos semidesnudos cantando las canciones de aquel líder de la banda que escribió alguna vez en la mesa de su cocina, y muchos pero muchos cuerpos bañados en tizne negro, dotaciones de bomberos, ambulancias blancas y verdes tomando las calles laterales pero también las avenidas para llegar a tiempo. Ambulancias sin demasiado equipamiento para salvar la vida de jovencitos que esperaban el primer acorde de su canción favorita, esa que relata a la chica del flequillo espeso. No era solamente mi canción favorita, era la de varios.

Esa noche en la habitación más pequeña que podía dar ese edificio, me desperté con la llamada telefónica de mi hermana. Me contó del paisaje de ambulancias y del hospital público que quedaba a la vuelta de su casa. Lo que pasó después fue la primera sensación, demasiado abrupta, de estar en la cima de un objeto alto y puntiagudo teniendo la certeza de que, en cualquier instante, un viento apenas precipitado podría hacerme caer. El corazón tembló y apreté las manos de mi madre. Hice muchas llamadas telefónicas. Recorrí los pasillos de algunos hospitales.

La mañana siguiente no sé cuándo llegó. Con la primera luz, empecé a caer a una velocidad muy lenta. La vida adulta. La vida cotidiana. Velatorios de amigos demasiado jóvenes, olor a quemado en la ropa de los amigos que lograron escapar.

Después vino el comienzo de clases. Los chicos y las chicas ahora estaban silenciosos y cautos, como animales que vieron lo peor y no podrían narrarlo porque no saben.

A las seis de la tarde golpean la puerta apenas. Me levanto de la mesa de la cocina en plena tardenoche y abro. Es Nadia, con una sonrisa amigable y una bolsita de plástico llena de chocolates de fantasía. Como siempre, me exige un relato detallado del nuevo día en este mundo de su primogénito. Se lo doy. Nadia está contenta, me ofrece golosinas, le digo que sí, que cómo no, que jamás podría negarme a un chocolate con forma de paraguas. Cuando entra a la cocina noto que calienta agua y me ofrece un café. El ritual de todos los días se repite. Marcos está totalmente dormido en su habitación, abraza su dragón que echa fuego por la boca, su juguete favorito: alguien inflamable. Cuando Nadia se sienta delante mío me pregunta cómo estoy, le respondo que bien. Sus pulseras doradas golpean contra la loza de la taza, el sorbo es breve. Vuelve a mirarme con seriedad. Además de mi empleadora, Nadia cree que es mi amiga. Me pregunta si estoy bien y entonces yo me animo y le hablo de la primera caída, de los aniversarios. Nadia me mira sorprendida, jamás hubiera esperado este nivel de sinceridad. Me obliga a tomar un trago de té y obedezco: todavía estoy en horario laboral. Nadia hace una pausa y me cuenta que ella también escuchaba esa música en ese entonces. Que su canción favorita también tenía violines y que su mejor amigo no logró salir de ahí. Nos miramos y no decimos palabra.

Al instante, Marcos camina hacia nosotras, apenas despierto, con sus pantalones diminutos de plush. Nadia lo agarra y lo sube por los aires. Lo abraza tan fuerte que escucho el sonido de la tela del pantalón de él ceder ante esa demostración de cariño. Cuando Nadia lo regresa al suelo, él se resbala y cae. No se hace daño porque estaba cerca del piso, pero igualmente llora, porque es un

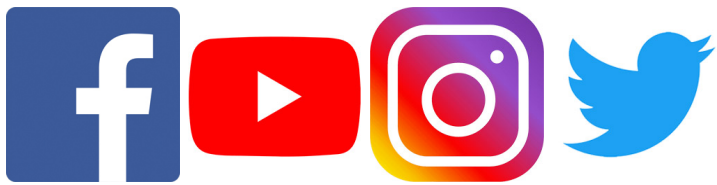
niño y los niños tienen que llorar. Yo lo miro, no lo socorro. Nadia le pide disculpas. «Estamos nerviosas», le dice. Marcos se acaricia la cabeza en el lugar donde se golpeó. Se hizo totalmente de noche allá afuera y yo pienso que es entendible, que en algún momento todos empezamos a caer.

Estamos a salvo

Viajo en colectivo y cuando estamos por encima de la vía del tren, nos detenemos. Hay demasiado tráfico a esta hora de la tarde en zona oeste. Delante nuestro los autos no avanzan, son nubes de smog. Al rato, el colectivo que nos lleva se descompone. El motor da un último respiro. Entendemos lo que pasa. Oímos, también, la bocina del ferrocarril que nos avisa que ahí viene, entonces el chofer de la línea nos ordena, a los gritos, que bajemos. Esto sí es una urgencia, estamos en peligro: la chica con las bolsas de supermercado, el bebé dormido que ahora mira y llora, el hombre mayor de setenta al que le cedieron el asiento más de dos veces. Somos líderes en hacer caso, bajamos la escalera del colectivo dando saltitos. Ahora somos siete pasajeros, detenidos en la vereda, mirando el vehículo vacío. Dan cinco, seis, siete segundos.

El ferrocarril toca la bocina cada vez con más ímpetu. Nosotros somos espectadores parados en la vereda, con carteras y bolsos, y el tráfico no cede.

Lo que pasa después es que el tren San Martín arrolla al colectivo vacío y los asientos que habíamos dejado tibios ahora son destrozo.

Grupo Planeta

¡Seguinos!